«Una lucha a vida o muerte por sobrevivir sobre un hostil planeta.»

CERCA DEL PUNTO CRITICO

Hal Clement

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Oculto por las eternas tinieblas de su espesa atmósfera. Tenebra era un planeta hostil, un lugar con una gravedad aplastante, con 370 grados de temperatura, con una corteza en perpetuo cambio sobre la que flotaban gigantes gotas de lluvia.

A pesar de ello… allí había vida, vida inteligente.

Durante más de veinte años, científicos terrestres estudiaron a sus habitantes desde un laboratorio en órbita... y habían encontrado un medio de entrenar y educar a un grupo de ellos.

¡Luego ocurrió lo inesperado! Una joven terrestre y el hijo de un poderoso e iracundo diplomático extraterrestre quedaron encerrados en un batiscafo que flotaba hacia la mortal superficie del planeta.

¡Solo los primitivos tenebritas podían rescatarlos!

- Hal Clement
  - PROLOGO: Investigación; anexión.
  - Capítulo 1 — Exploración; expectación; altercado.
  - Capítulo 2 — Explicación; concatenación; recriminación.
  - Capítulo 3 — Meditación; transporte; emigración.
  - Capítulo 4 — Comunicación; penetración; aislamiento.
  - Capítulo 5 — Peregrinación; consideración; estibación.
  - Capítulo 6 — Información; navegación; observación.
  - Capítulo 7 — Adquisición; inquisición; instrucción.
  - Capítulo 8 — Radiación; evaporación; advección.
  - Capítulo 9 — Deducción; educación; experimentación.
  - Capítulo 10 — Comprensión; construcción; inundación.
  - Capítulo 11 — Organización; revelación; declaración.
  - Capítulo 12 — Capitulación; operación; elevación.
  - EPILOGO: Cooperación.

Hal Clement
Cerca del punto critico

PROLOGO: Investigación; anexión.

El sol, a una distancia de dieciséis años luz, es un poco más débil que la estrella que se encuentra en el extremo de la espada de Orión y por tanto no podía haber contribuido mucho al centelleo que se produjo en las lentes de diamante de la extraña máquina. Más de uno de los observadores tuvieron claramente la impresión de que aquello estaba echando una última mirada al sistema planetario en el que había sido construido. Ello hubiera sido algo lógico en un ser sensible y sentimental, pues estaba cayendo en el gran objeto oscuro, que no distaba ya más que unas pocas millas.

Cualquier planeta ordinario habría brillado extraordinariamente a tal altura, y Altair es una excelente iluminadora y se encontraba en las mejores condiciones de posición en aquel momento.

Altair no es una estrella variable, pero gira con la suficiente rapidez como para extenderse considerablemente, y el planeta se encontraba en la parte de su órbita en la que recibe el máximo beneficio de las regiones polares más calientes y brillantes. A pesar de ello, la gran masa de ese mundo se veía como una mancha borrosa que apenas brillaba algo más que la Vía Láctea, que le servía de fondo. Daba la impresión de que el blanco brillo de Altair, en lugar de servir para iluminar algo, estuviera siendo succionado y se disipase.

Los ojos de la máquina, sin embargo, habían sido diseñados con relación a la atmósfera de Tenebra. De forma casi visible, la atención del robot cambió y la masa blanquecina del material sintético giró lentamente. El armazón metálico que la encerraba se movió en el mismo sentido y un juego de pequeños cilindros se situó en la dirección del descenso. Nada visible surgía de ellos, pues todavía había poca atmósfera para que brillara con el impacto de los iones, pero las toneladas de plástico y metal alteraron su aceleración. Los cohetes ya estaban luchando contra la intensa atracción de un mundo cuyo diámetro casi triplicaba al de la distante Tierra y lo hicieron perfectamente, para que el complicado aparato que los sostenía no sufriera daño cuando se alcanzara la atmósfera.

El resplandor desapareció de los ojos de diamante cuando la capa de gas de ese gran mundo cubrió gradualmente la máquina. Caía ahora de forma lenta y continuada; también se podría haber usado la palabra precavidamente. Altair todavía era percibida, pero las estrellas ya no eran captadas ni siquiera por los sensitivos receptores que se encontraban tras aquellos lentes.

En ese momento se produjo un cambio. Hasta entonces aquello podía haber sido un cohete de diseño inusualmente fantástico frenando su caída por medio de los propulsores exteriores para poder

aterrizar. El hecho de que los chorros de la propulsión se hicieran cada vez más brillantes nada significaba; era obvio que el aire se estaba haciendo más denso, pero los propios cohetes no debían producir ese resplandor.

Los gases de escape centelleaban todavía más, como si estuvieran haciendo un esfuerzo desesperado por detener una caída que se aceleraba a pesar de ellos, y los armazones que los cubrían comenzaron a brillar con una luz rojiza. Aquella señal fue suficiente para los controladores; un grupo de fogonazos resplandeció unos instantes, pero no en los mismos cohetes, sino en diversos puntos entre las vigas que los sostenían. Sus extremos se liberaron al instante y la máquina cayó sin apoyo.

Pero sólo fue así por un momento. En la superficie quedaba todavía más equipo, y cuando apenas había pasado medio segundo del desprendimiento de los cohetes, un gigantesco paracaídas emergió de la masa de plástico. Cabía esperar que con tal gravedad se hubiera desgarrado inmediatamente, pero los constructores conocían su oficio. Aguantó. La increíblemente espesa atmósfera —incluso a esa altura varias veces más densa que la de la Tierra— resistió frente a la amplia envergadura del paracaídas y se llevó la parte del león de cada ergio de potencia suministrado por la masa descendente. En consecuencia, una gravedad que era tres veces la de la superficie terrestre no produjo la ruptura del aparato cuando éste golpeó la tierra sólida.

Nada pareció ocurrir en los momentos inmediatamente posteriores al aterrizaje. Luego se movió el ovoide de fondo ancho, separándose de las ligeras vigas que habían sostenido el paracaídas, alejándose a rastras con pesos casi invisibles de aquel laberinto de cintas metálicas y deteniéndose de nuevo como si estuviera observando los alrededores.

No estaba mirando, sin embargo, pues por el momento no podía ver. Se precisaban varios ajustes. Ni siquiera un bloque sólido de polímero, carente de partes móviles excepto por lo que se refiere al equipo externo de manejo y transporte, podía quedar inalterado bajo una presión externa de unas ochocientas atmósferas. Las dimensiones del bloque y las de los circuitos insertados en él habían variado ligeramente. La pausa inicial tras el aterrizaje había sido necesaria para que los distantes controladores encontraran y armonizaran las algo diferentes frecuencias con las que ahora necesitaban operar. Los ojos, que con tanta claridad habían visto en el espacio vacío, debían ser ajustados para que el diferente índice de refracción entre el diamante y el nuevo medio externo no desdibujara las imágenes. Esto no tomó mucho tiempo, pues era automático y lo efectuaba la atmósfera misma al filtrarse a través de los diminutos poros que se encontraban entre los elementos de las lentes.

Una vez ajustado ópticamente, la casi completa oscuridad ya no significaba nada para sus ojos, pues los multiplicadores que se encontraban tras aquellos utilizaban cada quantum de radiación que el diamante pudiera refractar. Lejos de allí, ojos humanos estaban literalmente pegados a las pantallas de visión en las que se reflejaban las imágenes retransmitidas de lo que veía la máquina.

Era un paisaje ondulado. No demasiado extraterrestre a primera vista. En la distancia se encontraban grandes colinas con los perfiles suavizados por lo que podían ser bosques. La tierra estaba completamente cubierta de una vegetación que tenía el aspecto de hierba, aunque el camino visible que había dejado el robot sugería un material mucho más quebradizo. A intervalos irregulares, generalmente sobre lugares en donde la tierra era más elevada, surgían matorrales más altos. Nada parecía moverse, ni siquiera las frondas más delgadas de las plantas, pero en los receptores de sonido incrustados en el bloque de plástico se registraba un estruendo irregular casi constante. Excepto por el sonido, era un paisaje de vida inerte, sin viento ni actividad animal.

La máquina observó cuidadosamente durante varios minutos. Probablemente los distantes operadores tenían la esperanza de que alguna forma de vida, que se hubiera ocultado por miedo ante la caída del cohete, reapareciera; pero si era así quedaron decepcionados. Al cabo de cierto tiempo se arrastró hasta los restos de los aparejos del paracaídas y lanzó cuidadosamente un juego de luces sobre las cintas, cables y vigas metálicas, examinándolos con gran detalle. Luego, con aire resuelto, volvió a ponerse en movimiento.

Durante las diez horas siguientes investigó cuidadosamente el área general de aterrizaje, deteniéndose a veces para lanzar un rayo de luz sobre algún objeto o planta, observando a veces los alrededores durante varios minutos sin propósito obvio, o emitiendo en otras ocasiones unos sonidos de diferente tono y volumen. Esto último siempre lo hacía cuando estaba en el valle o por lo menos no se encontraba en lo alto de una colina, por lo que parecía estar estudiando los ecos.

Periódicamente, regresaba a los aparejos abandonados y repetía la cuidadosa observación, como si esperara que fuera a ocurrir algo. Naturalmente, en un entorno con una temperatura de ciento setenta grados Fahrenheit, ochocientas atmósferas de presión y un ambiente compuesto de agua fuertemente unida a oxígeno y óxido sulfúrico, los cambios comenzaban a producirse pronto. Prestaba el mayor interés al progreso de la corrosión al devorar el metal. Algunas piezas duraban más que otras; era indudable que los constructores habían incluido diferentes aleaciones con la finalidad, posiblemente, de investigar este extremo. El robot permaneció en el área general hasta que el último

trozo de metal desapareció en el barro.

Durante ese tiempo, y a intervalos irregulares, la superficie de la tierra se movió violentamente. A veces la sacudida estaba acompañada por los crujidos que habían llegado en los primeros momentos a los «oídos» del robot; otras veces se producían en un relativo silencio. Los operadores debieron inquietarse por ello en un principio; luego comprendieron que todas las colinas de los alrededores estaban bien redondeadas, carecían de riscos abruptos y que la tierra estaba libre de grietas o piedras desprendidas, por lo que no había motivo para preocuparse por los efectos de los estremecimientos en tan caro mecanismo.

La aparición de la vida animal constituyó un acontecimiento mucho más interesante. Muchas de las criaturas eran pequeñas, pero no menos fascinantes por ello si medimos el interés por las acciones que cada una provocaba en el robot. Examinaba todo lo que aparecía tan detenidamente como le era posible. La mayor parte de las criaturas tenían una armazón de escamas y estaban dotadas de ocho miembros; algunas parecían vivir en la vegetación local, mientras que otras debían corresponder a otro tipo de vida vegetal.

Cuando los aparejos metálicos desaparecieron totalmente, la atención de los operadores del robot se centró exclusivamente, y durante un largo tiempo, en los animales. La investigación se interrumpió varias veces debido a la pérdida de control. La falta de rasgos visibles en la superficie de Tenebra no les había permitido a los hombres realizar una medición precisa de su periodo de rotación, y en varias ocasiones la distante nave se «situó» más lejos de lo que interesaba para una importante parte del planeta. Mediante tanteos, redujeron gradualmente la falta de certeza en lo que respecta a la duración del día en Tenebra y las interrupciones en el control acabaron por desaparecer.

El proyecto de estudiar un planeta cuyo diámetro era tres veces superior al de la Tierra parecía tanto más ridículo en cuanto se había intentado con una única máquina exploradora. Si ése hubiera sido en realidad el plan, había sido ciertamente ridículo; pero los hombres tenían algo más en la mente. Una máquina es muy poca cosa, pero una máquina dirigida por un grupo de ayudantes, sobre todo si éstos pertenecen a un mundo de una cultura más amplia, es algo muy diferente. Los operadores tenían la esperanza de encontrar ayuda local… a pesar del entorno de condiciones extremadas en el que su máquina había caído. Eran hombres experimentados y sabían algo de la forma que la vida adopta en el universo.

Sin embargo, pasaron semanas y meses sin signos de alguna criatura que poseyera algo más que unos simples rudimentos de un sistema nervioso. Los hombres se habrían sentido más esperanzados si

hubieran comprendido la forma en que funcionaban los ojos carentes de lentes y con diversas posibilidades de rotación de los animales; pero la mayoría de ellos ya se había resignado a enfrentarse a un trabajo cuya duración equivalía a la de varias generaciones. Fue una casualidad que cuando, finalmente, surgió un ser pensante, éste fuera descubierto por el robot. Si hubiese ocurrido de otra manera —si el nativo hubiera descubierto la máquina— la historia podría haber sido muy diferente en varios planetas.

La criatura era muy grande. Tenía nueve pies de alto, y en ese planeta podía pesar muy bien una tonelada. Se conformaba a la costumbre local en cuanto a las escamas y al número de miembros, pero caminaba erguido sobre los dos extremos, parecía no usar otros dos y se servía de los cuatro superiores como prensiles. Un hecho reveló su inteligencia: llevaba dos lanzas cortas y dos largas, todas ellas con una punta de piedra cuidadosamente cincelada, obviamente preparadas para usarlas en cualquier instante.

Quizá la piedra decepcionó a los observadores humanos, o quizá recordaron lo que les ocurría a los metales en ese planeta, y no se lanzaron a conclusiones precipitadas de su nivel cultural tomando como base tal material. En cualquier caso, observaron cuidadosamente al nativo.

Resultó más fácil de lo que podría haber sido; aquel entorno, situado a varias millas del punto de aterrizaje, era bastante más desigual. La vegetación era más alta y menos frágil, aunque seguía siendo virtualmente imposible evitar que el robot no dejara rastro. En un primer momento, los hombres sospecharon que las altas plantas impidieran al nativo darse cuenta de la presencia de la relativamente pequeña máquina; luego se dieron cuenta de que la atención de aquél estaba totalmente centrada en algo más.

Se trasladaba lentamente y parecía querer dejar el menor rastro posible. Hay que tener en cuenta el hecho de que no dejar rastro resultaba prácticamente imposible, lo que explicaría que periódicamente se detuviera y construyera un peculiar artilugio con las ramas de una de las plantas más raras y elásticas y con afiladas hojas de piedra que extraía de un gran saco de cuero, en el que llevaba un suministro aparentemente interminable, que colgaba de su cuerpo escamoso.

La naturaleza de estos artilugios resultó evidente una vez que el nativo se alejó lo suficiente para permitir una investigación más cercana. Eran trampas para incrustar una punta de piedra en el cuerpo del que intentara seguir sus pasos. Debían estar puestas para animales en lugar de para otros nativos, pues podían ser fácilmente evitadas simplemente con seguir un camino paralelo.

Fuera de otras consideraciones, el hecho mismo de que tomara tal

precaución convertía la situación en extremadamente interesante, y el robot recibió la orden de seguirlo con todas las precauciones posibles. El nativo caminó de tal forma unas cinco o seis millas, y durante el trayecto colocó unas cuarenta trampas. El robot las evitó sin problemas, aunque varias veces tropezó con otras que habían sido colocadas anteriormente. Los proyectiles no dañaron a la máquina y alguno de ellos se deshizo contra el plástico. Sin embargo, comenzó a observar los alrededores como si todo él contorno estuviera «minado».

Finalmente, el rastro le condujo a una colina redondeada. El nativo la subió con rapidez y se detuvo en un estrecho barranco que se abría cerca de la cima. Parecía buscar a algún posible perseguidor, aunque los observadores humanos todavía no habían identificado ningún órgano de visión. Aparentemente satisfecho, extrajo un objeto helicoidal del saco, lo examinó cuidadosamente con dedos delicados y desapareció por el barranco.

Regresó a los dos o tres minutos desprovisto de la carga del tamaño de un pomelo. Descendió de la colina y, evitando con cuidado sus trampas y las otras, se alejó en una dirección diferente a aquella por la que había llegado.

Los operadores del robot tenían que pensar con rapidez. ¿Debían seguir al nativo o descubrir lo que había estado haciendo en la colina? Lo primero parecía más lógico, pues él se iba, mientras que la colina siempre estaría allí, pero eligieron la segunda alternativa. Después de todo, le resultaba prácticamente imposible trasladarse sin dejar alguna especie de rastro, y la noche se aproximaba, por lo que no podría alejarse demasiado. Parecía bastante seguro el suponer que compartía la característica de los otros animales de Tenebra de quedarse inertes durante unas horas después de la calda de la noche.

Además, el investigar en la colina no llevaría mucho tiempo. El robot esperó a que el nativo estuviera fuera del campo visual y ascendió por la colina en dirección al barranco. Descubrió que éste conducía a un cráter no muy profundo, a pesar de que la colina no guardaba ninguna semejanza con un volcán; en el suelo del cráter yacían un centenar de cuerpos elipsoidales similares a los que el nativo había dejado allí. Estaban dispuestos con gran cuidado en una sola hilera y, a excepción de ese hecho, eran lo más parecido a las piedras desprendidas que los hombres habían visto en Tenebra. Su naturaleza real parecía tan obvia que no se hizo ningún esfuerzo para abrir ninguna.

En ese momento debió producirse una larga y vívida discusión. El robot no hizo nada durante un largo rato. Luego abandonó el cráter y descendió de la colina, poniendo sumo cuidado, por el campo «minado» por el camino que había dejado el nativo, y puso toda la atención en el viaje.

No resultó tan sencillo como si hubiera sido de día, pues estaba comenzando a llover y las gotas obstruían con frecuencia la visibilidad.

Los hombres todavía no habían decidido si, al viajar por la noche, era mejor seguir los valles y quedar sumido o ascender a las crestas y las cimas de las colinas para tener alguna visión; pero en este caso el problema era irrelevante. Era evidente que el nativo había ignorado esta cuestión, pues mantenía, siempre que era posible, una línea recta. El rastro seguía unas diez millas y se detenía ante un precipicio cubierto de cuevas.

Los detalles no podían apreciarse con exactitud. La lluvia dificultaba la posible visión, pero además la oscuridad era virtualmente absoluta incluso para los receptores del robot. Ello debió producir más discusiones, pues transcurrieron dos o tres minutos desde que la máquina llegó hasta que sus luces iluminaron brevemente la roca.

Se veían nativos dentro de las cuevas, pero no tuvieron ninguna reacción ante la luz. O bien estaban dormidos, de manera semejante a la humana, o habían sucumbido a la usual inercia nocturna de la vida animal de Tenebra.

Nada en absoluto revelaba algún signo superior al nivel de la edad de piedra, y tras unos minutos de examen, el robot apagó la mayor parte de las luces y regresó de nuevo tomando la dirección del cráter y la colina.

Se movía de forma resuelta y continuada. Una vez en la colina aparecieron varias aberturas en sus costados y de ellas surgieron unas estructuras que recordaban a brazos. Cogió cuidadosamente diez de los elipsoides de uno de los extremos de la línea —sin dejar huecos que traicionaran la maniobra y los introdujo en el casco—. Luego, la máquina descendió de la colina e inició una deliberada búsqueda de trampas. Les quitaba las hojas de piedra, y las que estaban en buenas condiciones —muchas de ellas estaban casi destruidas por la corrosión y algunas incluso se deshicieron como si fueran de polvo cuando las tocó— las introducía por otra abertura en la masa de plástico. Cada una de estas cavidades era posteriormente cubierta por una capa del mismo material, que formaba el cuerpo de la máquina, un polímero increíblemente estable, de forma que nadie podría saber, viéndolo desde el exterior, que en su interior se encontraban lugares de almacenamiento.

Una vez completada esta tarea, el robot se marchó a la mayor velocidad que podía mantener. En aquel momento Altair se elevaba y comenzaba a convertir en gas la atmósfera más baja. La máquina, las armas de piedra y los huevos «raptados» estaban lejos del cráter y más lejos todavía del pueblo de las cuevas.

Capítulo 1 — Exploración; expectación; altercado.

Nick se deslizó entre las altas plantas hasta el espacio abierto, se detuvo y utilizó algunas de las palabras que Fagin se había negado siempre a traducir. No estaba sorprendido ni molesto por encontrar agua frente a él —apenas acababa de iniciarse la mañana—; era irritante, sin embargo, encontrarla también a ambos lados. La completa fatalidad le había conducido en línea recta por una península y ya no era el momento de volver sobre sus pasos.

Para ser precisos, no sabía que le estuvieran siguiendo; simplemente, no se le hubiera ocurrido pensar que no era así. Había empleado dos días, desde el momento en que escapó, en dejar un rastro todo lo confuso y equívoco que fuera posible, desviándose mucho hacia el oeste antes de regresar a casa, y como le habría ocurrido a un ser humano, no le hubiera agradado admitir que podría haber sido un esfuerzo inútil. Ciertamente, no había detectado la más ligera señal de perseguidores. Se había retrasado por los habituales encuentros con muros de tierra imposibles de cruzar y con animales salvajes, pero ninguno de sus raptores le había alcanzado; los animales y plantas flotantes, de los que no se sentía nunca lo suficientemente seguro como para ignorarlos completamente, no habían mostrado ningún signo de interés a sus espaldas; sus captores, como pudo comprobar cuando estuvo con ellos, eran excelentes cazadores y rastreadores. Teniendo en cuenta todos estos hechos, bien podría haber supuesto que el hecho de que continuara en libertad significaba que no lo estaban siguiendo. Estuvo tentado de pensar así, pero no podía creerlo totalmente. ¡Se habían mostrado tan violentos en su deseo de que les condujera junto a Fagin!

Volvió en sí mismo con un sobresalto y concentró su mente en el presente. Pensando en lo que sería más conveniente en ese momento, tenía que decidir entre volver sobre sus pasos a lo largo de la península, arriesgándose a tropezar con sus ex captores, o esperar a que el lago se secara, dándoles la oportunidad de que lo alcanzaran. No era fácil decidir cuál era el riesgo menor, pero era un contratiempo que no tenía otra salida.

Se aproximó hasta el borde del agua observó el líquido atentamente y lo golpeó con fuerza. Las lentas ondas que se esparcieron hacia arriba, alzándose de la superficie y cayendo sobre el nivel de superficie, no le interesaron; pero sí, en cambio, las gotas que se separaron. Las observó mientras flotaban hacia él, desvaneciéndose lentamente, y notó con satisfacción que hasta las más grandes de ellas

desaparecían sin volver a caer sobre la superficie. Evidentemente, el lago no tardaría en desaparecer, por lo que se sentó a esperar.

Se levantó una suave brisa mientras las plantas despertaban al nuevo día, podía olerla. Prestó una ansiosa atención sobre sus efectos sobre el lago…; no eran ondas, sino turbulentos agujeros en la superficie que señalaban que unos cuerpos de aire más caliente estaban paseando sobre ellos. Esa era la señal; a partir de entonces, la superficie descendería con más rapidez hacia el fondo del lago de la que él podría viajar. La brisa mantendría un aire respirable, en tanto en cuanto no se aproximara demasiado al agua. Ya no podía tardar. El lugar en que se hallaba se encontraba por debajo del nivel de superficie de algunas partes del lago. Estaba desapareciendo.

La diferencia aumentaba durante su espera y el borde del agua se deslizaba hacia atrás de forma espectral. Caminó con precaución hasta que un muro de agua se alzó a cada uno de sus costados. Comenzó a pensar que la península era la cresta de una montaña; si ése era el caso, mucho mejor.

Todavía no se había alzado mucho. Tuvo que esperar un cuarto de hora al borde del agua para que el resto de ella regresase al aire. Estaba tan impaciente que sentía deseos de arriesgarse a respirar aquella atmósfera inmediatamente después del cambio, pero se esforzó por evitarlo. A los pocos minutos, en el lado este de lo que había sido el lago aparecieron las plantas más altas. Antes de adentrarse entre ellas, donde no habría podido ver nada salvo los flotadores sobre su cabeza, se detuvo un momento para mirar hacia atrás, hacia el punto, ahora seco, desde donde había visto por primera vez el agua…; no había rastro de perseguidores. Uno o dos flotadores seguían su camino; buscó sus cuchillos y se lamentó de haber perdido las lanzas. Pero no había muchas probabilidades de peligro por algún flotador que se encontrara tras él siempre que viajara a una velocidad aceptable. Así lo hizo, y se perdió entre los matorrales.

El viaje no le resultaba demasiado difícil; el material era lo suficientemente flexible como para hacerlo a un lado del camino en la mayor parte de las veces. Ocasionalmente, tenía que hacer algún corte, lo que le molestaba, no por el esfuerzo que ello requería, sino porque tenía que exponer un cuchillo al aire. Los cuchillos estaban escaseando y Fagin no estaba siendo muy generoso con los que quedaban.

La mañana transcurrió sin señal de perseguidores. Consiguió una media de velocidad inusualmente buena a causa de la notable falta de animales salvajes… mientras que la media de cuarenta millas sería unas cuatro o cinco luchas, él sólo había tenido una. Sin embargo, perdió más tiempo del que había ganado cuando entró en un área mucho más áspera que las que había visto nunca.

Las colinas eran agudas y dentadas en lugar de redondas; se veían algunas rocas desprendidas y, de vez en cuando, éstas caían rodando y dando tumbos desde cráteres anormalmente escabrosos. Tuvo que escalar o descender de agudos riscos, pero otras veces logró pasar a través de grietas amenazadoramente estrechas sin tener la seguridad de que había una abertura en el otro extremo. A veces no la había y tenía que dar la vuelta.

Como la vida vegetal mantenía las características acostumbradas, incluso ahí dejó un rastro; pero con esa zona a sus espaldas le pareció más difícil justificar el sentimiento de que le estaban persiguiendo. ¡Sus ex captores merecían atraparlo si pudieron seguirle a través de ella! Pero a pesar de la frecuencia con que fijó la atención en la retaguardia no pudo detectar ningún signo de ellos.

Pasaron varias horas y Nick seguía viajando a la máxima velocidad que podía mantener. Sólo una lucha le había retrasado; fue un flotador que lo vio desde arriba y descendió al nivel del suelo para interceptarle. Era pequeño, tan pequeño que sus brazos sobrepasaban los tentáculos del animal, y con una rápida cuchillada le produjo una abertura en la vejiga de gas, suficiente para dejarlo debatiéndose inútilmente tras él. Envainó el arma y continuó su carrera sin disminuir la velocidad, frotándose un brazo que había sido ligeramente tocado por el veneno del animal.

Cuando se encontró en un entorno familiar el brazo había dejado de picarle y Altair estaba alta en el cielo. Ya había cazado antes lejos del valle familiar, y por muy rápidos que fuesen los cambios el área era todavía reconocible. Cambió ligeramente de dirección y se dispuso a realizar un último esfuerzo en cuanto a velocidad. Por primera vez se sintió seguro de ser capaz de dar un informe de su captura y, también por primera vez, se dio cuenta de que no había intentado organizar ninguno. El contar paso a paso lo que le había ocurrido podía resultar demasiado largo; era importante que Fagin y los demás se fueran en el menor tiempo posible. Por otra parte, sería necesaria una completa explicación del asunto para convencer al profesor de aquello. Nick, inconscientemente, disminuyó de velocidad mientras se entregaba a estos pensamientos. Pero el sonido de su nombre le sacó de su ensueño.

—¡Nick! ¿Eres realmente tú? ¿Dónde has estado? ¡Pensamos que te habrías dormido demasiado!

Al primer sonido Nick se había dirigido a sus cuchillos, pero corrigió el movimiento al reconocer la voz.

—¡Johnny! ¡Qué agradable resulta volver a oír la lengua de uno! ¿Qué estás haciendo tan lejos? ¿Ya se han comido las ovejas todo lo que había cerca de casa?

—Estoy cazando, no de pastor —John Doolittle salió de la

vegetación y se puso a la vista—. ¿Pero dónde estuviste? Ya hace semanas que te marchaste y que dejamos de buscarte.

—¿Me buscasteis? No me gusta nada eso, aunque sospecho que no habrá cambiado las cosas, pues en caso contrario ya lo habría sabido.

—¿Qué quieres decir? No entiendo de qué me hablas. ¿Y qué quieres decir con eso de que es bueno oír la «propia lengua»? ¿Qué otra lengua has oído? Cuéntame tu historia.

—Es larga y tengo que contársela a todos lo más pronto posible. Vamos a casa; no tiene sentido el contarla dos veces.

Se dirigió hacia el valle que ambos llamaban «casa» sin esperar respuesta. John envainó sus espadas y le siguió. Incluso aunque Nick no hubiera dejado entrever que había un problema, no se hubiera perdido voluntariamente el informe. Pero a pesar de encontrarse descansado, le resultaba difícil mantener el paso del explorador. Nick parecía tener prisa.

Por el camino se encontraron a otros dos del grupo, Alice y Tom, que estaban haciendo de pastores. Ante las imperativas y precipitadas palabras de Nick se dirigieron hacia el pueblo con toda la rapidez que sus animales se lo permitían.

En el pueblo se encontraban cinco más y Fagin estaba en su lugar habitual en el centro del anillo de casas. Nick llamó al profesor por su nombre cuando se puso ante su vista.

—¡Fagin! ¡Tenemos problemas! ¿Qué hacemos para conseguir las armas que no nos has enseñado todavía?

Como era habitual, se produjo una pausa de un par de segundos antes de obtener una respuesta.

—¡Ah! Eres Nick. Habíamos pensado que no regresarías. ¿Qué es todo eso de las armas? ¿Esperas que tengamos que luchar con alguien?

—Temo que así sea.

—¿Contra quién?

—Hay más gente como nosotros; pero no cuidan animales ni utilizan el fuego y usan distintas palabras a las nuestras.

—¿Cómo te encontraste con ellos, y por qué tenemos que luchar?

—Es una larga historia. Será mejor que la cuente desde el principio.

—Pero no podemos perder un tiempo que hemos de necesitar.

—Estoy de acuerdo; un informe completo nos permitirá darnos cuenta de la situación. Continúa —Nick se acomodó sobre los miembros que utilizaba para trasladarse y obedeció.

—Tal como habíamos decidido me dirigí hacia el sur, viajando lentamente, para poder trazar un mapa. Nada había cambiado mucho junto a la región que habitualmente utilizamos para pastos; pero, por supuesto, no era fácil saber si alguna cosa había cambiado totalmente en tiempos recientes y de qué forma. La mejor señal que encontré al

cabo del primer día fue una montaña de forma regular cónica y mucho más alta que las que había visto anteriormente. Estuve tentado de escalarla, pero decidí que los detalles del mapa los podía realizar mejor más tarde; después de todo, la finalidad de mi viaje era encontrar nuevas áreas, no evaluarlas. El segundo día, al poco tiempo de amanecer, pasé al este de la montaña. En esa región el viento era notablemente fuerte y parecía soplar hacia la montaña; en el mapa la señalé como Montaña de la Tormenta.

»A juzgar por el viento, debía haber allí muchas plantas nocturnas; debería planearse alguna expedición para conocerla antes de la oscuridad. Conforme avanzaba el viaje, todo se hacía usual. Tuve que matar bastante en autodefensa y para proporcionarme comida, pero ese día ninguno de los animales eran totalmente inusuales. Pero a la tercera mañana, cuando ya no se veía la montaña, me envolvió algo que vivía en un agujero en la tierra y que sacaba un brazo para capturar las cosas que pasaban. Me cogió por las piernas y no parecía preocuparse mucho por los golpes de mis espadas. No creo que hubiera podido zafarme si no llego a tener ayuda.

—¿Ayuda? —la pregunta se produjo sin la pausa característica de las anotaciones del profesor; era Jim quien la había hecho—. ¿Cómo pudiste obtener ayuda? Ninguno de nosotros estaba por aquella zona.

—No era uno de los nuestros… por lo menos no exactamente. Parecía uno de los nuestros y usaba lanzas como nosotros. Pero cuando tratamos de matar aquello que se escondía en el agujero e intentamos hablarnos, sus palabras eran diferentes; para ser exacto, he de decir que pasó un rato antes de que comprendiera que estaba hablando. Usaba como palabras la misma especie de ruidos que nosotros, pero las mezclaba con muchas otras que no hemos aprendido de ti. Cuando comprendí que esos ruidos eran palabras, me asombré de no haberme dado cuenta de ello antes…; después de todo, si esa persona no había sido educada por ti, tenía que haber buscado sus propias palabras para las cosas y sería estúpido pensar que éstas habían de ser como las nuestras. Decidí ir con él y aprender más, pues ello me pareció mucho más importante que hacer un mapa. Si era capaz de aprender su lenguaje podría enseñarme muchas más cosas de las que yo podría descubrir en meses de exploraciones. No pareció importarle que le siguiera y por el camino comencé a captar alguna de sus palabras. No resultaba fácil, pues las unía de extrañas maneras y no se trataba sólo de aprender el sonido que utilizaba para cada objeto. Cazamos juntos y pasamos casi todo el tiempo aprendiendo a hablar entre nosotros. No viajamos en línea recta, pero tomé buena nota de nuestro camino, y puedo poner su poblado en un mapa en cuanto tenga oportunidad.

—¿Poblado? —de nuevo fue Jim el causante de la interrupción;

Fagin no dijo nada.

—Es la única palabra que conozco para ello. No era como el nuestro; era un lugar que se encontraba al pie de un risco cortado cuyas paredes estaban cubiertas de agujeros. Algunos de ellos eran muy pequeños, como los agujeros causados por la disolución que podéis ver en cualquier piedra; otros eran mucho más grandes y la gente vivía en ellos. Yo estaba en uno de ellos. Quedaron muy sorprendidos al verme y trataron de hacerme muchas preguntas; pero no pude comprenderlas lo suficiente para darles una respuesta. Mi compañero de viaje habló con ellos y supongo que les diría cómo me encontró; su interés permaneció y muchos me rodeaban observando cualquier cosa que hiciera. La tarde ya estaba muy avanzada citando llegamos al risco y yo ya estaba buscando un lugar para acampar por la noche. No comprendí al principio que vivían en los agujeros de las rocas, y al descubrirlo no me encontré muy feliz. Noté que había más temblores allí que en los alrededores y ese risco me pareció horriblemente insalubre. Cuando el sol ya casi se había ocultado, decidí abandonarlos y acampar más abajo en una colina que había descubierto, pero entonces descubrí que no querían dejarme ir. Estaban dispuestos a golpearme para evitar que me fuera. Ya había aprendido algunas de sus palabras por aquel entonces y pude convencerles de que no estaba intentando irme para siempre y que sólo quería pasar la noche según mi costumbre. Había una sorprendente cantidad de leña por los alrededores y pude recoger la suficiente para una noche sin grandes problemas…, hasta algunos de los pequeños me ayudaron cuando vieron lo que trataba de hacer.

—¿Pequeños? ¿No eran todos del mismo tamaño? —preguntó Dorothy.

—No. Esa es una de las cosas curiosas que no he mencionado. Algunos de ellos no tenían más de un pie y medio de altura, mientras que otros son el doble de altos que nosotros… nueve pies o más. Empero, todos tienen nuestra misma forma. No encontré ninguna razón para ello. Uno de los más grandes parecía decirles casi siempre a los otros lo que tenían que hacer y descubrí que con los pequeños era más fácil de entenderse. Pero esto se sale de la historia. Cuando formaba los leños muchos me miraban, pero no parecían hacer lo propio; cuando los encendí se produjo el mayor grito de asombro que he oído en mi vida. No conocían nada acerca del fuego. Imagino que a eso se debía la abundancia de leña. Como es lógico, comenzó a llover. Resultó divertido verlos. Parecían tener mucho miedo a que la lluvia les cogiese fuera de sus agujeros, pero no querían perderse el espectáculo de los fuegos. Iban nerviosos de un lado para otro, pero acabaron por desaparecer gradualmente. Cuando ya se habían ido todos, algunos permanecieron distantes pava ver lo que los fuegos

hacían a la lluvia. Ya no les volví a ver durante el resto de la noche. El agua no era muy profunda junto al risco y salieron por la mañana tan pronto como ésta se secó. Podría contar una larga historia del resto del tiempo que pasé con ellos, pero tendrá que esperar. Aprendí a hablar muy bien su lenguaje —la manera en que juntan la palabras tiene mucho sentido una vez que se comprende— y a conocerlos muy bien. Lo que ahora nos interesa es que estaban muy interesados en lo que yo supiera y ellos no, como el fuego, el cuidar animales y el cultivo de plantas como comida; querían saber cómo había aprendido esas cosas. Les hablé de ti, Fagin, y ése fue mi error. Hace unos días su profesor, o jefe, o como quieras llamarlo, vino a verme y me dijo que quería venir aquí y llevarte hasta el risco para que pudieras enseñarle las cosas que sabes a su pueblo. Ahora lo veo todo claro. Pensé que cuanta más gente conozca que puedan ayudar en las cosas que quieres que hagamos, mejor irá todo —se detuvo para dar a Fagin la oportunidad de contestar.

—Tienes razón —dijo la voz del robot tras el intervalo habitual—. ¿En qué te equivocaste, entonces?

—Creo que no expresé correctamente mi respuesta. Interpreté lo que me dijo como una petición y le respondí que estaba dispuesto a regresar a casa y preguntarte si querías ayudar a la gente de la cueva. El jefe, Swift —su nombre significa Veloz en sus palabras; todos sus nombres significan algo—, se puso furioso. Por lo visto siempre espera que todos hagan lo que él dice sin la menor duda. Me di cuenta de ello, pero fui muy lento en sacar una consecuencia práctica de mi conocimiento. De cualquier forma, no veo cómo podía esperar que tú cumplieras sus órdenes. Desgraciadamente, si lo esperaba; de mi respuesta sacó la conclusión de que probablemente tú y el resto de la tribu se negarían a su deseo. Cuando eso ocurre, su primer pensamiento es el uso de la fuerza y desde el momento de mi respuesta comenzó a planear el ataque a nuestro pueblo para llevarte con él, tanto si tú querías como si no. Me ordenó que le dijera cómo encontrar el pueblo, y cuando me negué a ello volvió a ponerse furioso. Yacía allí cerca el cuerpo de una cabra muerta que alguien había traído para comer, lo cogió y comenzó a hacerle cosas terribles con sus cuchillos. Al rato me habló de nuevo.

»Ya viste lo que he hecho con mis cuchillos —me dijo—. Si la cabra hubiera estado viva no hubiera muerto por las cuchilladas, pero habría sufrido mucho. Lo mismo te haré a ti mañana al amanecer a menos que guíes a mis luchadores hasta tu pueblo y tu profesor. Ya estamos muy cerca de la noche para que te escapes; tienes la noche para pensar en lo que te he dicho. Salimos mañana por la mañana hasta tu pueblo… o desearás que lo hagamos.

»Puso a mi lado a dos de sus luchadores más corpulentos hasta

que comenzara la lluvia. A pesar de todo el tiempo que yo había estado allí nadie salía de las cuevas una vez que comenzaba a llover, así que me dejaron solo cuando encendí mis fuegos. Tardé mucho tiempo en decidir lo que tenía que hacer. Si ellos me asesinaban os encontrarían tarde o temprano y no estaríais sobre aviso; si iba con ellos todo iría bien, pero no me gustaban algunas de las cosas que Swift había estado diciendo. Parecía pensar que ninguno de nuestro pueblo debería quedar vivo una vez que te hubiera capturado. Eso parecía significar que yo iba a ser asesinado de todas formas, pero que si me mantenía en silencio sería el único. Entonces se me ocurrió viajar por la noche. Era más o menos lo mismo que ser asesinado, pero al menos moriría durmiendo… y había una pequeña posibilidad de conseguirlo. ¿Acaso no hay muchos animales que no tienen cuevas ni fuego y no despiertan tan pronto como algunos de los comedores de carne y todavía están vivos? En ese momento tuve una idea; se me ocurrió llevar fuego conmigo. A menudo llevamos un palo con el extremo encendido para distancias cortas cuando estamos encendiendo los fuegos nocturnos; ¿por qué no llevar un suministro de estacas y mantener una encendida todo el tiempo? Cabía la posibilidad de que el fuego no fuera lo suficientemente grande para proporcionar protección, pero merecía la pena el intentarlo. ¿Qué podía perder? Recogí todas las estacas que podía llevar conmigo, las apilé y esperé a que dos de mis tres fuegos fueran apagados por la lluvia. Luego cogí mis estacas, encendí el extremo de una en el fuego que quedaba y me marché tan rápido como pude. No sabía si ellos permanecían despiertos en sus cuevas —ya dije que el agua no les despertaba—, pero ahora sospecho que no lo estaban. De cualquier forma, nadie pareció notar mi marcha. El viajar por la noche no es tan malo como pensábamos. No es demasiado difícil esquivar las gotas de lluvia si se tiene suficiente luz para verlas venir y se pueden llevar suficientes estacas para alumbrarse durante mucho tiempo. Hice unas veinte millas, y habría hecho bastantes más de no ser por un estúpido error. No me acordé de reponer mi suministro de madera hasta que estaba utilizando mi última estaca, y entonces no encontré nada lo suficientemente largo en los alrededores que pudiera servirme. No conocía esa parte; me había dirigido al oeste en lugar de hacia el norte para engañar a la gente de las cuevas que hubiera podido verme marchar. En consecuencia, me ahogué en las gotas de lluvia un minuto después de que se hubiera acabado mi última estaca; ya debía ser bastante tarde, porque la atmósfera era irrespirable. Me había mantenido todo el tiempo en las tierras más altas y desperté por la mañana antes de que algún animal hubiera desayunado conmigo.

Nick se detuvo y, como todos los que estaban escuchando, excepto Fagin, buscó una posición más segura sobre sus piernas

mientras la tierra se sacudía bajo sus pies.

—Hice una buena tirada hacia el oeste y luego fui dando rodeos por el norte hasta llegar de nuevo al este y regresar aquí. A cada minuto esperaba ser capturado, pues esa gente es maravillosa para cazar y rastrear. Todas las noches viajé unas cuantas horas en la oscuridad, pero me detenía a tiempo para encontrar madera y hacer fuegos permanentes. La lluvia ya no me cogió de nuevo y ellos no me capturaron. Antes o después encontrarán este pueblo y creo que debemos abandonarlo lo antes posible.

Durante un momento, tras el fin del relato de Nick, se produjo un silencio; luego todos empezaron a parlotear y a exponer sus propias ideas sin prestar mucha atención a la de su vecino. Poseían muchas de las características humanas. El ruido continuó durante varios minutos y sólo Nick permaneció en silencio esperando que Fagin hiciera algún comentario.

Finalmente, el robot habló.

—Estás en lo cierto cuando dices que los habitantes de las cuevas encontrarán este pueblo; probablemente ya saben dónde está. Habrían sido unos locos al capturarte cuando tenían razones para suponer que te estabas dirigiendo a casa. Sin embargo, no creo que ganemos nada con irnos; pueden seguirnos adonde quiera que vayamos. Ahora que conocen nuestra existencia tenemos que encontrarnos con ellos sin pérdida de tiempo. No quiero que luchéis con ellos. Os he cogido cariño y he pasado mucho tiempo educándoos, así que no quiero veros descuartizados. Nunca habéis luchado, eso es algo que no estoy calificado para enseñaros, y no tendríais ninguna oportunidad contra esa tribu. Por ello, Nick, quiero que tú y otro de vosotros vayáis a encontrarlos. Llegarán aquí siguiendo tu rastro, así que no tendréis problemas en encontrarlos. Cuando veas a Swift, dile que nos complace ir a su pueblo o el permitirle que venga al nuestro, y que le enseñaré a él y a los suyos todo lo que quieran. Si le dejas claro que yo no conozco su lenguaje y que él te necesitará para hablar conmigo, probablemente no tratará de heriros a ninguno.

—¿Cuándo partimos? ¿En seguida?

—Eso sería lo mejor, pero acabas de hacer un largo viaje y te mereces un descanso. Por otra parte, la mayor parte del día ya ha pasado y probablemente no se perderá mucho permitiéndote una noche de sueño antes de que te vayas. Sal mañana por la mañana.

—De acuerdo, profesor.

Nick no demostró la inquietud que le producía el tener que ver de nuevo a Swift. Había conocido al salvaje durante varias semanas; Fagin no lo conocía. Pero el profesor sabía mucho; le había enseñado todo lo que ahora sabía y durante toda una vida —al menos la vida de Nick— había sido la autoridad principal en el pueblo. Probablemente

todo saldría tal como lo predijo Fagin.

Pero también podía ocurrir que los hombres que se encontraban tras el robot hubieran subestimado la capacidad de rastreo de los habitantes de las cavernas. Nick ni siquiera tuvo tiempo para dormir junto a su fuego tras encenderlo bajo la lluvia. Un grito de sorpresa de Nancy sonó cuatro fuegos a su izquierda; un segundo después vio al mismo Swift, flanqueado por una línea de sus más corpulentos luchadores que desapareció por el otro lado de la colina, subiendo silenciosamente la colina hacia él.

Capítulo 2 — Explicación; concatenación; recriminación.

—¿Qué hará ahora?

Racker ignoró la pregunta; aunque sabía que quien hablaba era importante, no tenía tiempo para una conversación casual. Tenía que actuar. Las pantallas de televisión de Fagin se alineaban en la pared a su alrededor y todos mostraban las multitudinarias formas de seres cónicos en forma de abeto que atacaban al pueblo. Tenía ante él un micrófono con el conmutador en posición cerrada para que la charla casual de la sala de control no alcanzara a los compañeros del robot; su dedo estaba suspendido sobre el conmutador, pero no lo tocó. No sabía qué decir.

Lo que le había dicho a Nick a través del robot era totalmente cierto; nada se ganaría luchando. Desgraciadamente, la lucha ya había empezado.

Incluso aunque Racker hubiera estado calificado para dar consejos sobre la pelea, ya era demasiado tarde; ya ni siquiera le era posible a un ser humano el distinguir a los atacantes de los defensores. Las lanzas surcaban el aire con velocidad ciega —con tal campo de gravedad las cosas no podían meramente sacudirse— y las hachas y cuchillos centelleaban a la luz de las fogatas.

—De todas formas es una buena competición —la misma voz aguda que había hecho la pregunta anterior se dejó oír de nuevo—. La luz del fuego parece más brillante que la del día.

El tono intrascendente puso furioso a Racker, para quien la difícil situación de sus amigos era algo importante; pero no fue por consideración a la identidad o importancia de quien había hablado que mantuvo sus nervios y no dijo nada desafortunado. Aunque sin intención, el espectador le había dado una idea. Su dedo cayó vertiginosamente sobre el botón del micrófono.

—¡Nick! ¿Puedes oírme?

—Sí, profesor —la voz de Nick no mostraba los terribles esfuerzos físicos a los que estaba sometido; su voz no estaba tan unida al aparato respiratorio como la de un ser humano.

—Muy bien. Abriros camino luchando hasta el cobertizo más cercano lo más rápidamente posible, todos vosotros. Poneos fuera de mi vista. Si no podéis alcanzar un cobertizo, poneos tras un montón de leña o algo parecido… en la otra parte de la colina si no encontráis nada mejor. Cuando todos lo hayáis conseguido, hacérmelo saber.

—Lo intentaremos —Nick no tuvo tiempo de decir nada más; los de la sala de control sólo podían mirar, aunque los dedos de Racker

estaban suspendidos sobre otro juego de conmutadores del completo panel que tenía ante él.

—Uno de ellos lo está consiguiendo —esta vez Racker tuvo que responder.

—Hace dieciséis años que conozco a esa gente, pero ahora no puedo distinguirlos de los atacantes. ¿Cómo puede identificarlo?

Giró por un momento su vista desde la pantalla a los dos no humanos que se alzaban tras él.

—Los que atacan no tienen hachas, sólo cuchillos y lanzas —contestó con calma.

El hombre regresó precipitadamente a las pantallas. No estaba seguro de que otro tuviera razón; sólo podían verse tres o cuatro hachas y los que las llevaban no eran muy visibles en aquel torbellino de formas. No había notado la falta de hachas en las manos de los atacantes mientras subían la colina en los breves momentos en que fueron visibles para el robot antes de comenzar la batalla; pero no había razón para dudar que alguno más podía tenerlas. Deseó haber conocido mejor a Dromm y a su pueblo. No respondió al poco convincente comentario del gigante, pero desde entonces prestó atención a las hachas que centelleaban a la luz de la fogata. Parecían estar abriéndose camino hacia los cobertizos que bordeaban lo alto de la colina. No todos lo consiguieron; más de una de las herramientas que tan repentinamente se habían convertido en armas dejaron de moverse mientras los ojos del robot miraban.

Durante medio minuto, una figura armada y escamosa permaneció en una de las puertas de los cobertizos, haciendo frente al exterior y golpeando las crestas de todos los atacantes que se aproximaban demasiado. Otros tres, aparentemente heridos, se arrastraban hacia él por el impulso de poderosos brazos para refugiarse en el edificio; uno de ellos, agazapándose con dos lanzas y cubriendo de golpes bajos al hombre del hacha.

Luego otro defensor se colocó al lado del primero mientras los otros dos se retiraban al interior del cobertizo. Ninguno de los habitantes de las cavernas parecía ansioso por seguirlos.

—¿Estáis todos dentro, Nick? —preguntó Racker.

—Aquí estamos cinco. No sé nada de los otros. Creo que Alice y Tom están muertos; estaban cerca de mí al principio y hace tiempo que no les he visto.

—Llama a los que no estén contigo. Tengo que hacer algo muy pronto y no quiero herir a ninguno de vosotros.

—Ya deben estar a salvo o muertos. La lucha ha cesado; es mucho más fácil oírte de lo que era antes. Es mejor que lo hagas sin preocuparte de nosotros; creo que los de Swift se están dirigiendo hacia ti. Fuera de aquí sólo quedan dos; los otros están formando un

amplio círculo en donde te vi por última vez. No te has movido, ¿no es cierto?

—No —admitió Racker—, y tienes razón en lo del círculo. Uno de los mayores de ellos se dirige hacia mí. Asegúrate de que todos estáis a cubierto… a ser posible en algún lugar en donde mi luz no os alcance. Os doy diez segundos.

—De acuerdo —respondió Nick—. Nos hemos metido bajo las mesas.

Racker contó lentamente hasta diez, mientras miraba en la pantalla a las criaturas que se aproximaban. Con el último número sus manos oprimieron una barra que actuaba sobre veinte conmutadores simultáneamente; como Nick lo describió más tarde, «el mundo se incendió».

Sólo eran los focos del robot, en desuso durante años pero todavía en funcionamiento. Les parecía imposible a los humanos que cualquiera que fuesen los órganos ópticos sensitivos capaces de funcionar con los pocos quanta de luz que alcanzaba el fondo de la atmósfera de Tenebra pudieran resistir tal resplandor; las luces habían sido diseñadas con la posibilidad de que pudieran traspasar el polvo o la niebla… eran mucho más poderosas de lo que en realidad necesitaban los receptores del robot.

De acuerdo con los cálculos de Racker, los atacantes serían cegados inmediatamente, pero en seguida se dio cuenta de que no ocurrió así.

Quedaron algo sorprendidos; detuvieron su avance por un momento y hablaron ruidosamente entre ellos; luego, el gigante que estaba al frente de todos dio unas zancadas hasta el robot, se inclinó y examinó una de las luces con detalle. Hacía ya tiempo que los hombres habían aprendido que los órganos de visión de Tenebra estaban relacionados de alguna forma con las crestas espinosas que había sobre sus cabezas, y ésta era la parte que el ser, que Racker sospechaba que era Swift, acercó a una de las delgadas aberturas por las que salía la corriente de luz.

El hombre suspiró y cerró las luces.

—Nick —llamó—, creo que mi idea no ha funcionado. ¿Puedes entrar en contacto con este camarada de Swift y tratar de solucionar el problema lingüístico? Creo que él debe estar tratando de hablarme ahora.

—Lo intentaré —la voz de Nick se oyó débilmente a través de los instrumentos de transmisión del robot; era un parloteo incomprensible que recorría a velocidad fantástica los tonos más altos y bajos de la escala. No había forma de saber quién había hablado y mucho menos de comprender lo que se estaba diciendo, por lo que Racker se arrellanó inquieto en su sillón.

—¿No podría usarse el equipo del robot para la lucha? —la voz aguada del drommiano interrumpió sus preocupaciones.

—Bajo otras circunstancias sería posible —contestó Racker— pero ahora estamos demasiado lejos. Ya habrá notado las pausas que se producían entre las preguntas y las respuestas cuando estaba hablando con Nick. Seguimos la órbita de Tenebra desde muy lejos y no podemos mantener la misma longitud; su día es como cuatro de la Tierra y eso nos aleja a ciento sesenta mil millas. Casi dos segundos de demora convierten al robot en un luchador muy ineficaz.

—Por supuesto. Debería haberme dado cuenta. Debo excusarme por hacerle perder el tiempo e interrumpirle en lo que debe ser una situación muy apurada.

Racker, haciendo un gran esfuerzo, separó su atención de la alejada escena y se volvió hacia los drommianos.

—Creo que soy yo el que debe excusarse —dijo—. Sabía que venían y el porqué. Ya que no podía hacerles los honores debería haber señalado a alguien para que se los hiciera. Mi única excusa es la emergencia del caso. Permítanme que me rehabilite ayudándoles ahora. Imagino que les gustará ver el Vindemiatrix.

—De ningún modo. No sería capaz de sacarle de esta habitación precisamente ahora. Además, la nave no tiene ningún interés en comparación con su fascinante proyecto sobre el planeta y puede explicárnoslo perfectamente desde aquí mientras esperamos la respuesta de su agente o de cualquier otro. Me doy cuenta de que su robot ya hace tiempo que está en el planeta. Probablemente a mi hijo le gustaría ver la nave, si hay alguien que pueda ser relevado de sus deberes.

—Por supuesto. No me di cuenta de que era su hijo; el mensaje que nos hablaba de su visita no lo mencionaba y supuse que era un ayudante.

—Es perfectamente lógico. Hijo, te presento al doctor Helven Raeker; doctor Raeker, éste es Aminadorneldo.

—Encantado de conocerle, señor —contestó el drommiano más joven.

—El placer es mío. Si espera un momento, un hombre viene para enseñarle el Vindemiatrix… a menos que prefiera quedarse aquí y unirse a la conversación con su padre y conmigo.

—Gracias, preferiría ver la nave.

Racker asintió y esperó en silencio durante unos segundos. Ya había pulsado el botón de llamada que atraería a un hombre de la tripulación a la sala de observación. Se preguntaba por qué el más joven venía con su padre; posiblemente se debía a algún propósito. Sería más fácil hablar sin él, pues era incapaz de distinguir a uno del otro y le resultaría embarazoso el equivocarse. Ambos eran gigantes

desde el punto de vista humano; colocados sobre sus patas traseras —actitud muy inusual en ellos— alcanzarían los diez pies de altura. Su aspecto general era el de una comadreja… o más exactamente el de una nutria, pues los largos dedos en los que terminaban los cinco pares de miembros eran palmeados. Los miembros eran cortos y fuertes y las palmas de los dos primeros se reducían a un borde de membrana a lo largo de los dedos… una evolución perfectamente normal para seres anfibios inteligentes que vivían en un planeta en cuya superficie la gravedad era cuatro veces la de la Tierra. Ambos llevaban unos aparejos que sujetaban unos juegos de pequeños tanques de gas de los que salían unos tubos que se introducían en las esquinas de sus bocas; llevaban oxígeno a una presión parcial tres veces superior a la normal en los hombres. Carecían de pelo, pero en su piel había algo que daba un reflejo similar al de la piel de foca.

Se habían extendido por el suelo en una actitud relajada difícil de describir, levantando sus cabezas lo suficiente para ver las pantallas con claridad. Cuando se abrió la puerta y entró el tripulante, uno de ellos se puso de pie con un movimiento ondulante y una vez dadas las instrucciones, salió de la habitación detrás del hombre. Raeker notó que caminaba sobre los diez extremos, incluso sobre aquellos que habían sido modificados para permitirles coger los objetos, a pesar de que la «gravedad» centrífuga del Vindemiatrix lo hacía innecesario. Al fin y al cabo, la mayor parte de los hombres usan sus dos piernas en la Luna, aunque sería perfectamente posible utilizar sólo una. Raeker se quitó la idea de la cabeza y se dirigió al otro drommiano…, aunque siempre reservaba parte de su atención para las pantallas.

—Me pidió que le informara sobre nuestros agentes locales. En realidad no hay mucho que decir. Nuestra mayor dificultad fue entrar en contacto con la superficie. El robot que hay allí ahora representa un tremendo esfuerzo de construcción; el entorno está muy cerca de la temperatura crítica del agua y tiene una presión atmosférica casi ocho veces superior a la de la Tierra. Como hasta el cuarzo se disuelve rápidamente bajo esas condiciones, nos costó mucho trabajo diseñar máquinas que pudieran mantenerse. Lo conseguimos por fin; ésa lleva allí casi dieciséis años de los nuestros. Soy biólogo y no puedo entrar demasiado en los detalles técnicos, si desea conocerlos hay gente aquí que puede proporcionárselos. Enviamos la máquina y empleamos casi un año en exploraciones antes de encontrar unos nativos aparentemente inteligentes. Resultaron ser ponedores de huevos y nos apoderamos de unos cuantos. Nuestros agentes son los que salieron de esos huevos; los hemos educado desde entonces. Ahora, cuando comenzábamos a hacer exploraciones reales con ellos, ha ocurrido esto —señaló hacia la pantalla, en la que podía verse al inmenso Swift que había abandonado el examen y parecía estar escuchando; quizá

Nick había tenido suerte en su cometido.

—Si podéis construir una máquina que dure tanto en ese entorno, estoy seguro de que podéis construir algo que os permita ir allí en persona —dijo el drommiano.

Raeker sonrió con ironía.

—Tiene usted razón, y eso es lo que hace que la situación sea más desagradable. Tenemos esa máquina lista para bajar; en unos pocos días esperábamos ser capaces de cooperar directamente con nuestros amigos de allí.

—¿Es cierto eso? Hubiera pensado que se necesitaría mucho tiempo para diseñarla y construirla.

—Se necesita. El mayor problema no es bajar; lo resolvimos muy bien con un paracaídas en el caso del robot. El problema está en ascender de nuevo.

—¿Por qué es eso tan difícil? La gravedad de la superficie, por lo que sé, es menor que la de mi propio mundo, y hasta el gradiente de potencial debe ser algo más pequeño. Cualquier unidad de cohete podría solucionarlo.

—Lo haría si funcionara. Desgraciadamente, el cohete que descargue sus gases contra ochocientas atmósferas no ha sido construido todavía. Se funden… y no lanzan el chorro porque la presión es demasiado grande.

El drommiano pareció un poco sorprendido durante un momento, pero luego asintió de una manera notablemente humana.

—Por supuesto. Debería haberlo pensado teniendo en cuenta que en su planeta hay cohetes mucho más efectivos que en el nuestro, ¿Y cómo han solucionado eso? ¿Algún tipo radicalmente nuevo de reactor?

—Nada nuevo. Todo el dispositivo tiene siglos de antigüedad. Básicamente es una nave usada hace muchísimo tiempo en mi mundo para la exploración submarina… le llamamos batiscafo. A efectos prácticos es un globo dirigible. Puedo describírselo, pero sería mejor si…

—¡Profesor! —una voz, que hasta Aminadabarlee pudo reconocer como la de Nick, surgió del altavoz. Raeker regresó a su panel y cerró el conmutador del micrófono.

—¿Si, Nick? ¿Qué dice Swift?

—Su respuesta es no. Nada, excepto tú, le interesa de este pueblo.

—¿No le explicaste el problema lingüístico?

—Sí, pero me respondió que si yo fui capaz de aprender el suyo, tú, que eres mi Profesor, serías capaz de aprenderlo más rápidamente. Entonces no tendrá que confiar en gente que puede no decirle lo que tú estás diciendo. Creo que tiene razón. Está dispuesto a dejar al resto de nosotros aquí, pero tú tienes que irte con él.

—Comprendo. Por ahora es mejor que te muestres de acuerdo; por lo menos ello evitará problemas a aquellos de vosotros que queden vivos. Es posible que podamos prepararle una pequeña sorpresa a Swift en un futuro próximo. Dile que haré lo que él dice; iré con él a las cuevas… imagino que querrá regresar allí mañana, pero si quiere permanecer más tiempo aquí no le contradigas. Cuando se vayan, vosotros quedaros donde estáis; busca a todos los que estén con vida y cúralos —imagino que la mayor parte de vosotros está con heridas—, y luego espera a que me ponga en contacto con vosotros. Pueden ser unos días, pero dejarme hacer a mí.

Nick pensaba más rápido y recordó en seguida que Fagin podía viajar por la noche sin la ayuda del fuego… la lluvia no lo ahogaba. Creyó saber lo que planeaba hacer el profesor. Se equivocaba, pero no era culpa suya, pues la palabra «batiscafo» no la conocía.

—¡Profesor! —dijo, tras meditar unos momentos—. ¿No sería mejor que nosotros nos fuésemos tan pronto como pudiéramos y fijáramos algún otro lugar para encontrarnos contigo una vez que tú escapases? Seguramente él volverá aquí una vez que deje de llover.

—No te preocupes por eso. Quedaros ahí y dejar que las cosas vuelvan a la normalidad lo antes posible. Ya tendrás noticias mías.

—De acuerdo, profesor —Racker se arrellanó en su sillón de nuevo y asintió con lentos movimientos de cabeza.

El drommiano debía haber pasado mucho tiempo en la Tierra, pues era capaz de interpretar la actitud del hombre.

—Parece mucho más feliz de lo que lo era hace unos momentos —señaló—. Veo que ha encontrado la solución de todo esto.

—Así lo espero —contestó Raeker—. Me había olvidado del batiscafo hasta que se lo mencioné a usted; al recordarlo comprendí en seguida que él me sacaría de todos mis problemas. Lo malo del robot es que tiene que arrastrarse y puede ser rastreado y seguido, pero el batiscafo, desde el punto de vista de los nativos de Tenebra, puede volar. Lleva un equipo de manejo exterior, y cuando la tripulación descienda una noche puede coger al robot e irse con él volando. Desafío a Swift a que siga el rastro.

—¿Pero no tiene Nick razón? ¿No irá Swift directamente al pueblo? Pienso que habría hecho mejor en seguir la sugerencia de Nick.

—Ya habrá tiempo para irse una vez que tengamos el robot. Si se van antes tendremos muchos problemas para encontrarlos aunque hayamos arreglado con sumo cuidado una cita. No todas las áreas están incluidas en mapas, y las que lo están tampoco han sido fijadas con mucha perfección.

—¿Por qué no? Me parece muy extraño.

—Tenebra es un planeta muy extraño. El diastrofismo es como el

de la Tierra; la cuestión no es si lloverá mañana, sino si la zona de pastos comenzará a convertirse en una colina, Hay un equipo de geofísicos tratando de roer ese hueso que esperan el batiscafo para poder descender y trabajar en estrecha conexión con el grupo de Nick. Conocemos la causa general: la atmósfera está formada en su mayor parte por agua cercana a su temperatura crítica y las rocas de silicato se disuelven rápidamente bajo estas condiciones. El lugar se enfría lo suficiente todas las noches como para permitir que una pequeña parte de la atmósfera se vuelva líquida. Por ello, durante casi dos días terrestres, la corteza es cubierta por océanos. Si a ello le unimos una gravedad tres veces superior a la de la Tierra, no debemos sorprendernos de que la corteza se esté reajustando continuamente.

—De todas formas creo que todo está en marcha. Descenderá allí mañana para estar un par de días y no creo que puedan ocurrir muchas cosas hasta entonces. Mi relevo vendrá pronto; cuando llegue quizá le gustaría ver el batiscafo conmigo.

—Me interesaría muchísimo —Raeker estaba sacando la impresión de que o bien los drommianos era una raza muy cortés o Aminadabarlee había sido seleccionado para su trabajo por su disposición diplomática.

Desafortunadamente se produjo un retraso en la visita del batiscafo. Cuando Raeker y el drommiano llegaron al hangar de la pequeña nave auxiliar del Vindemiatrix, lo encontraron vacío. La información del oficial de vigilancia de la nave, no del robot —ambas organizaciones carecían de conexión— les reveló que la nave auxiliar estaba siendo utilizada por el tripulante, a quien Raeker le había ordenado que acompañase a Aminadorneldo.

—El drommiano quería ver el batiscafo, al igual que Easy Rich.

—¿Qué quién?

—La hija del Canciller Rich. Excúseme usted, señor, pero los equipos de inspección política me parecen muy bien en tanto se dediquen a inspeccionar; pero cuando convierten el viaje en una excursión para sus hijos…

—Yo también traje a mi hijo —le dijo Aminadabarlee.

—Lo sé. Pero hay una diferencia entre alguien que tiene edad suficiente para cuidarse a sí mismo y un niño al que hay que separarle los dedos de los contactos de alta tensión… —el oficial dejó su voz en el aire e hizo un gesto con su cabeza. Era un ingeniero; Raeker sospechó que el grupo había descendido a la sala en donde se encontraba el equipo del motor, pero prefirió no preguntarlo.

—¿Sabe cuándo regresará la nave? —preguntó.

El ingeniero se encogió de hombros.

—No. Flanagan dejaba que la niña le guiase. Imagino que volverán cuando ella se haya cansado. Pero puede usted llamarle.

—Buena idea —Raeker se dirigió a la sala de comunicaciones del Vindemiatrix, se sentó en un sillón y pulsó la combinación correspondiente a la nave auxiliar. A los pocos segundos se iluminó una pantalla y en ella se vio el rostro de Flanagan, mecánico de segunda clase, quien hizo un gesto de reconocimiento al ver al biólogo.

—Hola, doctor. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Queríamos saber cuándo regresaría. El canciller Aminadabarlee desea ver el batiscafo —la pausa de dos segundos, tiempo empleado por las ondas en llevar hasta la nave y volver el Vindemiatrix apenas fue notada por Raeker, quien ya estaba acostumbrado a ello; el drommiano mostró más impaciencia.

—Puedo regresar y recogerles cuando deseen; mis clientes están muy ocupados en el «escafo».

Racker se mostró sorprendido.

—¿Quién está con ellos?

—Estaba yo, pero no sabía mucho acerca del aparato y me prometieron no tocar nada.

—No me parece muy seguro. ¿Cuántos años tiene la niña? Unos doce, ¿no es cierto?

—Yo diría que sí. No la habría dejado sola, pero el drommiano estaba con ella y me dijo que él la cuidaría.

—A pesar de eso creo… —Racker no pudo terminar la frase, cuatro juegos de dedos largos palmeados y ásperos oprimieron sus hombros, apartándole y haciendo sitio a la lustrosa cabeza de Aminadabarlee. En la imagen aparecieron un par de ojos amarillo verdosos, y una voz, más profunda que la que Raeker había oído antes al drommiano, interrumpió el silencio.

—Es posible que conozca menos su lenguaje de lo que creía —fueron sus palabras—. ¿Debo entender que ha dejado dos niños solos en una nave en el espacio?

—No exactamente niños, señor —protestó Flanagan—. La niña ya tiene edad suficiente para mostrar un poco de sentido y su hijo no es ya un niño, es tan grande como usted.

—Alcanzamos nuestras condiciones físicas de adulto al año —le espetó el drommiano—. Mi hijo tiene cuatro años, que es el equivalente a un ser humano de siete. Estaba convencido de que los seres humanos eran una raza admirable, pero el hecho de que le hayan dado responsabilidades a un individuo tan estúpido como usted sugiere un conjunto de normas sociales tan deficientes que no es posible distinguirlas de las de los salvajes. Si le ocurre algo a mi hijo… —se detuvo; el rostro de Flanagan había desaparecido de la pantalla y se debía haber perdido las dos últimas frases de la reprimenda de Aminadabarlee; pero el drommiano no había terminado. Se volvió

hacia Raeker, cuyo rostro estaba más pálido de lo normal, y prosiguió —. Me enferma pensar que a veces, durante mi estancia en la Tierra, he dejado a mi hijo a cargo de cuidadores humanos. Había supuesto que su raza era civilizada. Si esta estupidez alcanza su resultado más probable, la Tierra la pagará en todo lo que vale; ninguna nave tripulada por humanos aterrizará de nuevo en ningún planeta de la galaxia en el que se valoren los sentimientos de los drommianos. La historia de vuestra idiotez se prolongará en años luz y ninguna nave humana durará lo suficiente para entrar en los cielos drommianos. La humanidad se habrá ganado el desprecio de todas las razas civilizadas en…

Un sonido le detuvo, pero no eran palabras. Un fuerte golpe sonó en el altavoz y un gran número de objetos se hicieron visibles en la pantalla saltando con fuerza contra la pared cercana. La golpearon suavemente y rebotaron, pero sin obedecer las leyes de la reflexión. Todas rebotaban en la misma dirección… en la dirección que Raeker reconoció, con un sentimiento de angustia, como la de la compuerta de aire de la nave. Un libro pasó volando por la pantalla en la misma dirección y chocó con un objeto metálico que flotaba más lentamente.

Pero esta colisión no pudo ser oída. Ningún sonido salía ya del altavoz; la nave estaba en silencio, con el silencio de la falta de aire.

Capítulo 3 — Meditación; transporte; emigración.

Nick Chopper se encontraba junto a la puerta del cobertizo y pensaba con furia. Tras él, los siete supervivientes del ataque yacían con diferentes grados de imposibilidades. Nick mismo no había salido totalmente indemne pero todavía era capaz de caminar… y, si era necesario, de luchar, se dijo a sí mismo con tristeza. Todos los demás, a excepción de Jim y Nancy, estarían imposibilitados por lo menos durante unos días.

Suponía que Fagin había tenido razón al ser tan complaciente con Swift; por lo menos así el salvaje había cumplido su palabra de dejar que Nick recogiese y cuidase a sus amigos heridos. Sin embargo, cada vez que Nick pensaba en el ataque, o en Swift, sentía reanudarse en él el deseo de guerra. Le hubiera gustado quitarle una a una las escamas a Swift y usarlas para cubrir un cobertizo a la vista de él.

No estaba rumiando pensamientos; estaba pensando realmente. Por primera vez en muchos años estaba valorando una decisión de Fagin. Le parecía ridículo que el profesor pudiera escapar del poblado de las cuevas sin ayuda; no había podido luchar contra la gente de Swift durante el ataque, y si tenía algunos poderes para ello que Nick no conocía, había sido el momento de usarlos. De nada valía que se fuera por la noche; sería rastreado y apresado nada más empezar el día.

¿Pero qué podían hacerle en realidad los habitantes de las cuevas a Fagin? El duro material blanco con el que estaba cubierto el profesor —o del que estaba hecho, pues eso no lo sabía Nick—, podía estar a prueba de cuchillos y lanzas; este punto no se le había ocurrido nunca pensarlo ni a Nick ni a sus amigos. Podía ser ésa la razón por la que Fagin se estaba comportando con tanta docilidad ahora que su pueblo podía ser herido; podía ser que planease actuar con más efectividad cuando estuviera solo.

Le gustaría hablar de ello con el profesor sin la interferencia de Swift. Por supuesto, de nada le servía al jefe escucharles, pues no podía entenderles, pero sabría que estaban conferenciando y estaría preparado para bloquear cualquier actividad planeada. Si fuera factible alejar a Swift del campo de escucha…, pero si eso fuera posible ya no habría problema. El núcleo del problema era que Swift no podía ser alejado.

Ya era de noche y estaba lloviendo. Los invasores, de momento, estaban protegidos por los fuegos del poblado. Sin embargo, reflexionó Nick, nadie cuidaba los fuegos. Miró hacia arriba, a las gotas de

treinta a cincuenta pies que brotaban sin cesar del cielo negro; siguió a una de ellas hasta un punto situado a unas trescientas yardas por encima de su cabeza. Allí desapareció atrapada por la corriente ascendente formada por las hogueras. En el poblado de Fagin no causaban ningún problema las gotas que caían verticalmente.

Otra gota, más grande, que cayó más allá del resplandeciente doble anillo de protección, fue más efectiva. Cayó sobre el suelo a cincuenta yardas de uno de los fuegos exteriores. Las predecesoras habían enfriado la tierra lo suficiente como para permitir que quedara en forma de líquido, y durante unos breves momentos se pudo ver cómo era atraída hacia la hoguera por el impulso de las corrientes de convección del mismo fuego. Luego el calor irradiado la hizo desaparecer; pero Nick sabía que todavía estaba allí. Había sido claramente cristalina, libre de las burbujas suspendidas de oxígeno. Ahora era vapor puro, igualmente libre de la necesidad de combustión. Nick habría asentido con satisfacción, si su cabeza hubiera podido moverse libremente, cuando el fuego comenzó a enfriarse repentinamente al paso de la invisible nube y a los pocos segundos desapareció.

Quizá alguno de los atacantes notó el incidente, pero lo cierto es que no hicieron nada.

Cinco segundos más tarde, Nick ya había elaborado su plan.

Salió del cobertizo y se dirigió al almacén principal de materias combustibles. Una vez allí cargó con todo lo que pudo y lo llevó adonde se encontraban los heridos. Ninguno de los invasores le detuvo o preguntó algo; ninguno había hablado con él desde que se concluyó la tregua. Dentro del cobertizo formó y encendió una fogata con rapidez. Cuando consiguió que resplandeciera, encendió una antorcha y regresó a la pila de leña. Colocó el extremo de la antorcha sobre la pila para que le iluminase mientras realizaba el trabajo; luego hizo varios viajes más acarreando leña hasta el cobertizo y dejando la antorcha sobre la pila en donde la había colocado. Por fin, cuando el cobertizo estaba lleno de madera, abandonó su trabajo.

Pero dejó allí la antorcha.

La madera de Tenebra arde mal; no produce llama. La estaca tardó algún tiempo en quemarse por su base y todavía pasó más tiempo antes de que el aumento de resplandor de la zona que rodeaba el poblado demostrase que había prendido el montón principal. Ni siquiera entonces se produjo alguna reacción entre los invasores. Estos se habían agrupado en un círculo alrededor del robot, quien permanecía en su posición habitual en el centro del poblado.

En aquel momento, más de la mitad de los fuegos periféricos habían desaparecido, así como la mayor parte de ellos en el anillo exterior. También se habían apagado uno o dos de los del anillo

interior y Nick empezó a percibir signos de inquietud en el grupo de los habitantes de las cuevas. Cuando murió el último de los fuegos exteriores comenzó a crecer un murmullo entre las filas de Swift, y Nick se rió para sí mismo. Swift podía tener problemas para manejar a sus hombres una vez que desapareciera la protección contra la lluvia y no tuviesen cuevas en las proximidades. Si el murmullo continuaba, el jefe tendría que hacer algo, y lo único que podría hacer, pensaba Nick, sería pedirle ayuda. Eso significaría una buena dentellada a su autoridad.

Pero Nick subestimaba a su corpulento compañero. Desde las proximidades del robot su voz sonó repentinamente espetando una serie de órdenes, y obedientemente, una docena de sus hombres corrieron desde la parte exterior del grupo hacia uno de los fuegos que todavía ardía. Allí, para el disgusto de Nick, cogieron palos de la pequeña pila de leña que se encontraba al lado, los encendieron por un extremo y se dirigieron con las antorchas a los fuegos muertos encendiéndolos sin la menor dificultad. Evidentemente, los habitantes de las cuevas no dormían toda la noche en sus agujeros; alguno le había vigilado desde las cuevas mientras él manejaba las hogueras, y era capaz de tener ideas al respecto. ¿Sabían también que era necesario reponer la leña consumida…? En efecto. Estaban colocando más madera en todos los fuegos. Sin embargo, Nick notó con satisfacción que no quedaba mucha madera; no tendría que esperar mucho antes de que las pequeñas pilas que había a cada lado se extinguiesen. Los invasores habían confundido a la pila principal, que ardía ahora furiosamente, con otra fogata; Swift tendría que encontrar una rápida solución cuando las reservas desaparecieran.

Este demostró ser capaz de hacerlo. Fue una suerte para Nick el haber sido capaz de permanecer despierto, pues los hombres de Swift no anunciaron su llegada. Se presentaron de improviso.

Se aproximaron desarmados, para la sorpresa de Nick, pero se acercaron a la puerta del cobertizo sin la menor vacilación, casi como si estuvieran esperando que él se haría a un lado para dejarles pasar. Cuando él no lo hizo así, se detuvieron. El más próximo estaba a media lanza de él. Iba a tratar de decir algo, pero Nick habló primero.

—¿Qué queréis? Mis amigos están heridos y no puedo ayudaros. No hay sitio en el cobertizo. Ir a los otros si queréis abrigo.

—Swift nos envió por leña —dijo la frase con calma, sin que «nada más» se escondiese tras ella, por lo que Nick pudo colegir por el tono.

—Sólo tengo lo necesario para mantener mi fuego esta noche. Tendréis que usar la de las otras pilas.

—Ya la hemos gastado.

—No es culpa mía. Sabéis que la leña se gasta en el fuego; no

debisteis poner tanta.

—No nos lo dijiste. Swift dice que deberías darnos de la tuya, te vimos cogerla, y decirnos cómo debemos usarla.

Era evidente que el jefe había comprendido por lo menos parte del plan de Nick, pero ahora ya nada podía hacer, salvo recuperarla.

—Ya os dije que sólo tengo lo necesario para este fuego. No os la daré; la necesito para mí y para mis amigos.

Para su sorpresa, se retiraron sin decir nada más. Por lo visto habían ido todo lo lejos que se lo permitían sus órdenes y regresaban a pedir otra. La iniciativa no era corriente bajo el dominio de Swift.

Nick vio cómo el grupo se unía al núcleo principal y se abría paso hasta el jefe. Luego se volvió y le dio un codazo a Jim.

—Levantaros tú y Nancy —susurró—. Swift no se va a quedar con los brazos cruzados. Lucharé mientras pueda y vosotros me proveeréis de armas.

—¿Qué quieres decir? —los pensamientos de Nancy eran menos rápidos de lo normal.

—No puedo luchar contra ellos con hachas; acabarían conmigo en dos minutos, pues estoy cansado y sería muy lento. Voy a usar antorchas… ¿Recordáis lo que se siente al quemarse? Ellos no; les puse al corriente de ello cuando estuve en su poblado y fueron siempre muy cuidadosos, por tanto ninguno de ellos ha tenido ninguna experiencia real. ¡Ahora la van a tener!

Los otros dos ya se encontraban de pie.

—De acuerdo —dijo Jim—. Encenderemos las antorchas y te las pasaremos cuando nos las pidas. ¿Vas a batirte con ellas o arrojárselas? Nunca se me ocurrió que se pudiera luchar de esta forma.

—Ni a mí hasta este momento. Primero trataré de empuñarlas; me daréis por tanto las más largas. Sí decido arrojarlas os pediré las más pequeñas… no hay que darles la oportunidad de que nos las devuelvan, y lo harán sí pueden cogerlas por algún sitio. Tras su largo viaje no pueden ser tan estúpidos como para no hacerlo.

Jim y Nancy demostraron con sus gestos que le habían comprendido y se situaron junto a los montones de leña que casi cubrían el suelo. El fuego ardía muy cerca de la puerta. Nick se situó de nuevo en ella y los otros dos a cada lado de la fogata, desde donde podían pasarle las antorchas tan rápidamente como las pudiera necesitar. Todo estaba preparado cuando el grupo de invasores se dirigió de nuevo hacia el cobertizo.

Esta vez era un poco más numeroso; el mismo Swift se había unido a él. Se aproximaron hasta una media docena de yardas y el jefe se refirió directamente a su asunto.

—Si no nos dejas entrar a coger madera mis cuchillos se ocuparán

de ti. Ya sabes lo que quiero decir.

—Así es —reconoció Nick—. Por eso no quiero nada contigo. Si te acercas más, allá tú con lo que te ocurra.

Nunca había visto antes a Swift dudoso o incierto, pero por, un momento el jefe pareció impresionarse ante las posibles implicaciones de las palabras de Nick. Pero en seguida recuperó su aplomo.

—Muy bien —dijo, y se lanzó hacia adelante sujetando cuatro lanzas a lo largo de sus antebrazos.

El plan de batalla de Nick debía desecharse en su principio; las lanzas eran más largas que las antorchas. Podría hacer a un lado sus puntas antes de que le tocaran, pero ni siquiera con las lanzas ladeadas podría alcanzar a Swift. Su odio por él le paralizó el juicio por un instante y lanzó las dos antorchas de sus manos izquierdas al pecho del gigante.

Swift se agachó a tiempo. Los que se encontraban tras él formaban una cuña y sus miembros centrales no pudieron evitarlas con rapidez. Varios aullidos de dolor se alzaron cuando las antorchas les golpearon, y se rompieron, dispersándose en todas las direcciones como carbones encendidos. El jefe retrocedió la distancia de una lanza y recuperó su actitud de ataque.

—¡En medio círculo! —rugió. Los guerreros le obedecieron con rapidez y precisión, formando una delgada línea que apuntaba a Nick —. ¡Ahora, todos juntos, a por él! —el semicírculo se redujo y las puntas de las lanzas se abalanzaron sobre la puerta.

Nick no se alarmó mucho. Ninguno de los atacantes estaba en posición para darle el golpe hacia arriba que podría penetrar bajo las escamas; lo mas probable es que las puntas de piedra le tirarían hacia atrás en lugar de penetrar. El problema habría estado en ser empujado contra algo sólido; el único peligro real, por el momento, era que alguno de los luchadores podían quedar a la distancia de un cuchillo, ocupándole de forma que un lancero podría acercarse lo suficiente para darle un golpe desde abajo. Por un instante dudó, preguntándose si sería mejor empuñar las antorchas o lanzarlas; pero en seguida tomó una decisión.

—¡Las cortas! —gritó a sus ayudantes.

Nancy ya tenía preparadas varias estacas largas con los extremos encendidos, pero las dejó al instante y encendió otras. Durante diez segundos Nick hizo lo posible para emular a una ametralladora. Más de la mitad de sus proyectiles erraron el blanco, pero no todos; a los tres o cuatro segundos, otro factor les complicó la lucha a los atacantes. Estacas y fragmentos prendidos se esparcían cada vez en mayor cantidad, ante la puerta, y los hombres de Swift se mezclaban con ellos. Los pies eran todavía más sensibles al fuego que las escamas y ello produjo un efecto por lo menos momentáneamente disuasorio.

Es de justicia resaltar que Swift permaneció junto a sus hombres y luchó tan duramente como cualquier otro. Pero a la distancia que se encontraba recibió bastantes quemaduras y se retiró unas yardas cojeando ligeramente. Nick se rió lo más alto que pudo.

—¡Swift, amigo mío, será mejor que te hagas tu propio fuego! Por supuesto, no encontrarás nada que te sirva a una hora de camino del poblado; todo lo que podía servir lo gastamos hace tiempo. Aunque conocieras los lugares mejores para conseguir leña no serías capaz de ir allí y regresar bajo la lluvia. Pero no te preocupes, cuidaremos de ti cuando te duermas. ¡No quisiéramos que nada te comiera, amigo Swift!

Casi era divertido ver la furia de Swift. Sus manos apretaban los mangos de la espada y se puso completamente de pie sobre sus miembros posteriores agitándose con rabia. Durante varios segundos pareció dudar entre lanzar las espadas o cargar contra la puerta pasando por encima de los rescoldos encendidos. Nick se encontraba dispuesto para repeler ambas cosas, pero deseaba que hiciera la última; la imagen de Swift con los pies quemados le resultaba atractiva.

Pero el jefe no hizo ninguna. En medio de su furia se relajó de repente y bajó la punta de las lanzas como si las hubiera olvidado por el momento. Luego, echándolas hacia atrás hasta sostenerlas por el centro de gravedad, en posición de «transporte», se alejó del cobertizo. En ese momento, como impulsado por un pensamiento repentino, regresó y se dirigió a Nick.

—Gracias, Chopper. No esperaba mucha ayuda por tu parte. Es mejor que te diga adiós, por ahora; y lo mismo deberías hacer tú… con tu profesor.

—Pero… no puedes viajar de noche.

—¿Por qué no? Tú lo hiciste.

—Pero ¿y Fagin? ¿Cómo sabes que él puede?

—Me dijiste que él podía hacer lo que yo le pedía. Si lo ha olvidado, o cambia de opinión, te agradecemos que nos hayas enseñado lo que tenemos que hacer. ¿Crees que a él le gustará el contacto del fuego más que a nosotros? —Swift se rió y regresó a grandes zancadas hasta donde se encontraba el grueso del grupo dictando órdenes. Nick comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Fagin! ¿Oíste eso? ¡Fagin! ¡Profesor! —en su ansiedad había olvidado el tiempo que tardaba en responder y acorraló a preguntas al profesor por unos momentos. Luego se oyó la respuesta de éste.

—¿Qué ocurre, Nick? —no era posible saber por la voz que Raeker no estaba en el otro extremo; el pueblo de Nick tenía una idea general de la situación del «profesor», pero no conocían todos los detalles y pensaban inevitablemente en el robot como en un

individuo. Esta fue la primera vez que se notó una diferencia; el hombre que estaba de guardia conocía los rasgos generales de la situación, pues Racker le había hecho un resumen de ésta al abandonar su trabajo, pero no había estado presente durante el ataque inicial de Swift o en el momento de la tregua. En consecuencia, no extrajo pleno significado de las palabras de Nick.

—Swift va a emprender ahora mismo el regreso a las cuevas; dice que usará fuego contigo si no vas con él. ¿Podrás resistirlo?

Hubo una demora algo más larga de lo habitual. Nadie había medido la temperatura del fuego de Tenebra y el hombre que estaba de vigilancia no era físico y no podía arriesgarse a improvisar un cálculo de su capacidad de radiación. La primera consideración en su mente la ocupaba el coste del robot.

—No —respondió—. Iré con él.

—¿Qué haremos nosotros?

Racker no había mencionado a su sustituto la orden de permanecer en el poblado que les había dado; esperaba regresar a sus deberes mucho antes de que se iniciara la jornada. El relevo, dadas las circunstancias, lo hizo lo mejor que pudo.

—Hacer lo que creáis más conveniente. Ellos no me harán daño; me pondré en contacto con vosotros más tarde.

—De acuerdo —Nick evitó cuidadosamente el recordarle al profesor su orden anterior; prefería mucho más la nueva. Observó en silencio cómo los invasores, dirigidos por Swift, cogían las antorchas que podían de los fuegos apagados. Luego se agruparon en torno de Fagin, dejando abierto el lado por el que deseaban que ésta avanzase. Aunque todo se hizo sin palabras, el significado de las acciones era evidente. El robot comenzó a arrastrarse en dirección al sur y los habitantes de las cuevas se pusieron en marcha a su alrededor.

Nick sólo dedicó unos momentos a preguntarse si encontrarían más antorchas antes de que gastaran las que tenían. Centró su atención en otros asuntos antes incluso de que la procesión quedara fuera de su vista.

Se le había dado una oportunidad de elección y todavía sentía que lo mejor era abandonar el poblado; lo harían tan pronto como les fuera posible. Por supuesto, el plan no era factible en unos cuantos días, hasta que todos fueran capaces de viajar, pero podía emplearse el tiempo en planearlo. Estaba la cuestión de adónde ir y, por consiguiente, de cómo llegar hasta allí. Nick comenzó a comprender lo que significaba abandonar un poblado en el que se habían acumulado objetos durante toda una vida. También estaba el problema de cómo entrar en contacto con Fagin cuando el viaje se hubiera realizado. Era fácil pensar que el profesor podría encontrarlos dondequiera que estuviesen, pero Nick había madurado hasta el punto de dudar de la

omnisciencia de cualquiera, incluido el robot. Había que solucionar, por tanto, tres problemas. Como Nick no deseaba parecerse a Swift en nada, pospuso la solución hasta que los otros despertaran y pudieran participar en la discusión.

El fuego duró justo hasta mañana, y aun así gracias a que Nick corrió con rapidez alrededor del cobertizo en gran número de ocasiones para remover el oxígeno en una masa que se aproximaba peligrosamente a vapor muerto. Apenas había dormido después de poner en funcionamiento el último de los fuegos exteriores, y eso ocurrió cuando la noche estaba poco avanzada.

La mañana no le proporcionó descanso. La primera tarea que había que cumplir era montar una guardia junto al rebaño del poblado, que se encontraba en un agujero cercano que hacía de corral. La depresión permanecía llena de agua un poco más de tiempo que por los alrededores, por lo que el «ganado» estaba a salvo de los depredadores hasta la llegada de los guardianes; pero en ese momento no había gente suficiente para guardar el rebaño y el poblado. Como resultado sufrieron varias pérdidas esa mañana, hasta que Nick pudo rodear a las criaturas, ya despiertas, y conducirlas al poblado.

Luego, en orden de prioridades, estaba el problema de la leña para la noche siguiente; en cuanto a eso, lo que le había dicho a Swift era totalmente cierto. Alguien tenía que conseguirla.

La única elección era que Jim y Nancy, todavía bajo los efectos de los golpes, hicieran juntos el trabajo y arrastraran como pudieran la carreta en donde apilaran la leña. No habían conseguido entrenar al ganado para que tirara del transporte; se negaban obstinadamente a moverse cuando se les ponía la mínima carga.

Al segundo día, la mayor parte del resto podía levantarse y, aunque no podían rendir con plena eficacia, las cosas resultaron mucho más fáciles. Esa mañana se celebró una consulta en la que Nick propuso y defendió vigorosamente la idea de emigrar al áspero territorio que él había cruzado tras su huida del poblado de las cuevas. El punto clave de su idea era que allí había algunos lugares a los que sólo se podía llegar por un único y estrecho camino, como un cañón, y que podían ser defendidos con efectividad por una fuerza pequeña. Nancy contestó a su sugerencia.

—No estoy segura de que sea un buen plan —dijo—. En primer lugar, no sabemos si esos lugares que nos describes estarán allí cuando lleguemos —un estremecimiento del suelo proporcionó énfasis y apoyo a sus palabras.

—¿Y qué importarla que no estuvieran? —replicó Nick—. Siempre habría otros. No me refería a ninguno de los lugares específicos que he descrito, sino al área en general.

—¿Pero cómo va a encontrarnos Fagin? Suponiendo que uno de

nosotros vaya al poblado de las cuevas y le entregue un mensaje, ¿cómo le describiría el camino hasta nosotros? Tendríamos que guiarle directamente, lo que probablemente interferiría en sus planes…; tú pensabas, y creo que correctamente, que su plan era sacar ventaja de su capacidad para viajar por la noche sin necesidad de fuego.

Nick, ante esta oposición, sintió una humana oleada de enojo, pero recordó a Swift a tiempo para evitar imitarlo. Se dijo a sí mismo que no quería que nadie lo comparase con ése salvaje; además, ahora que estaba prestando atención a las palabras de Nancy, había algo de razón en ellas.

—¿Qué tipo de lugar sugieres? —preguntó—. Tienes razón en lo que dices sobre el contacto con Fagin, pero yo no encuentro ningún lugar que pudiéramos defender con tanta facilidad como los cañones del oeste.

—Creo que Fagin estaba en lo cierto al decir que era una locura el enfrentarse a los hombres de Swift —respondió Nancy con calma—. No estaba pensando en defendernos; me temo que si tuviéramos que defendernos nosotros mismos estaríamos perdidos. Estaba pensando en el mar.

—¿En qué?

—Ya sabes a qué me refiero, tú ayudaste a ponerlo en el mapa. Hacia el este hay un cuerpo de agua que no es agua… o que al menos no se seca enteramente durante el día. No recuerdo con exactitud lo que Fagin dijo de él cuando le informamos…

—Dijo que suponía que era en su mayor parte ácido sulfúrico, aunque no sabemos lo que es eso, pero que no sabía cómo asegurarse —se interfirió Dorothy, que todavía se encontraba lisiada.

—Pero sea lo que sea, está allí, y si nos quedamos en la orilla Fagin puede encontrarnos fácilmente con sólo viajar bordeándola. Probablemente también podría viajar por él durante parte del trayecto y entonces los cavernícolas no podrían seguir su rastro.

Un murmullo de sorprendida aprobación saludó dicha idea y, tras pensarlo unos momentos, Nick hizo un gesto que mostraba su aprobación.

—De acuerdo —dijo—. Si nadie tiene otra idea nos iremos al borde del mar; podemos situarnos en un lugar exacto una vez que hayamos llegado e inspeccionado los alrededores. Hace ya uno o dos años que realizamos un mapa del lugar y no podemos confiar en una información tan antigua. El siguiente problema lo tenemos aquí. Tenemos que decidir lo que podemos llevarnos y cómo podemos transportarlo. Imagino que en principio podemos hacerlo con la carreta de la leña, pero sospecho que nos encontraremos con lugares por los que ésta no podrá pasar. Pero no importa cómo lo hagamos,

habrá muchas cosas que tendremos que dejar atrás. Para acabar, está el problema de enviar un mensaje a Fagin, pero podemos dejarlo hasta que nos hayamos establecido, pues no podemos decirle dónde estamos hasta que lo hayamos hecho. Espero que podamos partir mañana; entretanto, la siguiente cuestión es quién habrá de hacerlo. El que tenga alguna idea que la diga en el mismo momento —tras esto se dispersaron y cada uno se dedicó a la tarea que podía realizar.

Jim y Nancy se encontraban prácticamente curados y se ocupaban del rebaño. No se habían producido nuevas pérdidas desde que se pudieron ocupar de esa tarea. Dorothy se encontraba junto a la carreta rodeada de todos los enseres que querían llevar y dedicada a meterlos y sacarlos del vehículo. No importaba cómo los metiera, siempre quedaban más fuera que dentro, y entre ella y los otros miembros del grupo había una constante discusión que casi llegaba a pelea. Todos querían que cupieran sus propias pertenencias y costó muchas palabras convencer a alguno de que, ya que no se podía llevar todo, las pérdidas debían ser compartidas.

Algunos todavía seguían discutiendo por ello cuando comenzaron el viaje. Nick empezaba a sentir cierta simpatía por Swift; había descubierto que a veces un grupo tenía necesidad de un líder y que no siempre le era posible a éste razonar con los demás la acción deseada. Nick ya había tenido que dar sus primeras órdenes arbitrarias y estaba molesto al pensar que la mitad de sus compañeros ya le debían haber comparado con Swift. El hecho de que le hubieran obedecido le debería haber aclarado este punto, pero no ocurrió así.

La carreta estaba peligrosamente sobrecargada, y todos, a excepción de los que iban al cuidado del rebaño, tenían que tirar de ella con todas sus fuerzas. Cuando era necesario luchar había que detenerla y empuñar las armas. La realidad es que no hubo muchas luchas; la mayor parte de los carnívoros de Tenebra no eran muy inteligentes, pero sí lo suficiente como para mantenerse lejos de un grupo tan numeroso. La excepción principal era la de los flotadores, que eran más vegetales que animales. De estos animales era fácil librarse siempre que se tuviera una lanza más larga que sus tentáculos; pero aun después de que se les hubieran agujereado las vejigas de gas, resultaban peligrosos si se entraba en contacto con sus apéndices venenosos. Se perdieron algunos animales del rebaño cuando uno de esos monstruos cayó sobre ellos y, en la misma ocasión, dos de los del grupo recibieron el doloroso veneno. Pasaron horas antes de que pudieran volver a caminar sin ayuda.

En contra de la previsión pesimista de Nick, resultó posible llevar la carreta hasta el mar. Llegaron a él casi al final del segundo día, tras pasar varias horas caminando entre charcas cada vez mayores de un líquido tranquilo y aceitoso.

Ya habían visto charcas como ésas antes, por supuesto; se formaban en los agujeros de su valle hacia el final del día. Estos agujeros eran lagos de agua cuando amanecía, pero se habían transformado en delgadas charcas de ácido sulfúrico a mediodía. Las de ahora eran mucho más grandes y tenían una capacidad mucho mayor.

La tierra también era diferente; la vegetación era tan espesa como siempre, pero entre los tallos que pisaban se encontraban esparcidos cristales de cuarzo. Al ganado no parecían molestarle, pero los pies de Nick y sus compañeros no eran tan resistentes y cada avance les costaba más trabajo. Esas masas cristalinas se encontraban por todas partes, pero sobre todo en parcelas aisladas que podían ser evitadas.

La búsqueda de un lugar para detenerse fue en esta ocasión más breve y menos cuidadosa de lo que lo había sido en otras ocasiones. Se pusieron de acuerdo rápidamente en elegir una península cuyo cuerpo principal estaba formado por una colina de unos treinta a cincuenta pies por encima del mar y que estaba unida a la tierra por un pasillo cubierto de cristales de unas doce yardas de anchura. Nick no era el único miembro del grupo que seguía considerando el problema de la defensa; además de las ventajas que tenía para ello, la península era suficientemente espaciosa para albergar al ganado. Arrastraron sus pertenencias por el mar, subieron a la colina y se dedicaron inmediatamente a la ocupación habitual de buscar leña para las hogueras. Realizaron este trabajo a conciencia, y al llegar la oscuridad habían recogido un suministro satisfactorio. Cuando hubieron formado los fuegos de vigilancia, y tras matar y comerse a uno de los animales del rebaño, se establecieron para pasar la noche. Hasta que aparecieron las primeras gotas y encendieron los fuegos nadie pensó en lo que le ocurriría al nivel del mar durante la lluvia de la noche.

Capítulo 4 — Comunicación; penetración; aislamiento.

Aminadabarlee permanecía en silencio con los ojos fijos en la pantalla de visión; Raeker se compadeció de él a pesar de lo poco agradable que había sido. El mismo, bajo circunstancias similares, habría sido por lo menos tan insociable. Pero no había tiempo para la piedad mientras quedase alguna esperanza; había que hacer muchas cosas.

—¡Wellenbach! ¿Cuál es la combinación del batiscafo?

El oficial encargado de las comunicaciones se inclinó sobre su hombro.

—Yo lo haré por usted, doctor.

Racker le detuvo con un gesto.

—Espere. ¿Hay un aparato normal en el otro extremo? Quiero decir si es un fono normal o algo que necesita ser manejado en los paneles.

—Totalmente ordinario. ¿Por qué?

—Porque si no fuera así y usted taladrara su combinación, esos muchachos, al tratar de contestar, podrían abrir la compuerta del aire o cualquier otra cosa peligrosa. Si su diseño y apariencia son los habituales, la niña será capaz de responder sin exponerse a un peligro.

—Ya entiendo. Ella no tendrá ningún problema; la vi utilizar aquí combinaciones de perforación.

—Entonces llámeles.

Raeker trató de no demostrar la inseguridad que sentía cuando el oficial pulsó los botones. Todavía no era posible saber lo que había ocurrido sobre la atmósfera de Tenebra; era evidente que algo había producido la apertura de la compuerta de aire de la nave auxiliar, pero no se sabía si ello había afectado o no al batiscafo. Si así había ocurrido, los niños debían estar muertos… aunque quizá su guía les había puesto los trajes espaciales. Siempre se tiene una esperanza.

A su espalda, Aminadabarlee parecía la estatua gigante de una nutria fundida en un acero gris y de apariencia aceitosa. Raeker no malgastó tiempo en preguntarse por lo que sería de él si recibían malas noticias como respuesta y la estatua volvía a la vida; toda su atención estaba centrada en el destino de los jóvenes. Su cabeza se llenó de especulaciones en los segundos que transcurrieron hasta que se iluminó la pantalla. En ese momento desechó lo peor.

Un rostro humano les miraba desde ella; era delgado, estaba muy pálido y en su extremo superior lucía un pelo que parecía negro en la pantalla pero que Raeker sabía que era rojo; tenía una expresión que

sugería un terror apenas controlado, pero… era un rostro vivo. Ese era el hecho importante.

Casi al mismo instante, una figura cruzó violentamente la puerta de la sala de comunicaciones y se deslizó hasta detenerse junto a la figura inmóvil del drommiano.

—¡Easy! ¿Estás bien?

Raeker no necesitaba esas palabras para reconocer al canciller Rich. Tampoco Aminadabarlee ni la niña de la pantalla. Tras los dos segundos de pausa para la conexión de regreso, el terror desapareció de la delgada cara y la niña se relajó visiblemente.

—Sí, papá. Estuve muy asustada hace un minuto, pero todo está bien ahora. ¿Vienes hacia aquí?

Por un momento se produjo una confusión, pues tanto Rich como Raeker y el drommiano intentaban hablar al mismo tiempo; luego, la superioridad física de Aminadabarlee se hizo sentir y se vio su cabeza en la pantalla.

—¿Dónde está el otro…, mi hijo? —chilló.

La niña replicó al instante:

—Está aquí, se encuentra bien.

—Déjame hablar con él —la niña abandonó un momento la zona de visibilidad y todos pudieron oír su voz, pero no sus palabras, que se dirigía a alguien más. Luego reapareció con su pelo oscuro algo despeinado y con un arañazo en un carrillo del que manaba sangre.

—Está en una esquina y no quiere moverse. Subiré el volumen para que pueda hablar con él.

No hizo ninguna referencia a su herida y, para sorpresa de Raeker, tampoco la hizo el padre. Aminadabarlee parecía no haberla notado. Comenzó a hablar en su agudo lenguaje, que de todos los que estaban en la habitación sólo parecía tener sentido para Rich, y siguió así durante varios minutos, deteniéndose de vez en cuando para esperar una respuesta.

Al principio no recibió ninguna; luego, mientras se hacía más persuasivo, se oyó por el altavoz un débil sonido. Al oírlo se restableció la compostura del drommiano y habló con más lentitud; al cabo de un minuto la cabeza de Aminadorneldo apareció junto a la de Easy. Racker se preguntaba si parecía avergonzado de sí mismo, pero las expresiones de los drommianos eran un libro cerrado para él. Sin embargo, uno de los miembros de la familia debió tener conciencia de la situación, porque a los pocos momentos de haber hablado el padre, el niño se volvió hacia Easy y le habló en el idioma de ella.

—Siento haberla herido, miss Rich. Tenía miedo y pensé que quería hacerme salir de la esquina. Mi padre me ha dicho que usted es mayor que yo y que debo hacer lo que usted diga hasta que esté con él de nuevo.

La niña pareció comprender la situación.

—Todo está bien, Mina —le dijo gentilmente—. No se preocupe por haberme arañado. Cuidaré de usted y regresaremos junto a su padre… dentro de poco —miró a las cámaras mientras decía las últimas palabras y Raeker se puso en tensión. Una mirada al canciller Rich confirmó sus sospechas; ella estaba intentando hacernos entender algo, a ser posible sin alarmar a su compañero. Gentilmente, pero con firmeza, Raeker tomó el lugar del drommiano en el área de visibilidad. Easy dio muestras de reconocerlo; lo había conocido unos momentos en su visita al Vindemiatrix.

—Miss Rich —comenzó—, apenas sabemos nada de lo que ha ocurrido ahí. ¿Puede contárnoslo? ¿O está ahí su guía para darnos un informe?

Negó la última pregunta con un gesto de la cabeza.

—No sé dónde está mister Flanagan. Se fue a la nave para fumar un cigarro; nos dijo que tuviéramos cuidado de no tocar ningún control… debía pensar que éramos estúpidos. Por supuesto que permanecimos alejados del tablero de control. En realidad, después de una primera ojeada, salimos de la habitación de control y miramos por las otras habitaciones. Todas están dedicadas a la observación o a dormitorios, a excepción de la cocina, y ya nos íbamos a vestir para regresar a la nave cuando sonó una llamada de mister Flanagan en un equipo que había dejado sintonizado con la frecuencia apropiada. Nos dijo que estaba en la compuerta exterior y que la abriría tan pronto cerrara la que daba a la nave —las dos naves estaban tan juntas que pudimos tocarlas a la vez cuando pasamos de una a otra— y que debíamos permanecer absolutamente inmóviles y no tocar nada hasta que él viniera. Mina acababa de abrir la boca para responderle cuando se produjo la sacudida; fuimos lanzados contra la pared y yo me quedé allí atraída por una aceleración tres o cuatro veces superior a la nuestra. Mina podía moverse perfectamente e intentó llamar a mister Flanagan desde el panel, pero no obtuvo respuesta y yo no le permití que tocara nada más. Creo que la aceleración duró medio minuto; ustedes lo podrán saber mejor. Se detuvo un momento antes de que llamaran.

En ese momento la sala de comunicaciones ya estaba llena de hombres. Algunos de ellos se afanaban con reglas de cálculo, y Raeker, apartándose del panel de mando, observó a uno de ellos hasta que finalizó; entonces le preguntó:

—¿Alguna idea, Saki?

—Así lo espero —replicó el ingeniero—. El informe de la niña no es exacto, por supuesto, pero a juzgar por sus cálculos de la aceleración y el tiempo, y por la masa del batiscafo, un anillo de los cohetes de combustible sólido fue tocado por algo. Eso habría

producido una aceleración de unas cuatro G durante cuarenta segundos… un cambio total de velocidad de una milla por segundo. No hay forma de saber dónde está la nave; no podemos computarlo porque desconocemos la dirección de la aceleración, pero espero que el escafo no estuviera muy cerca del planeta.

Racker sabía muy bien lo que eso significaba y no preguntó nada, pero Aminadabarlee no.

—¿Por qué?

El ingeniero le miró a él primero y luego al otro drommiano que se veía tras la pantalla y decidió no dar al conmutador de la conexión.

—Porque a un cambio de una milla por segundo, si la dirección hubiera sido apropiada para ello, podría haberse situado en una órbita que entrase en la atmósfera.

—¿Cuánto tardaría en entrar? —le cortó Rich.

—No puedo saberlo ahora, lo computaremos más adelante; pero sospecho que permanecerá varias horas en el exterior.

—Entonces, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo hablando? —chilló Aminadabarlee—. ¿Por qué no se están haciendo los preparativos para el rescate?

—Ya se están haciendo —le replicó el ingeniero con calma—. Sólo había una nave auxiliar preparada para su utilización inmediata, pero tenemos otras y una de ellas está siendo puesta a punto. Nos iremos en ella en menos de diez minutos. ¿Quiere venir, doctor Raeker?

—Añadiría masa sin servir de utilidad —replicó Raeker.

—Supongo que lo mismo podría decirse de mí —dijo Rich—, y me gustaría ir si hay sitio; pero no quiero ser un estorbo.

—Será mejor si no lo hace —dijo Sakiiro—. Estaremos en contacto con la nave y el escafo y podrá saber lo que está ocurriendo —tras decir esto salió de la habitación.

Aminadabarlee habría insistido en ir, pero no podía hacerlo tras las palabras de Rich. Se liberó de sus sentimientos haciendo una observación:

—Sólo un ser humano es tan loco como para unir cohetes de despegue y una nave incompleta.

—El batiscafo es completo, excepto por lo que se refiere a las conexiones y comprobaciones del circuito final —le contestó otro ingeniero con calma—, y los cohetes servían tanto para el despegue como para el aterrizaje. De hecho se suponía que no serían conectados hasta el último momento, y no podremos decir lo que encendió uno de ellos hasta que salvemos la nave. Hasta ese momento, el hablar de culpas sólo es una pérdida de tiempo.

Miró con frialdad al drommiano y Rich se metió por en medio. Raeker tuvo que admitir que el canciller servía para su trabajo; estaba

esperando que la gran comadreja se dedicara a limpiar la habitación de seres humanos, pero Rich consiguió calmarle y ponerle bajo el punto crítico en cuatro o cinco minutos.

A Racker le hubiera gustado oír los detalles, pero estaba ocupado con la radio. Los niños del batiscafo habían oído, sin comprenderlas del todo, las afirmaciones de los ingenieros, y Raeker dedicaba todas sus energías a elevarles la moral. Como era lógico, tendrían miedo de morir. No habló mucho antes de darse cuenta de que la niña estaba haciendo exactamente lo mismo. No sabía si lo estaba haciendo en beneficio de su padre o de su compañero no humano, pero su respeto por la joven creció todavía más.

La nave de rescate ya estaba lista y a cada minuto aumentaban las esperanzas de todos. No habría peligro si el batiscafo estaba en una órbita que no tocara la atmósfera de Tenebra; los alimentos y el equipo de aire durarían algún tiempo. Racker, aunque no era experto en balística, pensaba que las posibilidades de que ése fuera el caso serían de tres contra una. El computador de la nave de rescate estaba ocupado proporcionando órbitas posibles; la peor de todas habría sido la que les hubiese puesto en contacto con la atmósfera a los tres cuartos de hora del accidente; si ello no se producía en dos horas, habría muchas posibilidades de salvación.

En el batiscafo había ventanales y Easy era capaz de reconocer algunas estrellas; pero aunque esto les proporcionaba a los ingenieros información sobre el lado del planeta en que se encontraban, ella no les daba ninguna medición precisa y su información carecía de valor. En ese momento sólo podría estar en un lado.

Ya habían pasado sesenta y siete minutos desde que Easy había informado de la aceleración. Incluso Aminadabarlee conocía ya todas las implicaciones del hecho. La nave de rescate estaba «allí», lo que quería decir dentro de una distancia semejante a la mitad del diámetro de Tenebra y casi sin movimiento con respecto al planeta… lo que de nada servía con respecto a los niños atrapados. Los ingenieros podían conseguir una posición mediante el transmisor del batiscafo y localizarlo unas cuantas millas, pero no podían computar una órbita de interceptación dentro de la atmósfera de Tenebra. Nadie conocía lo suficiente de la atmósfera. Lo único cierto era que no podría conseguirse hasta que el escafo estuviera lo suficientemente bajo como para que los cohetes no funcionaran…; la presión atmosférica sería muy alta para ellos. Sakiiro informó de esto al Vindemiatrix al minuto de la información de Easy; luego, antes de que Aminadabarlee pudiera empezar a hablar, cambió la frecuencia y conectó con la del batiscafo.

—Miss Rich. Por favor, escúcheme con atención. Su aceleración va a aumentar en los próximos minutos; quiero que se ate en la silla que hay delante del panel de control y que haga lo que pueda por su

compañero.

—Ninguna de las sillas me sirve —respondió la niña.

—Su peso normal es de cuatro G —le cortó Rich desde el Vindemiatrix.

—Alcanzará más, pero en ese caso probablemente será capaz de soportarlo. Dígale que se tumbe. Ahora, miss Rich…

—Llámeme Easy; nos ahorrará tiempo.

—Dígame lo que reconoce de la mesa que hay frente a usted.

—No mucho. Los conmutadores de la luz están etiquetados en la parte izquierda. Los comunicadores están en la parte central superior; los controles de aire, bajo un resguardo cerca de los conmutadores de la luz; hay un par de pies cuadrados cubiertos de botones de puesta en marcha y detención, etiquetados con letras, que no tienen ningún significado para mí… —dejó su voz en suspenso y Saki asintió.

—Muy bien. Ahora, cerca de la parte superior, a la derecha de los comunicadores, encontrará un área de unas seis pulgadas llamada «Caza». ¿La ha encontrado?

—Sí, la veo.

—Asegúrese de que la palanca principal está en la esquina inferior izquierda, en donde dice «Off». Luego ponga las tres del grupo llamado «aéreo» en la posición «On». Asegúrese de que la grande marcada con «D.l.» se halla en posición de apagado. ¿Está todo así?

—Sí, señor.

—Ahora asegúrese de que está bien atada. Lo que ha estado haciendo es conectar una radio que está sintonizada con la transmisión del robot con el campo de los controles aerodinámicos del batiscafo. No estoy seguro de que esto sirva, pero si tenemos suerte el piloto automático le conducirá a algún lugar cercano al del robot. No se preocupe por la posibilidad de arder en la atmósfera, pues la nave está diseñada para que pueda entrar con el motor parado. Es un gran planeta, y si podemos reducir su área de aterrizaje a un radio de hasta quinientas millas será de gran ayuda para recogerles. ¿Ha comprendido?

—Sí. Estoy atada a la silla y Mina está tumbado.

—Muy bien. Ahora vuelva a la región llamada «Caza» que ha estado manipulando y desconecte el conmutador principal. Espero que no sea propensa a los marcos; imagino que al principio será violento.

Sakiiro, desde la nave de rescate, y el resto del grupo desde la sala de comunicaciones del Vindemiatrix, vieron con nerviosismo cómo la mano de la niña se levantaba y desaparecía del campo visual. No pudieron verla junto al conmutador y, para sorpresa de los ingenieros, no pudieron detectar con facilidad los resultados de tal acto. Habían esperado que fuera aplastada en su sillón por un cambio brusco en la aceleración, pero las cosas no resultaron tan adversas.

—Puedo sentirlo —informó Easy—. La nave está girando… ahora el planeta se encuentra a nuestra izquierda y noto que peso más sobre mi sillón; ahora giramos de nuevo, y lo que debería ser «abajo» es la parte superior, si este panel está en la parte frontal de la habitación.

—Así es —contestó el ingeniero—. Ahora la nave debe estar dirigiéndose hacia el robot y disminuirá de velocidad hasta quedarse en unas quinientas millas por hora con respecto al aire que la rodea. Al frenar se producirán sacudidas; la nave tiene frenos de velocidad que se irán desprendiendo al pasar la barrera de calor. Permanezca atada.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo emplearemos?

—Un par de horas. Podrá soportarlo perfectamente.

Rich le interrumpió en ese momento.

—¿Supone usted, mister Sakiiro, que la máquina pasará por encima del robot antes de haber perdido velocidad? ¿Cómo funcionará el piloto automático? ¿Tratará de que caiga en picado en ese punto?

—Por supuesto que no. Es un vehículo, no un misil. Circundará el punto a una distancia que no requiera más de media G extra para mantener el círculo. Si fuera necesario, la nave aterrizaría, pero posiblemente seremos capaces de impedirlo.

—¿Cómo? ¿No esperará que Easy lo conduzca?

—No en el sentido usual. Sin embargó, cuando esté descendiendo hasta lo que llamamos velocidad de «vuelo», los tanques ascensionales del batiscafo se habrán llenado de la atmósfera local. Luego le explicaré a Easy lo que tiene que hacer para poner en marcha los electrolizadores; así se llenarán de oxígeno y la nave flotará, cuando estén llenos, a una altitud en la que puedan utilizarse los cohetes. De esa forma ella y su joven amigo serán capaces de orientar la nave hacia arriba y podrá encenderse el resto de los cohetes.

—Pero ¿no dijo que los cohetes todavía no habían sido conectados al panel de control?

—Tiene razón; me había olvidado de eso. Entonces el problema se complica.

—¿Quiere decir que mi hija está atrapada allí abajo?

—No necesariamente. Va a necesitar hacer alguna maniobra difícil, pero creo que podremos unir los cohetes a esta nave y ser capaces de alcanzar el batiscafo cuando esté flotando a su altura máxima. Recuerde que la finalidad del diseño era que flotase a una altura suficiente para que funcionasen los cohetes de hidroferron; si funcionan en una estructura no tienen por qué no funcionar en otra.

—Entonces podrá rescatarla.

Aquello era más que una simple pregunta. Sakiiro era un hombre honesto y le resultó difícil responder. Lo hizo, sin embargo, tras unos momentos de duda en los que miró el rostro del hombre de mediana

edad que, incluso a través de la pantalla, mostraba una expresión agónica.

—Deberíamos ser capaces de salvarlos a los dos. No le oculto que será difícil y peligroso; el transferir un ingeniero al exterior del batiscafo para que termine las conexiones cuando éste está flotando como un globo desde un cohete sostenido por chorros de gases presentará, lógicamente, dificultades.

—¿Y por qué no transferir a los niños a la nave de rescate?

—Porque estoy seguro de que sus trajes espaciales no resistirán la presión a la altura de flotación del batiscafo —replicó Sakiiro—. No conozco los diseños drommianos, pero sí los nuestros.

—Mister Sakiiro —la voz de Easy interrumpió la conversación.

—Sí, Easy.

—¿Puedo hacer algo más? El permanecer aquí sentada sin más no me parece correcto y… me asusta un poco.

Rich miró suplicante al ingeniero. En tanto que el diplomático, era buen psicólogo, y además conocía a su hija. No era histérica por naturaleza, pero pocas veces en sus doce años había sido sometida a esa tensión. Él no estaba cualificado para sugerir una ocupación razonable que ocupara su atención, pero afortunadamente Sakiiro comprendió su necesidad.

—A su izquierda tiene contadores de presión —le dijo—. Nos servirá de ayuda el que nos dé un informe de sus lecturas y que su amigo esté atento para detectar los primeros signos de oscurecimiento en las estrellas. Háganlo así a menos que se encuentren muy pesados para ver con facilidad; no puede durar mucho tiempo.

Rich le expresó su agradecimiento con una mirada; nadie podía darse cuenta de si Aminadabarlee estaba haciendo lo mismo. Durante varios minutos el silencio sólo fue roto por las voces de los niños que leían los números y describían las estrellas.

Luego Easy informó que la nave se estaba ladeando de nuevo.

—Muy bien —dijo Sakiiro—. Eso significa que os dirigís al robot. A partir de ahora vuestra velocidad desaparece y vais a tener que soportar unas tres gravedades y media. Su sillón se replegará sobre sus resortes automáticamente para que se mantenga en mejor posición para soportarlo, pero de todas forma no se va a sentir cómoda. Su amigo se encontrará sin duda bien, pero adviértale que no debe moverse. La nave se acelerará en la atmósfera y al pasar de una corriente de aire a otra a unos cuantos miles de millas producirá alguna sacudida.

—De acuerdo.

—Las estrellas están oscureciéndose —dijo Aminadorneldo.

—Gracias. ¿Puede darme otra lectura de la presión?

La niña se la dio, pero en su voz se detectaba la tensión. El

batiscafo había caído de forma relativamente libre hasta que se inició el último giro; pero la situación era diferente cuándo las rudimentarias alas golpearon la escasa atmósfera en un esfuerzo por mantener el giro. Ningún ingeniero pudo entender por qué no se producían una serie de detenciones; el giro se había iniciado a una velocidad mucho mayor de la anticipada por los constructores de la máquina. Tal como ocurrió, todo el proceso era increíblemente uniforme… al menos de momento.

Sakiiro, careciendo de datos objetivos para continuar, sacó la conclusión de que la nave había descendido a la velocidad de deslizamiento y se disponía a describir a Easy el lugar en el que se encontraban los controles de la electrólisis cuando el movimiento cambió. Una serie de estremecimientos repentinos sacudieron la nave. El cuerpo de la chica quedó sujeto a la silla por la correas de seguridad, pero la cabeza y los miembros flamearon como los de un espantapájaros sometido a fuertes vientos; por primera vez el joven drommiano no pudo sostenerse. La sacudida continuó y los ruidos generales eran salpicados por los sollozos de la niña y por un quejido agudo casi inaudible de Aminadorneldo. El drommiano más viejo se puso de nuevo sobre sus pies y miró a la pantalla con ansiedad.

Los ingenieros estaban sorprendidos; estaban demasiado aterrorizados por los niños para poder tener ideas constructivas; pero Raeker creyó tener la respuesta.

—¡Están chocando con gotas de lluvia! —gritó.

Más tarde se pensó que tenía razón, pero la información no sirvió entonces de ayuda. El batiscafo siguió sacudiéndose. El piloto automático hizo todo lo que pudo por mantener un vuelo uniforme, pero los controles aerodinámicos eran muy inadecuados para esa tarea. Por lo menos en dos ocasiones la nave dio un vuelco total, por lo que Racker pudo colegir de la forma en que el drommiano fue catapultado por la habitación. Sólo la suerte le mantuvo fuera de contacto con los conmutadores del panel de mando. Durante un tiempo los controles fueron inútiles porque sus esfuerzos quedaban invalidados por fuerzas ajenas… un desesperado intento de forzar un giro a la izquierda no servía de nada si el ala derecha chocaba con una esfera de agua de cincuenta pies, incluso aunque el agua no fuera mucho más densa que el aire. Además resultaban inútiles porque carecían del necesario asimiento con la atmósfera; la nave había perdido energía cinética ante las gotas de lluvia y caía por debajo de la velocidad mínima de sustentación. Los controles, como ya dije, eran ineficaces a tan baja altura en una atmósfera siete u ocho veces más densa que la de la Tierra al nivel del mar. En ese momento la nave estaba cayendo, en el más viejo y simple sentido de la palabra. El movimiento era todavía irregular, pues de vez en cuando chocaba con

alguna gota; pero ya no eran choques violentos.

La tasa de caída era sorprendentemente pequeña para un campo de tres gravedades. La razón era bastante simple: aunque la atmósfera exterior ocupaba la mayor parte de su volumen, la nave tenía una densidad muy baja. Tenía doscientos pies de largo, en forma de cigarro, y la única parte realmente pesada era la esfera de cuarenta pies que se encontraba en el centro, y que era la parte habitable. Es muy posible que hubiera escapado sin serios daños mecánicos incluso aunque hubiera aterrizado sobre tierra sólida, pero cayó sobre líquido.

Líquido real; no el material intermedio que compone la mayor parte de la atmósfera de Tenebra.

Aterrizó cabeza abajo, pero las alas, así como los frenos de velocidad, se habían perdido y su centro de gravedad estaba lo suficientemente bajo como para ponerlo en una actitud más cómoda. El suelo dejó de moverse, o al menos lo hizo el drommiano, pues con el campo de visión unido a la nave, el suelo siempre les había parecido carente de movimiento a los distantes observadores.

Vieron cómo el gigante se ponía cautelosamente de pie y luego caminaba lentamente hasta la silla de la niña y la tocaba ligeramente en el hombro. Ella se agitó y trató de sentarse.

—¿Estás bien? —preguntaron ambas padres casi a gritos. Adminadorneldo, respetando las anteriores órdenes de su padre, esperó que respondiera Easy.

—Imagino que sí —dijo ella al momento—. Siento haber gritado, papá; estaba asustada. Pero no quería asustar a Mina.

—No te preocupes. Estoy seguro de que nadie va a acusarte, y supongo que no fue tu reacción la que provocó la de tu amigo. Lo principal es qué os encontréis bien y que la nave esté intacta… y supongo que habríais muerto si no lo estuviera.

—Es totalmente cierto —añadió Sakiiro.

—Habéis hecho un viaje difícil, pero todo ha acabado ahora. Ya que estáis ahí podéis mirar por las ventanas… sois los primeros no nativos que hacen eso directamente. Cuando hayáis visto todo lo que podáis o queráis, hablad con mister Sakiiro y él os dirá cómo podéis ascender de nuevo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, papá —Easy cruzó un antebrazo por su cara cubierta de lágrimas, desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie.

—Caramba, ¿cuándo van a detener el motor? no me gustan todas esas G.

—Seguirás con ellas hasta que salgas de ahí —le contestó su padre.

—Lo sé. Sólo estaba bromeando. Parece que fuera es de noche. No puedo ver nada.

—Lo es si estáis cerca del robot —contestó Racker—, pero no habría ninguna diferencia para tus ojos si fuera mediodía. Ni siquiera Altair puede traspasar suficiente luz para unos ojos humanos a través de esa atmósfera. Tendrás que usar las luces.

—Muy bien —la niña miró el panel en el que antes había localizado los conmutadores de las luces; luego, ante la sorprendida aprobación de los ingenieros, preguntó a Sakiiro si eran esos los que ella necesitaba. Sakiiro lo admitió después que en ese momento aumentaron sus esperanzas de rescatarlos.

Una vez encendidas las luces, ambos niños se precipitaron a las ventanas.

—No hay mucho que ver —gritó Easy—. Creo que hemos caído en un lago o un océano. Es tan uniforme como un cristal; ni una ola. Hubiera pensado que es sólido si la nave no lo hubiera penetrado. Hay glóbulos nebulosos flotando, pero parecen desaparecer cuando tocan la superficie. Eso es todo lo que puedo ver.

—Está lloviendo —dijo Raeker—. El lago es probablemente ácido sulfúrico, supongo que algo diluido a estas horas de la noche, y es bastante más caliente que el aire, de forma que el agua se evapora antes de tocarlo. No tendría por qué haber olas, pues ahí no hay viento. Un viento de tres nudos es un salvaje huracán en Tenebra.

—¿Con toda esa energía calorífica? —Rich estaba sorprendido.

—Así es. Nada hace que ella funcione… utilizo la palabra en su sentido físico. No hay suficiente cambio de volumen cuando la atmósfera cambia de temperatura, o incluso de estado, para crear las diferencias de presión que se necesitan para los grandes vientos. Tenebra es el lugar más calmado que encontrará dentro de alguna atmósfera en toda la galaxia.

—¿No se contradice eso con lo que dijo antes acerca de las sacudidas del suelo? —esta frase daba la medida de la reavivada confianza de Aminadabarlee, pues no podía hablar de otra cosa que no fuera la estupidez de los seres humanos.

—En absoluto —replicó Raeker—, y tengo que admitir, Easy, que existe la posibilidad de que te encuentres con algunas olas si flotas lo suficiente. Pero no te llevarán a ningún lugar más interesante. Me temo, jovencita, que ya has visto todo lo que puede verse; ya es hora de que seáis rescatados.

—De acuerdo. Sólo me gustaría saber qué hay que hacer para que esto vuele y si el viaje va a ser tan difícil como el anterior.

—No lo será. Volará verticalmente y a una velocidad mucho menor. Vais a volar como si estuvierais en un globo. La atmósfera está compuesta de agua en su mayor parte y tiene la suficiente pérdida de iones como para hacer de buen conductor. La mayor parte de vuestra nave está dividida en células y cada célula está dividida de nuevo en

otras dos por una membrana flexible. Esas membranas se están apretando ahora contra una pared de cada célula debido a la presión atmosférica. Cuando enciendas las unidades de electrólisis se descompondrá parte del agua; el oxígeno será conducido fuera de la nave, pero el hidrógeno se liberará en el otro lado de las membranas y sacará gradualmente el aire fuera de las células. El antiguo batiscafo se basaba en la misma idea, pero no necesitaba las membranas para impedir que los dos líquidos se fundieran el uno en el otro.

—Ya entiendo. ¿Cuánto tiempo tardará el gas en elevarnos?

—No podría decirlo; no conocemos la conductividad de la atmósfera. Una vez que se inicie el proceso hay un grupo de amperímetros debajo de los conmutadores correspondientes a cada célula; si me das la lectura una vez que estéis en marcha te lo podré calcular.

—De acuerdo. ¿Dónde están…? Ah, aquí, están muy bien etiquetados. En el extremo superior derecho, un grupo de doce palancas con una barra que puede abarcarlas a todas.

—Exactamente. Podrás ver los metros sobre ellas. Cierra el grupo, pulsa el conmutador principal y dame las lecturas.

—De acuerdo —levantó su delgado brazo, lo puso fuera del campo de visión y todo el mundo pudo oír el ruido de los conmutadores. Easy dejó reposar su mano sobre su regazo y se arrellanó en su sillón, impulsada por sus trescientas libras de peso, observando todos los contadores. Después dijo—: Las lecturas son todas cero. ¿Qué hago ahora?

Capítulo 5 — Peregrinación; consideración; estibación.

Nick había elegido un fuego en la parte inferior de la colina, por eso fue el primero en considerar el problema del nivel del mar. En su valle el nivel de agua nunca pasaba de treinta o cuarenta pies; además, aunque lentamente, siempre se escapaba hasta el pie del valle y el poblado se mantenía seco. Sabía, gracias a Fagin, que el agua que fluía alcanzaría finalmente algo como un lago o un mar; pero ni siquiera Fagin se había detenido a pensar lo que ocurriría entonces; la superficie de los océanos terrestres en comparación con el volumen del promedio de lluvia de un día no mantenían una estrecha relación.

En Tenebra, la situación era diferente. No existe ninguna cuenca de mar gigante, sólo lagos muy moderados que incluso son menos permanentes que los de la Tierra. Lo que esta diferencia significaba en términos de nivel de «mar» podía calcularse de antemano, pero no por parte del pueblo de Nick.

Al principio no tuvo motivos para preocuparse. Las grandes y nubosas gotas flotaban a mucha distancia, caían hacia abajo y desaparecían nada más recibir la radiación de los fuegos. Luego fueron descendiendo más y más hasta que se situaron por debajo del nivel de la colina por todos los lados.

Un potente estremecimiento de la tierra duró medio minuto o más, pero cuando Nick vio que el pedazo de tierra que unía la colina con la orilla estaba todavía allí, dejó de preocuparse. Algo mucho más inusual estaba comenzando a ocurrir. En su valle, las gotas de lluvia que tocaban la tierra después de que ésta se había enfriado se agrupaban en semiglobos nebulosos y flotaban por los alrededores hasta que un fuego las hacía desaparecer; aquí se comportaban de forma diferente. Las gotas golpeaban la superficie del mar y desaparecían al instante y, para la costumbre de Nick, violentamente. La diferencia de presión y temperatura hacía que la reacción entre el ácido sulfúrico y el agua se notase menos que en un laboratorio de la Tierra, pero todavía era apreciable.

Tras cada encuentro, podía observarse que las nuevas gotas que caían en la misma área desaparecían un poco más arriba de lo usual durante unos minutos; de ello dedujo Nick, correctamente, que la reacción estaba liberando algún calor.

Llevaba cierto tiempo observando este fenómeno, interrumpiendo un par de veces su observación para encender de nuevo el fuego que una gota especialmente cercana había apagado, cuando notó que la colina era una isla. Ello le sorprendió un poco y centró toda la

atención en el asunto. El terremoto no lo había hecho; una vez que éste desapareció se fijó especialmente en que el pasillo estaba intacto. No tardó mucho tiempo en llegar a la conclusión de que si la tierra no se estaba hundiendo, el mar debía estar elevándose; unos cuantos minutos de observación atenta de la línea divisoria demostró que algo así debía estar ocurriendo. Despertó a los otros para decirles lo que había visto y a los pocos minutos todos estaban de acuerdo en que aquello estaba ocurriendo en todos los lados de la colina.

—¿Cuánto tardará en alcanzarnos, Nick? —la voz de Betsey era comprensiblemente ansiosa.

—No creo que pueda alcanzar este nivel —respondió Nick—. No se ha elevado tanto como lo habría hecho el agua en nuestro propio valle a estas horas de la noche, y la colina es casi tan alta como nuestro poblado. Estamos a salvo.

Resultó más difícil adherirse a esa creencia cuando las horas pasaban y el nivel del agua seguía creciendo. Podían ver las charcas de las orillas aumentando y desbordándose en el cuerpo principal; con el tiempo llegaron a formarse varios grandes ríos cuya área de formación era desconocida. Algunos de esos ríos representaban un peligro, pues eran tan altos, o más, como la colina, antes de desparramarse en el mar. Todavía seguía la violencia del encuentro del agua con el ácido; el mar, al menos cerca de la orilla, estaba muy diluido.

Por supuesto, «cerca de la orilla» no era una afirmación muy afortunada. Ninguno de los que estaban en la colina podían decir ahora dónde se hallaba la orilla. El camino que habían seguido se encontraba bajo el nivel del mar y la única evidencia de la existencia de tierra seca eran los ríos que todavía se veían por encima del nivel.

La isla que había formado la colina disminuía progresivamente. El ganado no parecía inquieto, pero lo condujeron al interior del anillo de fuegos. Luego tuvieron que estrechar el anillo, y finalmente, tanto ellos como los animales se encontraron amontonados tras un solo anillo de calor mientras el mar les ascendía más que su débil protección. Las gotas de lluvia eran cada vez más claras. Caían desde una altura suficiente para perder el oxígeno suspendido e, inevitablemente los últimos fuegos sucumbieron. Su calor había mantenido durante los últimos minutos un agujero en la superficie del mar, pero cuando los fuegos desaparecieron, el mar reclamó lo que le correspondía. A los pocos segundos de que el último fuego muriera, todos los seres vivos de la colina estaban inconscientes, y al cabo de un minuto sólo un turbulento hoyuelo en la superficie del mar mostraba el lugar en que se había encontrado la ligeramente más caliente colina. El último pensamiento de Nick fue que al menos los animales estarían a salvo; estarían descubiertos mucho antes de que

cualquier cosa pudiera llegar a ellos.

Pero se equivocó. Cuando despertaron a la mañana siguiente y se deshicieron de la delgada capa de cristales de cuarzo que tenían en sus escamas, todos estaban allí, pero el ganado parecía haber disminuido. Un recuento confirmó que habían desaparecido diez animales, de los que sólo quedaban unas escamas. Fue una suerte que tales animales fueran de una especie cuyo armazón de escamas era frágil, pues de no haber sido así los carnívoros que habían llegado durante la noche podían haber hecho una elección diferente. La comprensión de que había cosas vivientes en el mar sorprendió a todo el grupo, pues conocían la física lo suficiente como para preguntarse de dónde sacarían el oxígeno tales criaturas.

La nueva situación requería nuevos planes.

—La idea de que Fagin nos busque por la orilla del mar hasta que nos encuentre no funciona —comentó Nick tras el desayuno—. La orilla no permanece fija. Además, no podemos quedarnos aquí si ello significa perder el ocho o el diez por ciento de nuestros animales cada noche.

—Lo que tenemos que hacer es un mapa más correcto —comentó Jim—. No estaría mal encontrar un lugar protegido por el mar, pero que no se sumergiera durante la noche.

—Podríamos darle un empleo más adecuado a este lugar si lográramos que lo visitara el pueblo apropiado —dijo Nancy en tono pensativo. Todos ponderaron esto durante algún tiempo y se mostraron cada vez más de acuerdo. Sonaba prometedor. Una idea tras otra fueron propuestas, discutidas, rechazadas o modificadas, y a las dos horas se había hecho un plan definido.

Nada podía llevarse a cabo, sin embargo, hasta que fuera posible salir de la isla, y esto no ocurriría hasta doce horas después del amanecer. Una vez que apareció el pasillo, todos entraron en una furiosa actividad.

El ganado —lo que quedaba de él— fue conducido tierra adentro por Betsey y Oliver. Nick, una vez seguro de que tenía su hacha y su equipo de hacer fuego, se metió también tierra adentro, pero en una dirección más al sur. Los otros cinco se desparramaron desde la base de la península y se dedicaron a hacer un mapa de todo lo que era útil en la zona. Debían determinar, dentro de lo posible, la parte que quedaba sumergida por el mar en su más alto nivel, y el informe tenían que hacerlo antes de que cayera la segunda noche. El grupo elegiría entonces un campamento más adecuado y más al norte del de la desafortunada elección de la noche anterior. Llegaron al acuerdo de enviar a un par de ellos a la base de la península todas las mañanas hasta que regresara Nick o hubieran pasado diez días. En el último caso pensarían otra cosa.

Nick tenía la tarea de entrar en contacto con Fagin. Era el único del grupo que podría llevar a cabo esta tarea. Había planeado acercarse al poblado por la noche y actuar según fueran las circunstancias. Si la gente de Swift había tomado el hábito de moverse por la noche con antorchas las cosas se presentarían difíciles. Si no era así, podía resultar más fácil… a no ser que se percataran de su llegada. Ya vería.

El viaje fue normal. Tuvo el número suficiente de luchas para aprovisionarse de carne y llegó hasta el risco en la tarde del segundo día. Había dado un rodeo por el oeste con el fin de llegar al poblado desde la parte superior; pero a pesar de eso se detuvo a una distancia que le pareció segura hasta que casi oscureció. No podía saber si se encontraría con grupos de cazadores, pues era un camino muy usado por ellos.

Cuando oscureció se sintió seguro, pues supuso que todos esos grupos ya habrían regresado a las cuevas, y revisando de nuevo su equipo para hacer fuego se acercó con precaución a lo alto del risco. Permaneció un rato escuchando en el borde antes de atreverse a sacar la cabeza fuera, pero no oía ningún sonido y tuvo que atreverse a asomarse. Sabía que el risco tenía unos trescientos pies de altura por esa parte y comprendió que hubiera sido muy visible a la luz del día. Ahora parecía más seguro, porque todavía no habían encendido ningún fuego.

Cuando se atrevió a mirar, la ausencia de fuegos no le permitió ver nada.

Se retiró de nuevo a pensar. Estaba seguro de que el poblado y sus habitantes se hallaban abajo, así como de que Fagin estaba con ellos. No podía entender la ausencia de fuegos, pero era un hecho. Quizá sería seguro intentar entrar al poblado a escondidas ayudado por la oscuridad… pero la lluvia no tardaría.

Luego tuvo otra idea; buscó un leño pequeño y comenzó a trabajar con sus útiles de encender fuego, un martillo y un huso fabricados con madera resistente. Esperó alguna respuesta de los de abajo cuando obtuvo una pequeña hoguera, pues ésta iluminaba el cielo con más efectividad que la luz del día; pero nada ocurrió hasta que ejecutó la última parte de su idea y tiró un leño encendido por el borde del risco. Entonces todo ocurrió en seguida.

La luz alumbró a Fagin, que permanecía inmóvil a cincuenta yardas del pie del risco. También alumbró un lugar vacío de rocas y vegetación; estaban, como era su costumbre, dentro de las cuevas. Sin embargo, su ausencia sólo duró unos momentos.

Con la llegada del fuego un murmullo de voces salió de las cuevas. Era evidente que, si era su costumbre dormir, no lo estaban haciendo en ese momento. En seguida la voz de Swift se dejó oír por

encima de las otras.

—¡CogedIo! ¡Coged el leño! ¡No permanezcáis ahí como si ya estuvieseis mojados!

Una masa de figuras salió de la roca y convergió en el leño encendido; luego se desparramaron de nuevo, como si todos hubieran comprendido al tiempo que no tenían madera y era necesario encontrarla. Un centenar de manos diferentes arrancaron plantas de la tierra y las llevaron hasta el leño, o incluso las arrojaron contra él. Nick estaba más divertido que sorprendido cuando vio que ninguno tenía éxito en encender una hoguera y se preguntaba con curiosidad si el fuego se apagaría por sí mismo o si sería apagado por los propios rescatadores. Pero no dedicó mucha atención al problema; la voz de Swift surgió de nuevo por encima del murmullo.

—Algo resplandece en lo alto del risco y de ahí debió partir el fuego. ¡Que alguien suba hasta allí y lo consiga!

Como era habitual, se le obedeció con prontitud y la masa se dirigió al camino que ascendía al risco. Nick estaba algo sorprendido; se aproximaba el momento de las lluvias y los habitantes de las cuevas no llevaban fuego con ellos. Algo drástico debía haber ocurrido para que superaran el hábito de toda su vida de mantenerse a resguardo en las cuevas por la noche. Pero no había tiempo para especular sobre el tema; los hombres de las cuevas buscaban fuego y Nick parecía tener todo el que había por los alrededores. Encendió una antorcha en su pequeña hoguera y se dirigió hacia el camino que partía de abajo prendiendo todas las plantas que podía. Cuando llegó al camino lanzó a un lado la antorcha que había estado usando y se hizo con otra que esperaba fuera lo suficientemente pequeña para esconderla en su cuerpo. Si los de las cuevas quedaban satisfechos con obtener fuego, tanto mejor; si también lo querían a él quizá mirarían el rastro de fuego, el cual les conduciría en dirección contraria. Conociendo su habilidad para el rastreo no tenía muchas esperanzas a este respecto, pero lo que tuviera que hacer debía realizarlo en seguida.

Se encaminó por la parte superior del risco hasta un punto alejado dos millas desde donde el risco descendía gradualmente hasta el nivel más bajo. Estaba fuera de la vista del sendero cuando Swift llegó a él, pero no se apresuró por ello. Una vez en la región en que las rocas se rompían, escogió cuidadosamente el camino, esquivando los cantos que cayeron rodando a causa de un agudo estremecimiento y escondiendo su pequeña antorcha como podía para que ninguno lo viera. A los quince minutos de haberse producido el conflicto estaba junto a Fagin y no parecía que ninguno de los de las cuevas hubiera notado su presencia.

—¡Profesor! ¿Me oyes? Soy Nick.

—Te oigo muy bien. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Iniciaste tú todo

esto? ¿Qué es lo que pasa?

—Sí, yo arrojé el fuego por el risco; tenía que asegurarme de que tú estabas aquí. El resto fue una consecuencia. Estoy aquí porque hemos encontrado una forma de liberarte de Swift sin que tengamos que preocuparnos de que consiga cogerte de nuevo.

—Eso me anima. También yo pensé que tenía un plan, pero me he encontrado con problemas. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir, pues no creo que Swift siga paciente durante mucho tiempo. Cuéntame tu idea.

Nick describió las actividades de su pueblo desde que Fagin fue raptado y se detuvo principalmente, en la geografía del lugar en el que pasaron la primera noche.

—Suponemos que puedes vivir bajo el agua igual que puedes estar bajo la lluvia; por eso pensamos que si vas a esta colina y Swift te sigue, éste quedará atrapado allí por la noche; mientras estén dormidos tú puedes quitarles todas las armas —que por otra parte nos serán de gran ayuda a nosotros ya que andamos tan escasos de ellas—, y si no podemos hacer nada con ellas podemos arrojarlas a algún lugar que quede sumergido todo el día.

—¿Resistirá mucho tiempo ahí?

—Lo más probable es que no, pues en ese mar hay animales que comieron parte de nuestro ganado; pero ¿qué nos preocupa? A él no le importó matar a Alice y Tom y lo mismo habría hecho con el resto de nosotros si lo hubiese creído necesario.

—¿Y el resto de su pueblo?

—Ellos le ayudaron. No me preocupa lo que les pueda ocurrir.

—Comprendo tu punto de vista, pero no lo comparto plenamente. Hay razones que pueden hacerte sentir de forma diferente, pero no son las mías por ahora. Tu plan, si así puede llamársele, tiene puntos fuertes, pero no carece de algunos débiles. Si ese lugar está a un día y medio de viaje incluso para ti, no veo cómo voy a poderme mantener alejado de Swift tanto tiempo; recuerda que tú puedes viajar más rápido que yo. Además, ahora que les has traído el fuego de nuevo, me sorprendería que resultase tan fácil para mí irme por la noche como lo hubiera sido antes.

—¿Qué quieres decir? Ellos se trajeron el fuego de nuestro poblado.

—Lo trajeron, pero sólo sabían hacer un fuego a partir de otro. Dejaron que se extinguiera al día siguiente de nuestra llegada y han estado sin fuego desde entonces. Han hecho todo lo posible para enseñarme su lenguaje para que yo, pudiera enseñarles cómo hacer más, pero he tenido muchos problemas…; por ejemplo, no puedo producir algunos de sus sonidos agudos. No obstante, debo decir que Swift ha sido notablemente paciente. Ahora le será más fácil avanzar,

pero a mí no me será tan fácil marcharme.

—Entonces quizá hubiera sido mejor no haber venido. Lo siento.

—Yo no. Mi plan original para entrar en contacto contigo había fallado; por tanto, si no hubieras venido, todo hubiera sido peor. Lo que quiero decir es que debemos planear algo ahora. Tú podrías irte unas horas mientras yo pienso; no ganaremos nada si dejamos que te capturen.

—Pero ¿cómo volveré después? Tienen el fuego ahora…; tan pronto como regresen sabrán que he estado aquí y probablemente comenzarán a seguirme. Incluso aunque me marche ahora me encontraré a la vista de ellos; está empezando a llover y no puedo viajar sin una antorcha, que sería visible en varias millas a la redonda. Creo que es mejor que vengas conmigo ahora.

—Comprendo tus problemas, pero no sé qué hacer al respecto. Swift puede volver en pocos minutos —Fagin se detuvo, como si estuviera pensando; Nick, por supuesto, no supo que esas pausas significaban una tensa conferencia entre varios hombres que se encontraban a ciento sesenta mil millas de distancia—. Nick, fíjate en si hay gran cantidad de material combustible en los alrededores.

—Así es.

—¿Y no hay sólo un camino hasta lo alto del risco que está formado por una estrecha hendidura?

—Ciertamente, si no se utiliza ése hay que dar un rodeo de unas cuatro millas.

—Me gustaría que fuera mayor. ¿Crees que podrás hacer un fuego lo suficientemente grande para bloquear el pie de ese camino durante un tiempo para retrasarlos mientras nos vamos? Tendrás que trabajar con rapidez; puedes regresar ahora mismo, a no ser que te estén buscando en la cima.

—Lo intentaré —Nick comprendió que no era momento para discutir—. Probablemente alguien habrá mirado por el borde del risco y me habrá visto, pero nada podemos perder. Si no te alcanzo, dirígete hacía el nordeste hasta que llegues al mar, luego sigue por la orilla durante el día hasta que te encuentres con los otros. Yo haré lo que pueda por interferir a los rastreadores de Swift; es mejor que te vayas ahora mismo.

Nick no esperó una respuesta; ya estaba corriendo hacia el pie del camino del risco reuniendo a su paso todo el combustible que pudo. Su antorcha ya casi se había consumido, pero pudo encender un montón de leña unas cuantas yardas dentro de la hendidura. Luego recorrió los alrededores y lanzó todas las piezas de material combustible que pudo encontrar en la grieta de cuatro yardas de anchura.

Una gota de lluvia se abrió camino por el barranco y desapareció

al aproximarse al fuego, pero la noche apenas había comenzado y dejó en él una buena cantidad de oxígeno. Nick se alegró; era evidente que todavía no había en el camino ningún habitante de las cuevas llevando una antorcha, pues en caso contrario la gota se habría destruido mucho antes. Eso le daba más tiempo para actuar.

Cuando la pila era lo suficientemente grande para quedar satisfecho, se marchó en busca de Fagin. Hasta Nick podía seguirlo; no era difícil ver un rastro de cinco pies de anchura en una vegetación aglomerada, excepto cuando entraba en hoyos ya llenos de agua líquida. Todavía podía pasar por ellos con su antorcha, pues el líquido era todavía lo suficientemente seguro para respirarlo, pero prefirió rodearlos. A pesar de ello se encontró con Fagin a una milla de distancia.

—Continúa —le dijo—, voy a borrar un poco tus huellas.

Aplicó una antorcha a un matorral que se encontraba al lado del rastro dejado y luego al material quebrado y amontonado que constituía el mismo rastro; luego inició un amplio rodeo hacia el norte prendiendo fuego a todos los matorrales por los que pasaba. Finalmente, un cinturón radiante se extendía desde el rastro de Fagin casi al este del poblado de las cuevas hasta el camino que dejó el robot al norte. Nick creyó haber oído voces excitadas desde las cuevas, pero no estaba seguro. Recorrió otra milla hacia el norte a la máxima velocidad que pudo y allí prendió otra serie de fuegos. También serían visibles desde el risco y quizá los habitantes de las cuevas saldrían y se dirigirían hacia el antiguo poblado en lugar de seguir el rastro de Fagin.

Luego regresó para interceptar las huellas de Fagin, escondiendo la antorcha en su cuerpo con la esperanza de que no fuera vista desde el risco. Encontró sus huellas sin muchas dificultades, aunque Fagin se estaba manteniendo junto a los valles dentro de lo posible, y finalmente alcanzó al profesor. Fagin escuchó su informe y lo aprobó.

—Probablemente es lo mejor que podrías haber hecho —le dijo—. No obstante, me sorprendería que pasásemos la noche sin tener compañía.

—Lo mismo pienso yo —reconoció Nick.

A pesar de su pesimismo, pasaron las horas sin reconocer ningún signo de persecución. La velocidad superior de Nick le permitía mantenerse a la misma distancia del robot, aunque aquél tuviera que rodear las charcas que la máquina cruzaba sin el menor esfuerzo. Las gotas de lluvia se hacían cada vez más visibles, y por consiguiente más peligrosas; las charcas y los lagos eran cada vez mayores y más profundos, más difíciles, por tanto, de evitar, mientras que la atmósfera nocturna de Tenebra sufría su fase de cambio nocturno.

—Incluso aunque permanezcamos sobre tierra seca y dejemos

tantas huellas, ahora van a tener problemas en seguirnos —comentó Fagin durante una de las breves conversaciones que mantenían mientras estaban juntos—. Muchos de los lugares por los que fuiste deben estar bajo el agua ahora y ya no desaparecerán por el efecto de las antorchas; el agua se está materializando más y no les permitirá seguir. Empiezo a sentirme un poco más feliz con respecto a la situación.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Los charcos se están haciendo muy grandes y alguno de los valles que tenemos por delante son grandes y profundos. Recuerdo que la última noche que estuve allí vi que grandes ríos vaciaban su caudal en el mar. Si nos encontramos con uno de ellos, y no creo que podamos evitarlo, estamos perdidos.

—Por el contrario, creo que es lo mejor que podía ocurrirnos. Swift no puede pasar a través de un río.

—Ni yo tampoco.

—No por ti mismo. Pero yo puedo llevarte y será muy seguro; en dieciséis años no nos hemos encontrado con ninguna criatura capaz de vivir, o de estar en actividad, en el agua… aunque debo admitir que siempre he pensado que así sería.

—Hay algunas en el océano.

—Pero en su mayor parte, salvo a horas avanzadas de la noche, no está formado de agua. Creo que no tenemos por qué preocuparnos de la vida oceánica. Me has hecho más feliz de lo que lo he sido en mucho tiempo: busquemos uno de esos ríos.

—De acuerdo. Espero que tengas razón —Nick ya estaba acostumbrado a perder el sentido por el oxígeno liberado del agua, pero no le gustaba la idea de ser llevado como un saco en ese estado. No obstante, si Fagin pensaba que era lo adecuado…

Durante un rato pareció como si no tuviese razón para preocuparse. Con la perversidad común de las cosas inanimadas, ahora que deseaban un río no podían encontrarlo. Mantuvieron el mismo rumbo, reconociendo la inutilidad de ir en zigzag por terreno desconocido, y cada vez se acercaban más al mar; lo encontraron, no muchas horas antes del amanecer, sin haber tropezado con ningún río.

Habían encontrado la «costa» en un punto situado muy al sur de la región en la que los otros les esperaban; Nick había elegido el rumbo de forma que, al alcanzar la costa, no cupiese la menor duda del camino a seguir. Ya había hecho antes los suficientes mapas para saber que podían presentarse situaciones inciertas.

Por ello le dijo a Fagin, sin la menor duda, que siguiera la orilla izquierda. Por supuesto, se encontraban bastante tierra adentro con relación a la colina en la que Nick había planeado atrapar a Swift,

pero por el momento ése era el menor de sus problemas. La molestia principal era la falta de un río; la segunda, que se hizo patente a la hora de haber alcanzado el mar, fue la aparición tras ellos de un resplandor de luz. No hacía falta preguntarse qué era lo que lo causaba; el sol no era tan brillante.

—Nos están alcanzando. Me gustaría saber cuánto tiempo les retrasó mis fuegos —murmuró Nick cuando sus ojos vieron el fuego. Fagin no parecía haberlo visto todavía y Nick pensó que nada se ganaba con decírselo. Comenzó a desear con mucha más intensidad la presencia de un río.

El robot acabó por descubrir la luz y comprendió su significado tan bien como Nick.

—Si se acercan mucho antes de que encontremos un río será mejor que te adelantes a toda velocidad; probablemente podrás escapar de ellos.

—¿Y qué harás tú?

—Me meteré en el océano.

—¿Por qué no me llevas contigo? ¿No nos servirá lo mismo que un río?

—No, según tu propia afirmación. No quiero que te coman en mis brazos y no estoy preparado para luchar si nos atacan.

—Eso es cierto. Entonces creo que tu idea es mejor.

Aunque habían llegado a ese acuerdo, no tuvieron necesidad de hacer uso de él. Cuando el resplandor de las antorchas de la gente de Swift ya se había convertido en puntos de luz diferenciados, y se veía que los habitantes de las cuevas estaban alcanzando a Fagin y a su pupilo a una velocidad que apenas les prometía una hora de libertad, un bulto apareció frente a ellos en el paisaje; al cabo de uno o dos minutos éste había tomado la forma de una sierra redondeada que serpenteaba por aquella región. Tenía el color oscuro del agua y antes de alcanzarla ya se dieron cuenta de que se trataba de un río. Como su altura superaba a la cresta de Nick, no había forma de predecir su anchura; pero debía ser lo suficientemente ancho como para apagar las antorchas que la gente de Swift pudiera llevar.

Fagin y Nick se aproximaron directamente a él. Ordinariamente esa masa de agua clara hubiera representado una vista atemorizada con su lento fluir hacia el mar; pero esa noche ninguno de los dos tuvo miedo. Nick lanzó su antorcha en ella con un gesto despreocupado, notando con júbilo la forma en que el fuego se consumió rápidamente; se aseguró de tener sus armas y los aparejos de encender fuego fuertemente atados y se volvió hacia el profesor.

—De acuerdo, estoy preparado.

La masa blanquecina del robot se dirigió hacia él y cuatro apéndices surgieron de unas aberturas de su cuerpo liso. Unos

dispositivos preparados para asir que tenía en sus extremos lo agarraron con firmeza, pero sin causarle dolor, por sus brazos y sus patas de caminar, lo elevaron y lo replegaron hasta el cuerpo de la máquina.

—Muy bien, Nick —dijo Fagin, Relájate. Te llevaré al otro lado sobre tierra firme tan pronto como pueda y evitaré las gotas de lluvia para que puedas volver en ti pronto. Tú trata solamente de relajarte.

Nick obedeció su orden lo mejor que pudo mientras Fagin lo introducía en el río.

El calor de su cuerpo convirtió un volumen considerable de líquido en gas; pero el gas era oxígeno libre y su estado físico no le produjo ninguna diferencia a Nick. Perdió la conciencia en medio minuto.

Los guerreros de Swift alcanzaron el lugar donde el rastro entraba en el río a los quince minutos. Su jefe no era un filósofo y no agradeció la experiencia que el incidente le proporcionaba.

Capítulo 6 — Información; navegación; observación.

—¿Cuánto adelanto le proporcionará eso, doctor?

Racker contestó sin quitar los ojos de la pantalla.

—Posiblemente el resto de la noche y un poco más… contando lo que tardará en secarse ese río después del amanecer. Faltan unas veinte horas para el amanecer.

—¿No podría ocurrir que las plantas creciesen lo suficiente en ese tiempo para esconder las huellas del robot?

—No tengo la menor idea.

—¿Después de observar la vida de este planeta durante dieciséis años? Realmente, doctor, hubiera supuesto que habría aprendido algo en ese tiempo.

—En dieciséis años no he tenido oportunidad de notar qué tipo de vegetación hay en la parte norte de este río —contestó Raeker con un poco de impaciencia—, y por lo que sé de Swift, gracias a Nick, aquél es un excelente rastreador; pero carezco de información cuantitativa sobre ello. Realmente, canciller, sé que ha estado viviendo un infierno estas últimas semanas, pero si sólo puede hacer críticas destructivas he de decirle que no va a ayudar mucho. Comienza a parecerse a Aminadabarlee.

—Me alegro que mencione eso —Rich no parecía ofendido en absoluto—. Sé, doctor, que no puede hacerse a la forma de ser del drommiano; son una raza muy impulsiva, y aunque son muy corteses de acuerdo con sus normas, estas normas no son idénticas a las nuestras. Aminadabarlee es un miembro extraordinariamente comedido de esa raza y por eso tiene esa posición; pero debo sugerirle vehementemente que aplaque su impulso natural a responder agudamente cuando él se dedica a insultar, cosa que hace ocasionalmente. No hay motivo para someter a tensión su capacidad de resonancia. Le aseguro que si pierde su autocontrol hasta el punto de enviar un informe emocional a Dromm, cada palabra que diga sobra la Tierra será literalmente cumplida. No habría una guerra, por supuesto, pero el resultado de cortar en un noventa por ciento —o aunque fuera en un cincuenta— el comercio interestelar de la Tierra, sería tan desastroso como cualquier guerra. Debe recordar que para la mayor parte de razas que conocemos, los drommianos y los terrestres somos igual de extraños, por lo que cualquier cosa que una raza dijera sobre la otra tendría un gran efecto. Esto puede parecerle un poco exagerado, pero esta pequeña situación es, en potencia, el asunto político y diplomático más espinoso que me ha ocurrido en toda mi

vida.

Aquello logró apartar los ojos de Raeker de la pantalla durante unos momentos.

—No lo comprendo —dijo—. Pero he de admitir que no producirá ninguna diferencia en mis esfuerzos por rescatar a Mina y a Easy; haré todo lo que pueda.

—Le creo y le quedo agradecido; pero he de decirle otra cosa; si Aminadabarlee no estuviera aquí no sería necesario, pero dado que no puede evitar el verle, es necesario que lo comprenda. Cualquier cosa que diga, por intolerante, impaciente o insultante que le parezca, usted debe mantener el control. Le aseguro que no tomará su calma como una señal de miedo; su pueblo no piensa de esa forma. La respetará mucho más por ello…, al igual que yo.

—Haré lo que pueda —prometió Raeker—, pero ahora me sentiría mejor si no apareciese en unas cuantas horas. Estoy muy ocupado haciendo juegos de manos con Nick a través del río, y si usted quiere mirar a Nick como a mi hijo no andará muy descaminado. No me importa hablar mientras todo marche bien, pero no se sorprenda sí me detengo en medio de una frase. ¿Ha hablado con los niños?

—Sí. Se están portando muy bien. Es una suerte que el drommiano esté allí; creo que Easy no se habría comportado así si no se hubiera sentido responsable de Mina. Parece sentir que todo depende de ella, así que por el momento no hay problema de moral. ¿Le dije que mister Sakiiro descubrió que alguna de las puertas de inspección habían sido dejadas abiertas y que en consecuencia los cables de la electrólisis habían sido corroídos por la atmósfera exterior? Tiene la idea de utilizar a la gente de Nick para realizar el trabajo de reparación.

—Lo sé. Por el momento es la única solución que veo; pero eso significa que tenemos que encontrarlos y que ellos tienen que encontrar el batiscafo. Es una suerte que los niños puedan estar casi indefinidamente allí; la máquina les suministrará aire, comida y agua.

—Eso es cierto, pero Easy no podrá aguantar siempre sometida a tres gravedades.

Raeker frunció el ceño.

—No había pensado en ello. ¿Tiene alguna información médica de cuánto tiempo podrá aguantarlo?

—En absoluto. El problema nunca se ha presentado en un adolescente, pero sé que los adultos lo han soportado varios meses.

—Ya veo. Creo que tiene una buena excusa para ser más desagradable que Aminadabarlee. La gravedad no le hace ningún daño a su hijo.

—No, pero hay otra cosa que sí. Los sintetizadores del batiscafo producen comida humana.

—¿Y qué importa? ¿No es como el nuestro el metabolismo de los drommianos? Respiran oxígeno y les he visto comer nuestros alimentos aquí en el Vindemiatrix.

—En general su metabolismo sí es como el nuestro, pero no ocurre así si entramos en detalles. Sus necesidades vitamínicas son diferentes, aunque utilicen grasas, hidrocarbonos y proteínas como nosotros. Mina comenzará a sufrir enfermedades originadas en insuficiencia vitamínica con casi total seguridad si permanece ahí mucho tiempo, y, al igual que en mi caso, su padre carece de información médica.

Racker frunció el ceño. Rich pensó durante un momento que por las pantallas había visto algo que había ocurrido en Tenebra y que le preocupaba. La corriente debía tener una milla de ancha, a juzgar por el tiempo que estaban tardando en cruzarla. El diplomático permaneció en silencio y observó al robot mientras éste acababa de cruzar el río y llegaba a la otra orilla.

Todavía estaba lloviendo y, sin la antorcha de Nick, se necesitaba un foco para poder localizar las gotas que caían. Nick, a los diez minutos de estar sometido a un aire normal, comenzó a revivir; cuando volvió en sí, encontró y encendió una antorcha, el viaje volvió a ser como antes, excepto por la falta de ansiedad por Swift.

Al poco rato apareció el relevo. Raeker no quería dejar los controles, pues la situación en el planeta era muy espinosa, pero sabía que no tenía elección. Ningún ser humano podía mantenerse alerta durante toda una noche de Tenebra. Puso a su relevo al corriente de la situación, con varias referencias a lo pasado, y dejó la habitación de observación.

—No creo que pueda dormir durante un rato —comentó con Rich —. Vamos a la sala de comunicaciones y veamos cómo se las arregla Easy.

—Hace un par de horas que está dormida —contestó el padre—. Por eso vine a verle. Pero nada se pierde con probar —y añadió tras unos segundos de silencio—. Me gustaría estar allí cuando despertara —Raeker no hizo ningún comentario.

Nada nuevo había sucedido, según el oficial de vigilancia, pero ambos se pusieron a mirar a la pantalla del batiscafo. Ninguno tenía mucho que decir.

Raeker estaba bastante dormido cuando se oyó la voz de Easy.

—¡Papá! ¿Estás ahí? —Rich debía estar tan soñoliento como Raeker, pero respondió al instante.

—Sí, querida. ¿Qué ocurre?

—Nos estamos moviendo. Mina todavía está durmiendo y no quiero despertarle, pero pensé que sería mejor decírtelo.

—Dile todo lo que quieras a mister Racker, está aquí y conoce

Tenebra mejor que cualquier otro.

—¿Recuerda que la primera noche cuando aterrizamos yo pensé que estábamos sobre tierra sólida y el lago se estaba haciendo más profundo?

—Sí, Easy. Decidimos que la lluvia estaba diluyendo el ácido en el que habíais caído, por lo que su densidad estaba desapareciendo y flotabais tan alto.

—Así es. Al cabo de cierto tiempo las ventanas laterales estaban tan cubiertas que ni siquiera podíamos ver la lluvia, y cada noche, antes de amanecer, la parte superior también está cubierta; estamos completamente bajo el agua.

—Usas esa palabra un poco a la ligera, pero entiendo lo que quieres decir. Me imagino que en ese caso no podrás ver nada. ¿Cómo sabes que os estáis moviendo?

—Podemos verlo con las luces encendidas; estamos en el fondo de un lago o un océano o lo que quiera que sea, y las luces iluminan rocas y cosas extrañas que imagino serán plantas. Pasamos por encima de ellas lentamente, como si botáramos, y la nave se golpea un poco de cuando en cuando. Puedo oír los golpes cada vez que chocamos.

—Muy bien, creo que no es nada que pueda preocuparnos, aunque me gustaría saber a qué se debe el cambio con las cinco últimas noches. Cuando venga la luz del día el agua extra se evaporará y flotaréis de nuevo como de costumbre, suponiendo que estéis todavía en un lago u océano. Si, como parece más probable, vais por un río, encallaréis en tierra firme cuando el agua se evapore. Si ése es el caso, al menos mañana tendréis un paisaje más interesante.

»El único problema que tenemos es cómo localizaros. Si vais a iniciar un viaje por los alrededores todas las noches, el dirigir a nuestra gente hacia vosotros no va a resultar fácil. Tendréis que darnos toda la información que podáis sobre los alrededores para que podamos pasársela a Nick y a sus amigos. Has sido muy gentil al llamarnos en el mismo momento en que descubriste que os estabais moviendo.

—Gracias, doctor. Mantendremos nuestros ojos abiertos. Quiero conocer a su amigo Nick.

—Estamos haciendo todo lo que podemos para que lo logres. Si, tal como supusimos, aterrizasteis a unas cuantas docenas de millas del robot, hay muchas posibilidades de que seáis arrastrados al mismo océano que les causó problemas a mis amigos hace un par de noches; tenemos buenas razones para sospechar que los océanos no son muy grandes en Tenebra, al menos según los estándares de la Tierra, así que el poneros en contacto no nos llevará mucho tiempo.

—Quizá sea mejor que me quede despierta durante un rato para poderle informar si sucede algo especial, y luego dejaré a Mina de

vigilancia mientras yo duermo.

—Me parece muy bien. Nosotros siempre tenemos a alguien aquí a la escucha —Raeker cortó el micrófono y miró a Rich. El diplomático lo miraba con intensidad.

—¿En qué proporción dijo eso para animar a Easy y en qué otra para animarme a mí?

—Procuré que sonara lo mejor posible —admitió Raeker—, principalmente por los niños. Sin embargo, no mentía. Estoy bastante seguro de que podré conducir a mi gente hasta el batiscafo pronto; aunque admito que estoy menos seguro de lo que podrán hacer una vez que lo hayan encontrado. Recuerde que no tenemos la más ligera idea de las condiciones exteriores de esa máquina; tendremos que esperar el informe de Nick antes de decidir las instrucciones que le daremos.

Rich miró duramente al biólogo durante un momento, pero luego se relajó.

—Parece razonable —dijo. Si había pensado decir algo más se lo cayó.

—¡Pero no me parece razonable a mí —la voz aguda no necesitaba identificación—. Todos los seres humanos de este lugar están diciendo un montón de sinsentidos con eso de enseñar a un puñado de salvajes a arreglar una máquina que se encuentra a dos mil años por delante de su cultura, arriesgando así no sólo una vida humana sino otra drommiana. Es el mayor sinsentido que he oído en mi vida. Nadie que tenga tres años de edad dejará de comprender que sólo otro batiscafo tiene la mínima oportunidad de conseguir llevar a cabo el rescate, pero no he oído una sola palabra de esa actividad. Imagino que los hombres pondrán los gastos por delante de las vidas.

—No he oído ningún mensaje proponiendo una actividad por parte de los drommianos —le espetó Racker—. Había oído decir que tienen una capacidad industrial por lo menos igual a la de la Tierra, y no está ni a un paseo de Altair. Pero imagino que los drommianos no se molestan en arreglar una situación que piensan que ha sido causada por otro, aunque haya vidas implicadas en ello.

Ninguno de los seres humanos presentes podía decir cómo reaccionaria Aminadabarlee ante esto; pero Rich no le dio tiempo a decir nada.

—Doctor Raeker, se está olvidando de su trabajo —dijo agudamente—. Si el canciller Aminadabarlee tiene a bien acompañarme discutiré con él cualquier cosa valiosa que pueda estar oculta en sus palabras, así como la valiosa sugerencia que ha hecho. Si usted tiene algún otro pensamiento cortés que decir, dígamelo a mí. Por favor, señor, venga conmigo —los diplomáticos salieron y el oficial de vigilancia miró con inquietud a Raeker.

—No debe hablar al drommiano de esa forma —se atrevió a decir al fin.

—Lo sé —contestó Raeker—. Rich me lo acababa de decir hace unos momentos. No me gusta hacerlo, pero me pareció que Rich necesitaba que algo le distrajese su atención de su hija.

—Ha sido muy arriesgado. Podría convertir fácilmente a toda su raza en tan antiterrestre que todo ser humano que fuera comerciante fuera del sistema solar tendría que abandonar sus negocios.

—Todo el mundo parece sentir eso —contestó el biólogo con cierta inquietud—. No puedo creer que las cosas sean realmente tan críticas. Puede ser que yo fuera un poco desagradable. De cualquier forma, Rich y el drommiano estarán ocupados durante un rato; vamos a concentrarnos en sacar a esos niños del apuro. Después mantendré mi nariz fuera de los asuntos interraciales.

—Francamente, eso me alivia. ¿Qué hay de la sugerencia de construir un nuevo batiscafo?

—No soy ingeniero —replicó Racker—, pero aun así sé cuanto se puede tardar a pesar de que nos ayude la experiencia del primero. Soy biólogo, y mi opinión es que esos jóvenes habrán muerto antes de que se pueda tener preparado otro batiscafo. Si Rich y el drommiano quieren intentarlo, no les descorazonaré; la nueva máquina será útil de todas formas y, además, yo puedo estar equivocado en mis cálculos. Sin embargo, creo seriamente que tendremos que enfrentarnos a ese rescate según las líneas ya planeadas.

—¿Y el drommiano está en lo cierto al decir eso?

—¿Se refiere al plan de que la gente de Nick efectúe la reparación? Sí, no es tan ridículo como Aminadabarlee quiere hacerlo parecer. Ha estado educando a esa gente durante casi dieciséis años; son tan inteligentes como los seres humanos, a juzgar por su velocidad de aprendizaje, y pueden empalmar perfectamente unos hilos.

El oficial le miró dudoso.

—Siempre que empalmen los hilos correctos —murmuró—. ¿Qué usarán como aislamiento?

—Fabrican una cola, yo les enseñé, tras unos experimentos, con escamas de animales. Tendremos que asegurarnos que no es conductor, pero eso no me preocupa demasiado.

—¿A pesar de que piensa que hay ácido sulfúrico?

—Dije no demasiado —admitió Raeker—. El principal problema que tenernos ahora es que los dos grupos se encuentren. ¿Está seguro que no puede trazarme una coordenada más exacta del robot y el batiscafo?

—Así es. Lanzan distintas longitudes de ondas y no tengo medios para encontrar el factor de dispersión de la atmósfera del planeta en esa parte del espectro, no digamos el conseguir la profundidad precisa

de la atmósfera o acabar con las incertidumbres inherentes a las mediciones direccionales de la radio. Tal como le dije, las posibilidades son cincuenta a cincuenta de que están a unas cuarenta millas uno del otro, y de nueve sobre diez de que no están a más de cien millas. No puedo hacerlo mejor sin las radiaciones que ninguna de la máquina puede transmitir.

—De acuerdo. Obtendré alguna información de Easy y trataré de armonizarla con los mapas de Nick. Por lo menos no tendrán que seguir muy de cerca nuestras orientaciones, pues Nick será capaz de ver las luces del batiscafo desde millas.

El oficial asintió y los dos permanecieron en silencio mirando a la pantalla. Nada podía verse en ella; si Easy estaba despierta, tal como ella misma dijo, no estaba en la sala de control. Ocasionalmente podían oír alguna raspadura o choque; posiblemente la nave seguía siendo arrastrada por la corriente, pues ningún paisaje había atraído lo suficiente la atención de la niña como para ser digno de ser informado.

Raeker acabó por dormirse en su silla. El oficial permaneció despierto, pero sólo recibió el mensaje de que Easy se iba a dormir y Aminadorneldo ocupaba su puesto. Nada le sobresaltó, pues el altavoz permaneció en silencio desde que la niña se despidió.

Hora tras hora el batiscafo continuó chocando. A veces se detenía un momento, a veces varios minutos; pero siempre reasumía el viaje, pues las variaciones de la corriente deshacían la barrera interpuesta en su camino. Easy despertó y atendió al problema del desayuno. Luego preparó una poco apetitosa comida, según dijo ella misma. Aminadorneldo se mostró cortés, acusando a los sintetizadores como culpables de las deficiencias. No se puede hacer mucho con aminoácidos, grasas y dextrosa, aunque se utilicen polvos vitamínicos para sazonarlos. La larga noche de Tenebra continuaba y Raeker echó otra ojeada a la sala de control del robot, cuando Nick y Fagin estaban en un punto que creía muy cercano al del resto del grupo. Una sola noche en un planeta que tarda casi cien horas en rotar puede ser muy aburrida… aunque no tenía por qué serlo, pensó Raeker con ironía al recordar la del ataque de Swift.

Las cosas cambiaron al amanecer…, desafortunadamente para Raeker, que se estaba durmiendo de nuevo. Nick acabó por reconocer la tierra por la que habían pasado y pensó que se encontraría con sus amigos en unas dos horas; llegó el relevo de Raeker y se le dio un resumen extremadamente detallado; de la sala de comunicaciones llegó un mensaje que decía que el batiscafo parecía haberse detenido.

—Por favor. ¿Puede preguntarle al teniente Wallenbach si puede establecer una comunicación visual entre su despacho y esta habitación? —preguntó Raeker al mensajero que trajo la información

—. Creo que en un futuro próximo tendré que hablar con el batiscafo y con mis pupilos simultáneamente.

—Por supuesto, señor —replicó el mensajero—. Estoy seguro de que no habrá ninguna dificultad.

—De acuerdo, voy a la sala de comunicaciones a oír el informe de Easy; regresaré aquí cuando se haya establecido la comunicación.

—¿No cree que debería dormir algo, doctor? —preguntó su relevo.

—Así es, pero no puedo hacerlo de momento. Permanezca aquí hasta que regrese y deténgame si comienzo a hacer alguna tontería.

—Muy bien.

El graduado se encogió de hombros. Raeker sabía que no estaba siendo sensato, pero no podía abandonar el curso de los acontecimientos en ese momento. Se dirigió a toda prisa a la sala de comunicaciones.

Allí estaban Rich y Aminadabarlee. El diplomático humano parecía haber calmado a su colega drommiano, pues la entrada de Raeker no produjo efecto especial. Easy estaba hablando cuando entró el biólogo y éste no dijo nada hasta que ella terminó.

—…minutos desde que nos movimos por última vez. No hay más luz en el exterior, pero no parece que nos golpeemos con tanta fuerza; creo que la corriente es más débil. Si he estado guardando adecuadamente el control del tiempo hace poco que debe haber amanecido, por lo que sospecho que el agua debe estar desapareciendo —se detuvo y Raeker dio a conocer su presencia.

—Imagino, Easy, que ni Mina ni tú habéis visto ninguna criatura viviente en el agua mientras erais arrastrados.

—Sólo plantas, o lo que yo creo que son plantas.

—¿Y ahora?

—Todavía nada.

—Entonces tengo la sospecha de que habéis llegado al océano. De acuerdo con lo que dijo Nick debe haber animales allí, aunque supongo que se habrán asustado por vuestras luces. ¿Podrías apagarlas por cinco minutos y luego encenderlas de golpe para ver si algo se había aproximado?

—Es posible si no te refieres a las de la sala de control. No hay ventanas aquí, así que no importará mucho. Me daría miedo el momento de encender las luces, pues podría dar a otro conmutador al encenderlas.

—Tienes muchísima razón. Nunca pensé en eso.

—Yo he pensado en muchas cosas en estas tres semanas que he pasado aquí.

Por un instante, la máscara de animosidad que se había estado poniendo en beneficio de su joven compañero desapareció y todos

pudieron ver a una niña miserable y aterrorizada de doce años de edad que se encontraba al borde de la desesperación. Rich cerró los labios y apretó los puños; los otros seres humanos evitaron el mirarle. Aminadabarlee no mostró ninguna emoción; Raeker se preguntaba si él sentía alguna. Luego la máscara volvió a su lugar y la joven animosa que todos habían visto antes del accidente se dirigió al niño drommiano.

—Mina, ¿quieres ir hasta la ventana del laboratorio grande? Avísame cuando estés allí y apagaré las luces exteriores.

—Muy bien, Easy —el largo cuerpo cruzó por el campo de visión de la pantalla y desapareció de nuevo. Luego se oyó su voz aguda y los dedos de la niña pulsaron los conmutadores de la luz.

—¿El exterior está oscuro ahora, Mina?

—SI, Easy, no puedo ver nada.

—Muy bien. Avísame si lo haces; mantendremos la oscuridad durante un rato. Doctor Raeker, ¿está el padre de Mina ahí?

—Sí, miss Rich —contestó el padre.

—Quizá podría decirme a mí y al doctor Raeker cuánto tardan los ojos de la gente de su raza en acostumbrarse a la oscuridad —como en otras ocasiones anteriores, Raeker se preguntó qué combinación de herencia y educación le habían dado a Rich una hija tan sorprendente. Había conocido a estudiantes diez años mayor que ella cuyas mentes estaban mucho más retrasadas…; pensaba las cosas importantes con mucha mayor rapidez que él mismo, y él no tenía sus preocupaciones…

Trajo su atención al presente cuando ella le llamó.

—Doctor Raeker, Mina no pudo ver nada. Puede ser que cinco minutos no fueran suficiente para que sus animales marinos superasen su miedo.

—Es posible —admitió Raeker—, pero también lo es que no les interese el batiscafo. Sin embargo, creo que es más lógico suponer que no has llegado al mar todavía. Será interesante, cuando la lluvia se evapore, ver si estás en un lago o encallada en tierra alta y seca. En cualquier caso, danos una descripción detallada de los alrededores cuanto antes puedas.

—Lo sé. Haré lo que pueda.

—Estamos haciendo los preparativos para que puedas hablar algo más directamente con Nick cuando estés en posición de darle indicaciones, así no que tendrás que depender de que yo retransmita tus informes. De esta forma todo será más rápido.

—Eso está muy bien. Siempre he querido hablar con él desde que le vi a usted en la sala de control del robot. Me pareció divertido. Pero ¿si él me encuentra no puedo hablar con él si no es a través de usted? ¿No tiene esta nave micrófonos y altavoces exteriores?

—Oh, sí; mister Sakiiro te dirá cómo utilizarlos. Esto es para el momento anterior a que él te encuentre.

—De acuerdo. Le llamaré de nuevo tan pronto como el agua se haya evaporado. Mina y yo estamos hambrientos —Raeker se arrellanó en su sillón y dormitó durante unos minutos; luego se dio cuenta de que él también estaba hambriento y procuró poner remedio a ello. En ese momento ya estaba realmente deseoso de dormir, pero una llamada del sistema interno de la nave le informó de que el equipo de comunicación que había solicitado ya estaba listo para su uso. Adormecido o no, tenía que comprobarlo, por lo que regresé a la sala de control del robot. Pasaron muchas horas antes de que la abandonara de nuevo.

Nick y Fagin acababan de reunirse con sus amigos en el nuevo campamento y Nick les estaba relatando a los otros los acontecimientos. Como era natural, Racker tenía que oírlos cuidadosamente; siempre cabía la posibilidad de que Nick hubiera visto las cosas de forma diferente a como las veía un observador humano. Una educación humana no les había proporcionado a los tenebritas mentes humanas.

Esta vez el informe de Nick no mostró signos de tales diferencias, pero aun así Raeker tenía que saber lo que los otros habían hecho. Dado que eso, según los planes de Nick, implicaba la fabricación de gran número de mapas, pasó varias horas escuchando los diversos informes. Era usual que los mapas se le mostraran al robot para que fueran fotografiados en el Vindemiatrix; luego, cada uno era explicado con detalle por el que lo había trazado, pues no era posible acumular toda la información en aquellas hojas semejantes al papel ni resumirla en los símbolos convencionales de mapas. Estos relatos verbales eran registrados y fijados inmediatamente por los geólogos de la tripulación. Como el área presente era muy peculiar por estar muy cerca del mar y era sumergida en gran parte todas las noches, se empleó mucho tiempo en fijarla en los mapas y cartas de los hombres. Demasiado tiempo, para ser exactos.

El relevo de Swift no había recibido una idea clara del peligro que representaba Swift, y el mismo Raeker no había pensado nada sobre el asunto desde que regresó de la sala de observación. Tampoco se le ocurrió advertir a Nick que dejara a alguien de guardia para que avisara en caso de peligro. Fue una casualidad, por tanto, que el peligro fuera advertido a tiempo.

Jane estaba relatando su informe y todos la estaban escuchando y comparando el mapa de ella con el suyo propio, cuando Betsey vio algo. Por un instante, y a bastante distancia, creyó ver algo entre los matorrales de una colina. Sabía que el profesor no podía haberlo visto;

era consciente de que su equipo de visión era más potente que el de él, aunque desconocía la terminología. Su primer impulso fue gritar para advertirlo a los demás, pero, afortunadamente, antes de gritar vio con más claridad lo que había en la colina. Un instante le bastó para identificarlo. Era una criatura como ella y, dado que toda la comunidad de Fagin estaba alrededor del profesor, ello significaba que debía ser uno de los guerreros de Swift. En aquel momento no se preocupó de cómo había podido llegar tan inmediatamente tras la evaporación del agua.

Hablando muy bajo, para no interrumpir a Jane, llamó a Nick y a John, que eran los que tenía más cerca.

—No hagáis ningún movimiento que le permita saber que ha sido visto, pero uno de los habitantes de las cuevas nos está observando desde una colina que se encuentra a tres cuartos de milla al noroeste. ¿Qué podemos hacer?

Nick quedó pensativo por un momento.

—Sólo puedo ver a uno. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Tú conoces estos alrededores, pero yo no. ¿Es posible ir por el lado sur o el este de esa colina y dar un rodeo para llegar al otro lado sin ser visto? —John y Betsey lo pensaron durante unos segundos, reconstruyendo en sus mentes las regiones que habían puesto en los mapas desde hacía día y medio. Hablaron casi a la vez y casi con las mismas palabras.

—Sí, por ambos lados.

—Muy bien, hacedIo. Abandonad el grupo sin que se os note…; será mejor que vayáis juntos; el ganado se halla en el lado sur de la colina y creo que algunos de los animales están en su línea de visión. Podéis bajar y quitarlos de su vista, y esperemos que él piense que os dedicáis al pastoreo como todos los días. Una vez que estéis fuera de su vista prendedIo y traedIo aquí… vivo a ser posible. Me gustaría saber cómo ha llegado aquí tan pronto, y lo mismo le pasará a Fagin.

—¿Vas a decírselo a él o a los otros?

—Todavía no. Actuarán con más naturalidad si no lo saben. Además, todavía faltan un par de informes y a Fagin no le gusta que le interrumpan.

—Ya sé que eso ocurre normalmente, pero creo que este caso es especial.

—Lo sea o no vamos a sorprenderle con vuestro prisionero. Coged hachas; parece ser que les impresionan mucho y puede ser que se entreguen con más facilidad.

—De acuerdo —John y Betsey se incorporaron sobre sus patas de caminar y descendieron con naturalidad por la colina en dirección al ganado. Nadie pareció darse cuenta y Nick procuró imitar la actitud

del resto cuando desaparecían de su vista.

Capítulo 7 — Adquisición; inquisición; instrucción.

Ni Raeker ni su ayudante prestaron atención a la desaparición de John y de su compañera. Estaban muy ocupados manejando las cámaras y las grabadoras. Easy y su compañero podían ver ahora al grupo de la superficie indirectamente, pero ninguno de ellos estaba lo suficientemente familiarizado con las actividades rutinarias de los pupilos de Fagin para poder notar algo fuera de lo ordinario. Por otra parte, prestaban mucha atención a los informes geográficos con la esperanza irrazonable de poder reconocer parte del paisaje descrito.

El batiscafo se hallaba ahora en lugar alto y seco. El río que les había arrastrado había desaparecido al iniciarse el día y la nave había rodado de manera poco confortable, aunque, afortunadamente, despacio, hasta el pie de un montículo que Easy había bautizado en seguida como monte Ararat. Los niños habían tenido algunos problemas, pues no era sólo su primer contacto visual con los nativos, vía la sala de observación del Vindemiatrix, sino también su primera vista de la superficie sólida de Tenebra… si se exceptúa el fondo de un lago y de un río. Estaban atentos a ambas escenas de la mejor forma que podían, uno en la ventana y otro en la pantalla, pero ambos intentando informar verbalmente al otro, con la consiguiente confusión de resultados. Su gritos llegaban a Raeker y a los que se encontraban en la sala de observación, añadiendo otro poco de confusión a la que ya reinaba allí. Racker no se atrevía a cortarlos, en parte atendiendo a su nivel de moral y en parte porque siempre era posible que el que se encontraba en la ventana pudiera dar alguna información. Esperaba que el registro de los informes de los nativos fuera inteligible a los geólogos.

Jane acabó su relato y Raeker le hizo una o dos preguntas sobre puntos que no había entendido del todo, retirándose fuego para que Oliver mostrara su mapa. El ayudante de Raeker la fotografió mientras que él se preocupaba de que la cinta registradora funcionara correctamente, y los dos se relajaron de nuevo… o se acercaron a la relajación en la medida que lo permitía la confusión reinante, Racker casi estaba dispuesto a decidir que su presencia no era necesaria y que podría recuperar parte del sueño perdido.

No había dicho nada sobre ello, empero, cuando el cavernícola vio a John. A los tres segundos, al biólogo se le había quitado totalmente toda gana de dormir.

Reaccionó de inmediato. Había estado escondido en la vegetación hasta el punto que su anatomía se lo permitía; ahora se levantó sobre

sus patas posteriores y comenzó a caminar. John se hallaba al suroeste de él, mientras que Fagin y el resto estaban al sureste; se encaminó hacia el norte. Inmediatamente Betsey se le interpuso en esa dirección y el cavernícola se detuvo, momentáneamente confundido. Nick, que no había perdido de vista la cresta del cavernícola desde que Betsey se lo había señalado, interpretó la situación correctamente, aunque no podía ver ni a John ni a Betsey. Se levantó, interrumpiendo de forma poco ceremoniosa a Oliver, y comenzó a dar órdenes. Los otros quedaron sorprendidos, pero reaccionaron con no demasiada confusión; a los pocos segundos todos corrían por la colina hacia el punto en el que había desaparecido el cavernícola, dejando a los observadores humanos haciendo preguntas inútiles por los altavoces de su robot. Viendo la poca utilidad de sus palabras, Racker mandó al robot en la misma dirección que sus pupilos y utilizó un lenguaje que levantó las cejas de Easy mientras la máquina quedaba más detrás. Nick y sus amigos desaparecieron por la colina en la que se había escondido el habitante de las cuevas y ni siquiera sus gritos superaban a los que estaba dando Raeker desde la sala de control.

Fue Easy quien hizo entrar sus palabras por canales más constructivos, menos porque estaba sorprendida que porque era curiosa.

—¡Doctor Raeker! ¡Oí que uno de ellos decía que había que capturar a un cavernícola! ¿Cómo llegó uno allí tan pronto? Creí que usted había dicho que los había dejado detrás de un río.

La pregunta de la niña era tan exacta a la que él mismo se estaba haciendo, que de momento no dio ninguna respuesta; pero al menos dejó de hablar y hasta se puso un poco colorado.

—Eso me pareció, Easy. Yo tampoco sé cómo nos encontraron; siempre pensé que esto estaba muy lejos de sus tierras y no comprendo cómo podían conocer un atajo por los alrededores del río… no comprendo cómo podía existir tal cosa; ese río tenía una milla de anchura. Tendremos que esperar a que regresen Nick y los otros; puede que traigan un prisionero a quien preguntar.

—Supongo que ésa es su idea; creo que dijo «capturar» y no «matar».

—Así es. Podremos verlos en uno o dos minutos cuando el robot suba esta colina, a menos que entre tanto se hayan ido a otra.

Pero no lo habían hecho; los observadores humanos tuvieron una buena vista de la caza, aunque no hubo mucho que ver. El valle en el que el cavernícola se había ocultado estaba rodeado de las bajas y redondas colinas tan típicas de la mayor parte de Tenebra; John y Betsey habían conseguido llegar a lo alto de dos de éstas antes de ser vistos, por lo que tenían gran ventaja sobre el cavernícola antes de que éste empezara a correr.

Había intentado varias veces pasar entre los grandes espacios que existían entre Betsey y John y entre éstos y el grupo principal, pero a los pocos momentos de cada carrera comprendió que le alcanzaban. Cuando el robot se puso a la vista, el cavernícola estaba en el centro del valle mientras que los pupilos de Fagin cerraban el cerco rápidamente. Se estaba preparando para una carrera final a través de cualquier hueco que se pudiera hacer una vez que los perseguidores se hubieran acercado tanto que sacrificaran así la ventaja de su elevación. También debía estar preparándose para luchar; era dos pies más alto que Nick y sus amigos y tenía dos lanzas cortas que parecían eficaces.

Daba la impresión de que Nick hubiera recibido conocimientos elementales en tácticas militares, así como en diplomacia. Detuvo a su pueblo a unas cincuenta millas del perseguido y los colocó en un círculo más espacioso. Cuando éste se hubo completado, comenzó a hablar en el lenguaje de Swift.

—¿Crees que podrás escapar de nosotros?

—No lo sé, pero alguno de vosotros lamentará haber intentado detenerme —respondió.

—¿Y de qué te servirá si mueres? —el explorador no fue capaz de encontrar una respuesta, la pregunta en sí pareció asustarle. La respuesta parecía tan obvia que no se tomó el trabajo de ponerla en palabras. Pero lo estaba intentando cuando Nick continuó— Ya sabes que Fagin dijo que quería enseñar a Swift lo que él quisiera saber. No quería luchar. Si bajas tus lanzas y vienes a hablar con él no te heriremos.

—Si tu profesor quería ayudarnos, ¿por qué escapó?

Nick ya tenía preparada su respuesta.

—Porque lo habíais apartado de nosotros y también quería enseñarnos. Cuando llegué a vuestro poblado vino conmigo para ayudarme a escapar. Me ayudó a pasar el río, lo que no hubiera conseguido de haber ido solo. Cuando atacasteis nuestro poblado él quería que habláramos con vosotros en lugar de luchar; pero no nos disteis oportunidad —se calló, pensando que su antagonista necesitaría tiempo para pensar, pero en seguida le hizo otra pregunta.

—¿Haréis todo lo que os diga vuestro profesor?

—Así es —Nick no mencionó las veces que había dudado si obedecer las órdenes de Fagin; pero, para ser honestos, ni siquiera las recordó en aquellos momentos.

—Déjame oírle cómo te dice que no me haréis daño. Viene hacia aquí. Le esperaré, pero no me desharé de las armas hasta que no esté convencido de que no las voy a necesitar.

—Pero no conoces nuestro lenguaje y no sabrás lo que nos está diciendo.

—Aprendió alguna de nuestras palabras mientras estuvo con nosotros, aunque no podía pronunciarlas bien. Creo que podré preguntarle si va a herirme o no y que podrá decir sí o no.

El explorador quedó en silencio, observando la aproximación del robot y asiendo con firmeza cada lanza con dos manos. Estaba dispuesto a batirse con ellas, no a tirarlas.

Incluso Raeker pudo ver cómo se preparaba mientras se acercaba el robot al círculo y se sintió un poco inquieto; si ocurría cualquier cosa, tardaría dos segundos en reaccionar. Como en muchas otras ocasiones anteriores, deseó que el Vindemiatrix estuviera en órbita justo al lado de la atmósfera de Tenebra y con tres o cuatro estaciones intermedias que se ocupasen de los problemas causados por el horizonte.

—¿Qué ha ocurrido, Nick? ¿Va a luchar?

—No, si le convences de que no es necesario —contestó Nick. Le contó las últimas afirmaciones del cavernícola—. No sé qué hacer con él ahora que lo tenemos —acabó.

—Yo no diría que lo tenemos realmente —contestó secamente Raeker—; pero comprendo el problema. Si le dejamos ir, Swift caerá sobre nosotros en unas horas. Si no, tendremos que vigilarlo constantemente, lo que es una molestia, y podrá escaparse en cualquier momento. No hay excusa, desde luego, si le matamos.

—¿Ni siquiera después de lo que les ocurrió a Alice y Tom?

—A pesar de ello, Nick. Creo que vamos a tener que dejarlo en libertad y enfrentarnos al hecho de que Swift sabrá dónde nos encontramos. Déjame pensar.

El robot quedó en silencio, pero no los hombres que lo controlaban; mientras los nativos esperaban, se propusieron, discutieron y rechazaron planes a una gran velocidad. Easy no había cortado la comunicación, pero no ofreció ninguna idea. Hasta los diplomáticos, que podían oírlo todo desde la sala de comunicaciones, se quedaron callados.

El cavernícola no había podido seguir la conversación entre Nick y el profesor, y al cabo de un minuto de silencio pidió que se le tradujera. Se las arregló para pedirlo de forma que Nick, cuando le proporcionó la información requerida, sintió que estaba reparando una omisión en lugar de concediendo un favor.

—Fagin está decidiendo lo que podemos hacer. Dice que no debemos matarte.

—Haz que me lo diga a mí. Podré comprenderle.

—No se interrumpe al profesor cuando está pensando —respondió Nick.

El cavernícola quedó impresionado, o por lo menos no dijo nada hasta que el robot volvió a hablar.

—Nick —la voz de Raeker resonó en la densa atmósfera—, quiero que traduzcas con mucho cuidado lo que le voy a decir. Hazlo palabra por palabra, siempre que las diferencias de lenguaje te lo permitan; y no digas nada por ti mismo, porque hay alguna información que no tenemos tiempo para decirte ahora.

—De acuerdo, profesor.

Todos los del círculo concentraron su atención en el robot; pero si el explorador se dio cuenta de ello, no hizo ningún esfuerzo para sacar ventaja de la situación. También escuchó, haciendo grandes esfuerzos por sacar algún sentido, no sólo de la traducción de Nick, sino del discurso humano. Raeker habló lentamente, con muchas pausas, para que Nick pudiera hacer su trabajo.

—Ya sabes —comenzó— que Swift me quería en su poblado para que yo pudiera enseñarle a él y a su pueblo a hacer fuegos, apacentar ganado y el resto de cosas que ya he enseñado a mi propio pueblo. Yo quería hacerlo, pero Swift pensó, por algo que Nick dijo, que mi pueblo se opondría, y por eso luchó cuando no era necesario que así fuera. No tendría importancia ahora si no fuera porque retrasa algo vital para Swift y para nosotros. Hasta ahora, lo único que he sido capaz de dar es conocimiento. Era el único de mi pueblo aquí y no podré regresar, por lo que no podía dar más cosas. Ahora han venido otros de mi pueblo. Van montados en un gran objeto que han hecho; no tenéis ninguna palabra para ello porque no se la he dado a Nick y no creo que el pueblo de Swift tenga una cosa como ésa. Es algo que nosotros hicimos, igual que vosotros podéis hacer un cubo o una lanza, y que es capaz de llevarnos de un sitio a otro, pues el lugar de donde vengo está tan lejano que nadie puede llegar andando, está tan arriba que sólo un flotador podría coger la dirección correcta. Los que vienen serán capaces de ir y venir en esa máquina y podrán traer cosas, como mejores herramientas, para todos vosotros, llevándose a cambio quizá cosas que queráis darles. Sin embargo, la máquina no funciona muy bien: es como una lanza con la punta rota. Bajó hasta donde vosotros vivís, pero no podemos hacer que flote de nuevo. Mi pueblo no puede vivir en el exterior, por lo que no pueden arreglarla. Necesitamos la ayuda del pueblo de Nick y, si queréis dárnosla, también la vuestra. Si podéis encontrar la máquina en la que se encuentran mis amigos y aprender lo que os diga para arreglarla, podrán regresar de nuevo y traer cosas para todos vosotros; si no podéis o no queréis, mi pueblo morirá aquí y no habrá conocimiento ni siquiera para vosotros… pues ya sabéis que yo también moriré algún día. Quiero que lleves este mensaje a Swift y luego, si él te deja, que vuelvas con la respuesta. Me gustaría que él y su pueblo me ayudaran a encontrar la máquina y, cuando se haya encontrado, los pueblos de Nick y Swift pueden colaborar juntos para arreglarla. No

tiene por qué haber más luchas. ¿Lo harás?

Nick lo había traducido palabra por palabra, en cuanto se lo permitía su conocimiento del lenguaje de Swift. El explorador, al final, quedó en silencio durante medio minuto. Todavía sostenía sus armas con firmeza, pero Raeker se dio cuenta de que su actitud con ellas era menos agresiva. Podía ser un espejismo, por supuesto; los seres humanos tienden a creerse las cosas que desean así como los drommianos se creen lo primero que se les ocurre.

Luego el explorador comenzó a hacer preguntas y el juicio de Raeker sobre su inteligencia subió varios puntos; había tenido antes la inclinación de tomarlo como un salvaje típico.

—Si puedes saber que algo va mal en la máquina de tus amigos es porque puedes hablar con ellos de alguna forma.

—Sí, nosotros… yo puedo hablarles.

—Entonces, ¿cómo es que necesitas buscarles? ¿Por qué no pueden decirte dónde están?

—No lo saben. Bajaron a un lugar en el que no habían estado nunca antes y flotaron en un lago durante cinco días. La última noche fueron arrastrados por un río. Estaban en el fondo y no podían ver por dónde iban; además, no conocían el lugar, ya te dije que no lo habían visto antes. El río ha desaparecido y pueden ver los alrededores, pero no les sirve de nada.

—Si puedes oírlos, ¿por qué no puedes ir adonde están? Yo puedo encontrar cualquier cosa que oiga.

—Hablamos con las máquinas mientras viajan. Las máquinas hacen una especie de ruido que sólo puede ser oído por otra máquina y que viaja mucho más rápido que la voz. Esa máquina puede hablar conmigo; pero se encuentra muy lejos para poder decirnos con exactitud dónde está. Lo único que podemos hacer es dejarla que nos diga que paisaje puede ver; entonces yo puedo decíroslo a vosotros y vosotros podéis empezar a buscarla.

—¿Ni siquiera sabes lo lejos que está de aquí?

—No con exactitud. Estamos bastante seguros de que no está demasiado lejos… no a más de dos o tres días de camino, y probablemente a menos. Cuando empecéis a buscarles podemos decirles que enciendan luces como éstas… —los focos del robot se encendieron brevemente—, y así seréis capaces de verlas desde muy lejos.

El cavernícola quedó pensativo durante otro minuto y luego cogió sus armas en posición de transporte.

—Le diré tus palabras a Swift, y si él tiene palabras como respuesta, te las traerán. ¿Permaneceréis aquí?

La pregunta inquietó un poco a Raeker, pero no vio otra alternativa que contestar «sí». Luego se le ocurrió otra idea.

—Si no estamos aquí, ¿tardaréis mucho en encontrarnos? —preguntó—. Tú llegaste a este lado del río y a la vista de mi gente mucho más rápido de lo que esperábamos. ¿Encontrasteis algún medio de cruzar el río antes de que fuese de día?

—No —contestó el otro con una franqueza sorprendente—. El río tuerce al norte en dirección de tierra adentro no muy lejos del lugar por el que vosotros cruzasteis y continúa en esa dirección durante bastantes millas. Varios de nosotros lo seguimos con la orden de detenernos en varios puntos, cruzarlos en cuanto se secaran y caminar hacia el mar hasta encontrar vuestro rastro.

—Entonces otros se cruzarían posiblemente con nuestro rastro —todos los que estuvieran más al sur— y ya nos localizaron.

—Sin duda. Nos deben estar viendo ahora, o puede que hayan visto cómo me atacabais, y se habrán ido para contárselo a Swift.

—Conocíais la curva del río. ¿Estabais familiarizados con lugares tan alejados de vuestras cuevas?

—Nunca hemos cazado aquí. Pero cualquiera puede decir el curso de un río y dónde habrá probablemente colinas y valles.

—Es lo que mi pueblo llama tener ojo para el campo. Ya comprendo. Gracias; será mejor que vayas y le des el mensaje a Swift antes que llegue dispuesto a vengar el ataque a uno de sus hombres.

—Muy bien. ¿Me contestarás antes a una pregunta? A veces dices «yo» y a veces, sin querer significar con ello que te refieres a ti y a tu pueblo de aquí, «nosotros». ¿Por qué? ¿Hay más de uno dentro de ti?

Nick no tradujo la respuesta; la respondió él mismo.

—El profesor siempre ha hablado de esa forma —dijo—. A veces también se lo hemos preguntado, pero nunca nos lo explicó… sólo dijo que no era nada importante de momento. Puede ser que Swift pueda conseguirlo —Nick no vio ningún mal en lo que habría llamado psicología si hubiera conocido la palabra.

—Puede ser.

El explorador se dirigió hacia el sur sin decir nada más y el resto del grupo, que hacía ya tiempo que había roto el círculo y se había instalado junto al profesor, le vieron alejarse.

—Me pareció muy acertado, doctor Raeker. ¿Podemos mantener los focos encendidos desde ahora? —fue Easy quien rompió el silencio.

—Todavía no —dijo Raeker pensativamente—. Quisiera estar seguro de que quiero que Swift nos encuentre, en lugar de querer mantenernos lejos de un posible ataque.

—¿Qué? —la voz de Aminadabarlee era mucho más aguda y gritona de lo usual. ¿Admite usted que está utilizando a mi hijo como un cebo para mantener a esos salvajes lejos de su pequeño proyecto? ¿Qué toma a esos nativos ridículamente formados como más importantes que un ser civilizado simplemente porque está

enseñándoles desde hace unos años? Había oído decir que los seres humanos tienen sangre fría, y que los científicos en mayor proporción, pero nunca hubiera pensado esto, ni siquiera de los seres humanos. Esto llega al límite. Canciller Rich, quiero pedirle permiso para utilizar el acelerador; voy a ir a Dromm e iniciaré nuestro propio trabajo de rescate. He confiado demasiado tiempo en sus hombres. Voy a acabar con esto… ¡Y lo mismo hará el resto de la galaxia!

—Excúseme, señor —Raeker comprendió mejor el problema que representaba el drommiano—. Puede ser que, aunque no confíe en mí, escuchará al menos al canciller Rich, cuya hija está en la misma situación que el suyo. El podrá explicarle que los «ridículos nativos» de cuya seguridad me preocupo son los únicos seres del universo que están en disposición, o casi en disposición, de rescatar a esos niños; y habrá notado que no le di al salvaje la más mínima descripción de los lugares que rodean a Easy y Mina. Estoy seguro de que apreciaremos la ayuda de su planeta, pero ¿cree que podrá llegar a tiempo? ¿Antes de que la niña humana haya sido afectada por la gravedad extra o que su hijo haya excedido el límite de su raza en cuanto a deficiencias de vitaminas y oxígeno? No le hago estas preguntas para herirle, sino en un esfuerzo por conseguir de usted la máxima ayuda que pueda prestarnos. Si puede hacer algo más aparte de mantener el ánimo de su hijo permaneciendo en donde él pueda verte y oírle, por favor, díganoslo.

El rostro de Rich podía verse detrás del drommiano en la pantalla y Raeker comprobó que el diplomático humano asentía y mostraba una inmediata sonrisa de aprobación. No se le ocurrió añadir nada y permaneció prudentemente en silencio. Sin embargo, antes de que Aminadabarlee encontrara palabras para responder, habló Easy.

—No se enfade con el doctor Raeker, por favor; Mina y yo comprendemos lo que está haciendo y nos gusta Nick —Racker se preguntó qué había de verdad en ello; no estaba tan seguro de si mismo como hubiera querido y los niños no habían hablado todavía directamente con Nick, aunque hacía un par de horas que le habían oído a él y a su pueblo. No cabía duda de que Easy era la hija de un diplomático. Raeker ya sabía que su madre había muerto cuando ella tenía un año y que había viajado con su padre desde entonces. Parecía haberse convertido en un diplomático competente—. Además, no importaría que Swift nos encontrara —continuó—. ¿Qué podría hacernos y por qué?

—Amenazó con prender fuego al robot si no le acompañaba al poblado de las cuevas —replicó el drommiano—, y si hace lo mismo con el batiscafo si no podéis decirle algo que quiera conocer, os encontraréis con el mismo problema.

—Pero él sabe que Fagin no habla su idioma y fue paciente

tratando de enseñárselo durante las tres semanas que estuvo con él. ¿Por qué iba a ser menos paciente con nosotros? Queremos enseñarle cualquier cosa que sepamos y podemos hablar con él con menos problemas que el doctor Raeker…; por lo menos no habrá demora.

Un agudo sonido de Aminadorneldo siguió, y posiblemente apoyó, al argumento de Easy; Aminadabarlee se enfrió visiblemente. Raeker se preguntó, cuánto tiempo duraría. Al menos, por el momento, estaban a salvo los asuntos políticos; volvió su atención hacia Tenebra y Nick.

Este había ordenado a su grupo que regresara al punto de origen, mandando a dos por delante, pues el ganado había estado mucho tiempo sin protección. Nick permaneció al lado del robot esperando algún comentario o instrucción. Raeker no tenía ninguno, pero le hizo una pregunta.

—¿Qué piensas de ello, Nick? ¿Regresará o vendrá con nosotros?

—Lo sabes tan bien como yo.

—No es cierto. Tú pasaste mucho tiempo con Swift y su gente; si alguno de nosotros los conoce ése eres tú. ¿Estuve acertado al jugar con su deseo por las cosas que podíamos llevarle? Comprendo que él quería conocer cosas como el fuego; pero ¿no crees que es por las cosas que vio que podía hacer con él?

—Me parece muy probable —admitió Nick—, pero no creo que sea posible estar seguro de lo que otro piensa o quiere hacer.

—Ni yo, pero alguno de mi pueblo lo está intentando.

Los dos continuaron tras el resto del grupo, notando apenas los pequeños estremecimientos que rompían algunas de las plantas más frágiles que les rodeaban. Nick, casi sin pensarlo, iba recogiendo leña al tiempo que caminaba, hábito de años que se había desarrollado entre los habitantes del viejo poblado una vez que se había acabado el combustible más cercano a la colina en que habitaban. Ya tenía un hato en sus cuatro brazos cuando se reunieron con los otros. Los apiló con el resto; el ganado había sido comprobado y se había recuperado a los extraviados; luego Fagin pidió una reunión.

—Todos oísteis lo que le dije al hombre de Swift sobre la máquina que había encallado en algún lugar cercano con gente de mi pueblo dentro de ella. Morirán si no se la encuentra y arregla pronto. Sabéis tan bien como yo que el rescate de gente en peligro tiene más importancia que cualquiera otra cosa; por ello, vamos a abandonar toda actividad, excepto las vitalmente necesarias, mientras busquemos esa nave.

»Os daré una descripción tan completa como sea posible del lugar en el que se encuentran. Comprobaremos todos los mapas buscando lugares similares —os ayudaré en eso porque puedo hacerlo más rápido— y luego iréis por parejas a comprobar los lugares elegidos. Si

no los encontramos se procederá a hacer mapas a la máxima velocidad excluyendo cualquiera otra actividad científica. Durante el resto del día Betsey y Nick se ocuparán del campamento y el ganado; los grupos de búsqueda estarán compuestos por Oliver y Dorothy, John y Nancy, y Jim y Jane. Asignaré un área a cada uno tan pronto como se haya hecho la comprobación de los mapas; entre tanto podéis reunir leña por la noche.

El grupo se dispersó obedientemente.

Los geólogos del Vindemiatrix tuvieron que buscar semejanzas durante algún tiempo entre los mapas y la no muy completa descripción de Easy de los alrededores del batiscafo; habían dado con cuatro o cinco posibles localizaciones, pero ninguna de ellas les complacía demasiado. Sin embargo, cuando se fijó una sexta posibilidad, Raeker llamó a los grupos de exploradores y asignó dos de las áreas posibles a cada uno. Como es natural, todas se encontraban en la dirección del antiguo poblado, pues los mapas se habían hecho radialmente desde ese punto en los dos o tres años que llevaban empleados en el proyecto cartográfico. Todos estaban en el lado más cercano a esa región, pues los hombres que habían buscado similitudes con los mapas estaban influenciados por la idea de que el batiscafo debía haber sido arrastrado hacia el mar en la noche que se movió. Parecía suficiente, además, con que para esa parte del plan se emplease un día para ir, otro para explorar y otro para regresar. En ese tiempo Swift ya habría vuelto con su gente y la velocidad de búsqueda podría aumentarse. Por eso se había quedado Nick en el campamento, pues podía necesitársele como intérprete.

Ya se habían impartido las instrucciones, comprobado los mapas de los viajeros, examinadas las armas y los grupos ya habían partido. Nick y Betsy, al lado del robot, les vieron alejarse; muy lejos de allí, Raeker abandonó por fin la sala de observación para dormir un poco. Los diplomáticos permanecieron despiertos y hablando con los niños mientras éstos describían a los animales que veían de vez en cuando. De esta forma inactiva pasó un día, una noche y parte de otro día de los de la nave, mientras los equipos de búsqueda se dirigían enérgicamente hacia las áreas asignadas.

Ya habían pasado veintisiete días en la nave desde el accidente del batiscafo, pero por lo que respecta a Nick era la tarde del séptimo día. Los niños, comprensiblemente estaban impacientes; los padres tenían que explicarles una y otra vez que pocas posibilidades había de que fuesen encontrados al principio de la búsqueda. Por lo menos ese día, el humano y el drommiano se encontraban totalmente de acuerdo. Sin embargo, a pesar de esa unidad de esfuerzos, los niños tendían a pasar más y más tiempo en la ventana conforme avanzaba el día y de vez en cuando Easy sacaba a colación el tema de encender los focos

para guiar a los buscadores que pudieran estarse aproximando. Su padre tuvo que advertirle que Raeker le había dicho que no lo hiciera, pero el biólogo acabó por eliminar esa restricción.

—Eso hará que la niña sienta que participa más de la operación —le dijo a Rich en un aparte—, y no creo que haya más posibilidades, si hay alguna, de que Swift los vea antes que los de nuestro pueblo que los están buscando en este momento. Dejémosla jugar con las luces.

Easy, felizmente, hizo pleno uso de su permiso y el batiscafo pareció más brillante que la luz del día —pues la luz del día era mucho más oscura a los ojos humanos— en la superficie de Tenebra. Rich no se sintió muy feliz con el permiso; pensaba que daba ánimos a la niña en su irrazonable esperanza de un rescate inmediato y tuvo miedo de los efectos de la desilusión.

—Escúcheles —gruñó—. Se gritan el uno al otro cada vez que algo se mueve a media milla. Si pudieran ver algo más lejano todavía sería peor…; gracias al cielo están usando sus propios ojos en lugar de las fotocélulas del robot. Estarán así hasta que se duerman; luego comenzarán de nuevo al despertar…

—Estarán bajo el agua entonces —señaló Raeker calmadamente.

—Y siendo arrastrados de nuevo, supongo. Entonces es cuando se juntarán todas las piezas y tendremos un par de niños gritones que probablemente comenzarán a tocar conmutadores a derecha e izquierda en la esperanza de que algún milagro les conduzca a casa.

—No sé qué decir con respecto al drommiano, pero creo que trata a su hija injustamente —replicó Raeker—. Nunca he sabido mucho de niños, pero me parece muy notable para su edad. Aunque no confíe en ella, será mejor que no se lo haga saber.

—Lo entiendo, y nadie confía en ella más que yo —contestó fatigadamente—. Pero sólo es una niña y muchos adultos ya se hubieran resquebrajado. Puedo nombrar a uno que ya lo está haciendo. Escúcheles.

Los penetrantes tonos de Aminadorneldo se oían por el altavoz.

—Hay algo por ese lado, Easy. ¡Ven a verlo!

—De acuerdo, Mina. Espera un minuto —pudo verse un instante la pequeña forma de Easy pasando ante la pantalla por la sala de control desde un lado a otro de la nave y diciendo al pasar—: Probablemente será otra de esas cosas comedoras de plantas que son tan grandes como la gente de Nick. Recuerda que los que queremos se mantienen erguidos sobre un extremo.

—¡Este lo hace! ¡Mira!

—¿Dónde? —se produjo un momento de silencio en el que Aminadorneldo debía estárselo señalando; luego se oyó la voz de la niña—: No veo nada, sólo un montón de arbustos.

—Se parecía a Nick. Se detuvo ante ese arbusto durante un momento y nos miró; luego se fue. Lo vi.

—Bueno, si no te has equivocado, volverá. Quedémonos aquí y lo veremos.

Rich miré a Raeker y agitó su cabeza con desgana.

—Eso… —comenzó a decir, pero se detuvo. Su frase fue interrumpida por un grito repentino que surgió del altavoz, tan agudo que por un momento ninguno de los dos pudo decir quién lo había lanzado.

Capítulo 8 — Radiación; evaporación; advección.

John y Nancy hicieron rápidos progresos hacia el oeste. Tan largo viaje no había resultado especialmente difícil, aunque la mayor parte lo habían hecho sobre una tierra no examinada anteriormente. Lucharon con flotadores y carnívoros un número razonable de veces, comiendo los frutos de sus victorias cuando tenían hambre y hablando más o menos incesantemente. La charla era sobre todo especulación; habían aprendido más sobre la naturaleza de su profesor en los últimos días que en los anteriores dieciséis años, pero lo que habían aprendido parecía plantearles más preguntas. Eran lo suficientemente jóvenes como para impresionarse por eso, de ahí la persistente conversación sólo interrumpida cuando alcanzaban una región que se parecía a la del mapa.

—Debemos haber seguido la dirección muy bien —dijo Nancy tras comparar las colinas que les rodeaban con las indicadas en el mapa—. Queríamos intentar cruzar la región del mapa por aquí —señaló— y sólo parecen quedar una docena de millas hacia el norte. Oliver hizo el mapa de esta zona; no ha cambiado demasiado y no hay dudas de que es la misma. Podemos ir hacia el sur y asegurarnos unas millas más.

—De acuerdo —contestó John—. Aunque nos separemos unas cuantas millas de nuestra zona de búsqueda, ello no impedirá que dejemos de ver la máquina.

Nancy hizo un movimiento que pareció un encogimiento bajo sus escamas.

—No merece la pena que nos esforcemos especialmente. Podremos verlo desde muchas millas si es tan brillante como dijo Fagin. Creo que será mejor que nos concentremos en el mapa ahora hasta que nos aseguremos de que estamos en donde creemos que estamos.

—Fagin habría replicado algo a esa frase —murmuró John—, pero supongo que tienes razón. Continuemos.

Dos millas, veinticinco minutos, una breve lucha y un prolongado estremecimiento en el que se pusieron en una posición en la que se sintieron seguros. A pesar de lo uniforme que era la superficie de Tenebra, moldeada por la solución, y de lo rápidos que eran los cambios, aquella región se parecía demasiado a la de los mapas para que fuese una mera coincidencia. Emplearon cinco minutos en decidir si sería mejor empezar a reunir leña para la noche, para la que no faltaban muchas horas, o acercarse a la primera área de búsqueda

para perder menos tiempo a la mañana siguiente. Eligieron la segunda alternativa y continuaron.

La caída de la noche estaba cada vez más cercana cuando ambos se pararon a la vez. Ninguno necesitó hablar, pues les resultaba evidente que habían visto la misma cosa. Lejos, hacia el sur y algo desviado hacia el oeste, brillaba una luz.

Permanecieron varios segundos mirándola. Lo que veían no era especialmente brillante… sólo lo suficiente para poderlo notar; pero una luz distinta a la del día de Tenebra sólo podía explicarse de muy pocas formas. O eso supusieron, al menos, los pupilos de Fagin.

Tras mirar un momento, cogieron los mapas de nuevo y trataron de localizar en ellos la fuente de luz. Era difícil, pues resultaba casi imposible calcular la distancia. La fuente en sí no era visible, sólo el resplandor que producían en la superficie de Tenebra los fuegos, los focos y Altair. La dirección era la correcta, pero caía dentro de lo posible que la fuente real de luz estuviera, bien fuera del territorio incluido en el mapa o en la región poco señalizada por Nick durante el viaje en el que descubrió el poblado de las cuevas. Era igualmente probable que no pudieran alcanzar el lugar antes de la lluvia, pero tras una breve discusión estuvieron de acuerdo en continuar.

La marcha fue normal al principio, pero luego se hizo más difícil. Esto estaba de acuerdo con lo que recordaban del informe de Nick sobre el viaje. También recordaron su mención de unas formas de vida que habitaban en agujeros y eran peligrosas, pero no encontraron señales de ellas. La luz se hacía cada vez más brillante. Pero durante varias horas no se pudieron hacer una idea de lo que la producía.

Luego comenzaron a tener la impresión de que provenía de un punto que se encontraba por encima de su propio nivel, y a la media hora ambos estaban seguros de ello. Aquello era difícil de comprender; Fagin había dicho que el batiscafo no podía volar porque estaba roto y no existía ninguna mención de alguna colina —al menos no de algo inusual en este aspecto— en la descripción de los alrededores de la máquina. De hecho recordaron que se había establecido que se encontraba en el pie de la colina.

Luego John recordó el relato de Nick acerca de una colina notablemente alta en la región y ambos cogieron los mapas de nuevo. Parecía posible, aunque no seguro, tras una cuidadosa comprobación, que la luz viniera de la colina; si ése era el caso podía quedar alguna posibilidad de que habían hallado el batiscafo. La otra posibilidad que encontraron era que la gente de Swift estuviera allí con algún fuego.

No tardaría mucho en llover y viajar sin antorchas no sería posible. Si el área que tenían enfrente era realmente un campamento de los cavernícolas de Swift, el acercarse a ella con antorchas sería como pedir que les capturasen. El jefe debía haber aceptado la

propuesta de Fagin, por lo que técnicamente eran aliados; pero por lo que John y Nancy sabían de Swift, preferían no arriesgarse. Desde cierta perspectiva no había ninguna razón para que se acercasen, pues estaban buscando el batiscafo en lugar de inspeccionar a los cavernícolas; pero no se les ocurrió tal cosa a ninguno de los dos. Si se les hubiera preguntado, probablemente habrían insistido en que no estaban seguros de que la luz proviniera de la máquina estropeada. De todas formas, continuaron intentando trazar un plan para acercarse a la luz.

Fue Nancy la que finalmente lo esbozó. A John no le gustó y no confió en él. Nancy le recordó, con razón, que sabía más física que él y que si no comprendía lo que estaba diciendo era mejor que confiara en ella. El le replicó, igualmente con razón, que podía ser mejor matemático que químico, pero que conocía la lluvia lo suficiente como para no aceptar ideas como la suya acríticamente. Nancy ganó finalmente la disputa por el método más simple: comenzó a andar sola hacia la luz, dándole a John la oportunidad de seguirla o quedarse. La siguió.

A Raeker le hubiera gustado oír ese argumento. A las criaturas que habían salido de los huevos cascados les había puesto nombre de forma arbitraria y todavía no conocía el carácter real de ninguno de ellos. La exhibición de Nancy de tal característica humana femenina le hubiera resultado fascinante, si no concluyente.

John miraba al cielo con inquietud mientras avanzaban. En su interior sabía perfectamente que la lluvia no podía preverse durante un rato; pero el hecho del desafío de Nancy al fenómeno le hacía anormalmente consciente de él. Cuando aparecieron las primeras gotas estaban lo suficientemente cerca de la luz para ver que había algo entre ellos y la fuente real… brillaba detrás de alguna barrera, posiblemente una colina.

—¿Seguimos adelante o damos un rodeo? —preguntó John cuando esto se hizo evidente—. Si subimos nos encontraremos pronto con la lluvia.

—Esa es una buena razón para hacerlo —replicó Nancy—. Si es el poblado de las cuevas no nos esperarán en esta dirección y pronto verás que tengo razón. Por otra parte, nunca he subido una colina realmente alta y Nick dijo que ésta tenía doscientos o trescientos pies… ¿no recuerdas?

—Sí, pero no estoy tan seguro como tú de que ésta sea la colina de la que estaba hablando.

—¡Mira tu mapa!

—Ya sé que estamos cerca de ella, pero sus notas eran aproximadas, lo sabes tan bien como yo. Una vez que él regresó no hubo tiempo de hacer un mapa decente. Desde entonces nos hemos

dedicado prácticamente a luchar o a viajar.

—No necesitas hacer una tesis con ello. Sigamos —ella inició la marcha sin esperar respuesta.

Durante un tiempo no hubo una elevación apreciable en el nivel general del terreno, aunque el número de montículos era el habitual. La primera implicación que demostraba que Nancy podía tener razón sobre la naturaleza de la colina fue un cambio en la naturaleza de la tierra. En lugar de la usual roca granítica rica en feldespato, y muy agujereada por la solución, predominaba un material mucho más oscuro y bruñido. Ninguno de ellos había visto nunca lava fresca, pues Nick no había traído muestras, y les costó trabajo que sus pies se acostumbraran a ella.

La lluvia ya no estaba muy cercana a la superficie. No había dificultad en evitar las gotas, pues venía más luz de adelante que la que Altair daba a mediodía; el problema era que Nancy no se preocupaba de evitarlas. Teóricamente ella tenía razón; les cubrían burbujas de oxígeno, pero el calor de sus cuerpos las convertía en aire perfectamente respirable. John tardó tiempo en seguir su ejemplo. A los tenebritas les cuesta lo mismo que a los humanos romper con los hábitos.

Gradualmente, la inclinación de la oscura roca comenzó a crecer. Se hallaban en una colina y la luz estaba mucho más cerca. Las rocas marcaban agudamente sus siluetas contra ella mucho más de una milla. Nancy se detuvo, no a causa de la lluvia sino para echar una última ojeada, y entonces ambos notaron algo más.

En primer lugar, las gotas de lluvia no caían rectas; eran arrastradas horizontalmente mientras descendían en la misma dirección en que ellos viajaban. Era razonable si uno se paraba a pensarlo; conocían desde sus primeras clases la existencia de las corrientes de convección y advección. Lo notable era la velocidad; las gotas se dirigían hacia el fuego a unas dos millas por hora. La corriente de aire que las impelía podía realmente ser sentida… y eso era un gran huracán para Tenebra. Si lo que había delante era un fuego, era el mayor fuego que los pupilos de Fagin habían encendido o visto nunca.

—Si Swift encendió eso debe haber prendido toda una sección del mapa —comentó John.

Nancy se volvió hacia él abruptamente.

—¡Johnny! ¿Recuerdas lo que ocurrió la última noche, cuando Nick sacó al profesor del poblado de las cuevas? ¡Encendió una gran parte de la sección! ¿Crees que todavía puede estar ardiendo y haberse desparramado así?

—No sé —John permaneció inmóvil y pensativo durante unos momentos. Luego miró al mapa, fácilmente legible bajo la luz brillante

—. No comprendo cómo pudo ocurrir —dijo al fin—. Estamos más cerca de las cuevas de lo que lo estuvimos esta mañana, pero no tan cerca. Además, la lluvia de la noche habría apagado cualquier fuego si nadie lo estuviera cuidando.

—Pero si fuera lo suficientemente grande agitaría el aire de forma que siempre tendría bastante oxígeno…; siente el viento a nuestras espaldas. ¿Has visto alguna vez algo así?

—No. Debes tener razón, pero podemos ir y verlo; todavía pienso que es más probable que sea Swift. ¿Sigues en tu idea?

—Desde luego, es lo mejor que podemos hacer con el viento llevando las gotas a esta velocidad.

—Espero que tengas tanta razón como lógica.

Continuaron, aunque más lentamente, porque era necesario seguir un camino más tortuoso para, entre las gotas de lluvia, mantener su objetivo a la vista. Las gotas alcanzaban ahora la superficie en gran número y permanecían líquidas, excepto en las partes más directamente expuestas al calor de los cuerpos de los dos viajeros. Les costó más de lo que esperaban cubrir las doscientas yardas de rocas que tenían delante, en las que la ausencia de otra cosa que no fuera la luz más allá de ellas parecía marcar la cima de la colina. En aquel momento Nancy decidió que había que actuar con cautela, pues entraba en acción la parte más peligrosa de su plan.

Al encontrar una gota de lluvia excepcionalmente grande y todavía nubosa que caía a no mucha distancia, se colocó de forma que ésta la envolviese al caer a tierra. Como era natural, el fondo de esa porción esférica de cincuenta pies desapareció en seguida por el calor de su cuerpo; pero al descender más la gota acabó por cubrirla y esconderla. La gran burbuja líquida comenzó a seguir el mismo camino de las otras, moviéndose lentamente hacia la luz, y Nancy hizo todo lo que pudo por seguirla. No resultó tan sencillo como había previsto, a pesar de que el gas que la rodeaba era perfectamente respirable, pues como no se veía nada de los alrededores, era imposible calcular la velocidad de la gota. El viento servía de alguna ayuda, aunque no suficiente, y varias veces John pudo ver su contorno cuando ella se acercaba al borde del volumen de niebla. El permaneció allí, sin considerarse cobarde por ver cómo funcionaba el experimento antes de intentarlo él mismo.

En un sentido, el intento fue un rotundo éxito; es decir, Nancy permaneció consciente en tanto duró la gota. En otro, sin embargo, había un fallo: la gota no duró lo suficiente. Al sufrir el asalto de la radiación de calor de Nancy, y del fuego simultáneamente, desapareció abruptamente en una turbulenta ola final, dejándola a la vista.

Aquello fue menos catastrófico de lo que podía haber sido. Los

tres o cuatro segundos posteriores a la desaparición de lo que la ocultaba, Nancy permaneció en perfecta inmovilidad; luego, sin hacer esfuerzo alguno por desviar la voz de la luz que tenía delante, gritó:

—¡Johnny! ¡Ven rápido!

Se había detenido al borde de un hoyo de lados casi verticales y de dos millas de anchura. Los primeros segundos de silencio los pasó felicitándose por haber tenido la suerte de que su gota no hubiera durado unos segundos más; luego, la corriente de calor que provenía del suelo del cráter, de apenas cien pies de profundidad, la forzó a admitir que no se trataba de suerte. Desde este lugar estratégico podía verse que ninguna gota de lluvia se aproximaba al área, a excepción de las que ascendían la pendiente desde el exterior. Todo el suelo resplandecía y había numerosos trozos con un brillo casi sorprendente. Estos últimos parecían líquidos, aunque el líquido poseía una superficie notablemente aguda y bien definida.

Raeker, e incluso Easy, habrían reconocido en seguida que se trataba de un volcán; pero el fenómeno era completamente extraño a la experiencia y educación de los pupilos de Fagin. Raeker había notado, de pasada, la primera referencia de Nick a la forma cónica de la alta colina de su informe; los geólogos también le prestaron alguna atención e incluso habían situado el fenómeno en la lista de cosas que tenían que ser investigadas concienzudamente; pero las cosas no habían pasado de ahí, Nick no había dicho nada que sugiriera que aquello estaba activo… o al menos nada que los hombres hubieran reconocido como una evidencia de tal cosa; él había mencionado viento. En realidad no fue tan violento cuando él había pasado por allí tres meses terrestres antes. Sólo su talla y forma habían sido dignos de notificar.

—Esto sería un lugar maravilloso para un poblado —comentó John tras unos minutos de silencio—. No necesitaríamos mantener fuegos encendidos.

—¿Te olvidas de la comida? —contestó Nancy—. Las plantas que crecen en esta roca oscura son diferentes de las que conocemos; podría ser que el ganado no las comiera.

—Eso sería fácil saberlo…

—De todas formas no nos interesa eso ahora. La luz no es lo que estábamos buscando, aunque admito que es interesante. Será mejor que prosigamos con nuestro trabajo.

—Está lloviendo —señaló John—, y no creo que podamos proseguir la investigación por la noche con la misma facilidad que por el día. Por lo menos sí parece un lugar perfecto para dormir.

—Eso es cierto… —el acuerdo de Nancy fue interrumpido de pronto.

A unas trescientas yardas a su izquierda, un segmento del borde

del hoyo, de unas cincuenta yardas de largo y diez o quince de ancho, se desprendió y cayó con un ensordecedor estruendo. Con esa gravedad, hasta la atmósfera de Tenebra era un freno inefectivo, y diez o quince mil toneladas de detritus volcánico bien cementado siguieron sin esfuerzo su camino por la corteza roja y caliente, casi de lava, que se encontraba al pie de la plataforma saliente. Los resultados no dejaron dudas sobre el estado líquido del caliente material… o no habría dejado ninguna si los dos exploradores todavía estuvieran mirando. Pero no lo hacían; bajaban la colina en la misma dirección por la que habían venido antes de que la masa de roca se hubiera soltado completamente. Incluso corriendo, John tuvo tiempo para agradecer que el incidente hubiera ocurrido justo en el momento en que Nancy se mostró de acuerdo con él en que el lugar era excelente para acampar. No es necesario decir que no lo mencionó en voz alta. Ni siquiera John se preocupaba de evitar las gotas de lluvia en ese momento, mucho menos de hablar sobre materias irrelevantes.

Descendieron una milla corriendo antes de detenerse. Todavía quedaba suficiente luz para leer los mapas, y a los pocos minutos ya se habían convencido de que se trataba de la alta y cónica colina del informe de Nick. Sin embargo, una vez decidido aquello, ninguno de los dos sabía qué hacer. El impulso natural era regresar al campamento para informar a Fagin de aquello; contra ello se oponía el que tenían que completar otra tarea que era un caso de vida o muerte.

—Esto puede esperar un día —señaló John—. Podemos acampar aquí, investigar mañana nuestras áreas y regresar según lo planeado. No podemos dejarlo todo de lado por un nuevo descubrimiento.

—Imagino que no —concedió Nancy, aunque no muy segura de lo que decía—; pero no podemos acampar aquí. No hay combustible suficiente para doce horas en esta roca negra, ni que decir tiene que no hay para el resto de la noche, y las gotas empiezan a hacerse más claras.

—Ya lo había notado —contestó John—. Entonces será mejor que nos vayamos. Espera un momento, aquí hay suficiente para hacer una antorcha. Vamos a encender una, pues puede que después tengamos poco tiempo.

Nancy se mostró de acuerdo y a los diez minutos estaban de nuevo caminando. John tenía una antorcha y Nancy material para otras dos, todo lo que la vegetación permitía. Se dirigieron a una región en la que, según los mapas, había colinas ligeramente más altas de lo usual, con lo que evitarían encontrarse en un lago por la mañana. Ambos estaban un poco inquietos a pesar del éxito de Nick en su primer viaje durante toda la noche; pero algo les distrajo una vez más antes de llegar a estar realmente preocupados.

De nuevo divisaron una luz frente a ellos. No era fácil percibirla,

pues el resplandor de sus espaldas todavía era muy grande, pero no cabía duda de que existía algún tipo de fuego en alguna de las colinas que tenían frente a ellos.

—¿Vas a actuar con ésta de la misma forma que lo hiciste con la otra? —preguntó John.

Nancy miró a las gotas de lluvia, ahora claramente peligrosas, y no se molestó en contestar. Su compañero tampoco esperaba respuesta y al cabo de un momento hizo otra pregunta más sensata.

—¿Qué haremos con esta antorcha? Si nosotros podemos ver el fuego, cualquiera que esté cerca de él podrá vernos a nosotros. ¿Quieres apagarla?

Nancy miró hacia arriba… o, mejor dicho, dirigió su atención en esa dirección mediante una sutil alteración en las posiciones de sus espinas visuales, que actuaban más como un sistema interferómetro de radio, salvo porque eran sensitivos a longitudes de ondas mucho más cortas.

—Será mejor —contestó—. Hay luz suficiente para evitar las gotas.

John se encogió de hombros y lanzó el pedazo de madera encendida a una gota de lluvia. Los dos se deslizaron hacia la distante luz.

Cuando se aproximaron pudieron ver que se trataba de un fuego ordinario esta vez. Desgraciadamente, no había nada visible a su alrededor y la vegetación no era lo suficientemente densa como para ocultar a cualquiera de talla ordinaria a menos que la estuviera usando deliberadamente para ese propósito. Ello sugería la posibilidad de un problema, y los dos exploradores rodearon la colina en donde se encontraba la hoguera con extrema precaución buscando el rastro de cualquier cosa que hubiera estado por allí en las últimas horas. Como carecían de la habilidad de rastreo de los cavernícolas, no encontraron signos de gente. Tras dos vueltas completas y alguna discusión en voz baja, acabaron por concluir que lo que había hecho el fuego estaba todavía en la colina, pero notablemente bien escondido, o, de no ser ése el caso, el fuego se había iniciado de alguna manera poco usual. La última hipótesis no se les hubiera ocurrido de no ser por su reciente experiencia con el volcán. No había forma de decidirse por una de las posibilidades con el uso exclusivo de la razón. Se imponía una investigación más cercana, y esperando oír en cualquier momento la aguda voz de Swift, la emprendieron. Con sumo cuidado, examinando cada arbusto, ascendieron por la colina.

La subida guardaba más parecido con un experimento científico, su realización eliminó ambas hipótesis y les dejó sin ideas durante un rato. Pero sólo por poco tiempo: cuando los dos llegaron junto al pequeño fuego, que obviamente había sido hecho por manos

inteligentes, oyeron un grito desde la colina siguiente.

—¡John, Nancy! ¿De dónde venís?

Los sorprendidos exploradores reconocieron en seguida la voz de Oliver y, simultáneamente, el hecho de que habían sido un poco apresurados al eliminar posibilidades; era obvio que habían perdido el rastro, pues ni Oliver ni Dorothy podían volar. Ninguno habló de ello en voz alta; todos decidieron para sí mismos que la diferente vegetación del área era la responsable.

Cuando Oliver y su compañera regresaron junto al fuego desde la colina en la que se habían escondido al ver la antorcha de John, al momento quedó claro que también ellos vieron la luz del volcán y se acercaron a investigar. Sus aventuras habían sido muy similares a las de John y Nancy, salvo por el hecho de que no trataron de esconderse en las gotas de lluvia. Oliver y Dorothy habían llegado una hora antes que los otros y encontraron un buen abastecimiento de combustible, por lo que estaban bien provistos para la noche.

—Apuesto a que Jim y Jane están con nosotros antes de que pase la noche —dijo Jane, cuando. ambos grupos habían completado su intercambio de informaciones—. Sus áreas de investigación eran más cercanas a este lugar que las tuyas, Oliver, y a menos que se hayan desviado al venir también deben haber visto la gran luz.

—Puede ser que pensaran que era mejor ceñirse a la tarea asignada —señaló John.

—¿No formaba parte del trabajo investigar las luces brillantes? —replicó su compañera—. En cuanto a mí, si no están aquí en una o dos horas voy a comenzar a preocuparme por ellos. No es posible perder o ignorar esa colina de fuego.

Nadie tuvo una respuesta apropiada para ello, pero nadie quedó realmente impresionado por el razonamiento, pues todos habían pasado cierto tiempo discutiendo la conveniencia de ir a investigar la montaña. En cualquier caso, pasaron las horas sin que apareciesen. Si Nancy estaba preocupada, no lo demostró, ni ninguno de los otros tampoco. Era una noche muy tranquila y no se produjo nada que les preocupara. Las horas pasaban, pero eso era normal; la luz se hizo más brillante, pero se le achacó a la peculiar colina; la lluvia estaba disminuyendo, pero de eso también podía echársele la culpa a la colina de fuego. El fuego consumía el combustible a una velocidad inusual, pero había mucho. Sin duda el viento era el responsable…; ninguno de ellos había experimentado nunca tal viento y una corriente de aire que se pudiera sentir; en realidad podía producir sin duda muchas cosas extrañas. Los cuatro exploradores permanecieron junto al fuego y se adormilaron mientras el viento se hacía más fuerte.

Capítulo 9 — Deducción; educación; experimentación.

—¡Papá! ¡Doctor Racker! ¡Mina tenía razón; es Nick —la voz de Easy rayaba en la histeria. Los hombres se miraron el uno al otro, con el ceño fruncido en sus rostros. Rich le indicó a Raeker con un gesto que se encargara de responder y en su expresión se demostraba elocuentemente la preocupación. Racker asintió y abrió el conmutador del micrófono.

—¿Estás segura de que es Nick, Easy? —preguntó con una voz a la que intentó imprimir un tono flemático—. Ya sabes que tenía que permanecer en el campamento. Hay otros seis que os están buscando, se supone que por parejas. ¿Viste a dos de ellos?

—¡No! —contestó Easy con una voz mucho más calmada. Su padre se hundió en el sillón con una expresión agradecida en su rostro —. Sólo había uno, y lo vi nada más un segundo. Espere… ahí está de nuevo —Racker hubiera deseado ver el rostro de la niña, pero ésta gritaba sus mensajes desde una de las cámaras de observación y se encontraba fuera del campo de visión del transmisor—. Sólo puedo ver a uno de ellos y está casi totalmente escondido tras un arbusto…; sólo la cabeza y los hombros, si así pueden llamarse, sobresalen. Ahora se está acercando. Debe estar viendo el batiscafo, aunque no puedo decir dónde está mirando ni con qué. No estoy segura si es del mismo tamaño, pero sí es de la misma forma. No comprendo cómo puede usted distinguirlos.

—No es fácil —contestó Raeker—. Al cabo de unos años te das cuenta de que hay diferencias en la disposición de sus escamas y espinas, algo así como las diferencias en los rostros humanos. ¿Podrías decirme lo que lleva puesto? Eso será mucho más fácil de describir.

—De acuerdo. Lleva una especie de saco colgado sobre lo que sería la cadera, si tuviera caderas; está sostenido por una cinta que rodea el otro lado de su cuerpo, sobre los brazos de la izquierda. De la parte frontal del saco cuelga un cuchillo y creo que hay otro en una especie de cinta complejamente colocada en el otro lado, pero no estoy muy segura porque viene hacia nosotros en un ángulo que no nos permite una buena visión de ese lado. Lleva cuatro lanzas que se parecen a las que llevaban Nick y los suyos. Cuanto más le veo más se parece a ellos.

—¿No tiene un hacha o algo parecido? —preguntó Raeker.

—Si la tiene, cuelga de la cinta del lado izquierdo, el que no puedo ver muy bien.

—Entonces me temo que vas a tener que comprobar tu afirmación

de que te llevarías muy bien con la gente de Swift. Los míos sólo llevan dos espadas y los grupos de búsqueda llevaban sus hachas con ellos. Si fuera uno de nuestros exploradores llevaría un hacha en una de sus manos izquierdas. Eso significa que tenemos que cambiar nuestros planes un poco; esperábamos que nuestros amigos te encontrarían primero. Supongo que será algún cazador de Swift. Aunque hubieran decidido organizar una búsqueda por su cuenta no habrían tenido tiempo para organizarla.

—¿Va a pasar mucho tiempo antes de que tus grupos de búsqueda regresen al campamento? —preguntó Easy tras pensar unos segundos.

—Me temo que así sea; una semana de las nuestras —pero la respuesta de Swift a Nick llegará antes.

—Espero que no tarden más en este condenado mundo de cuatro días por uno. ¿No le oí decir que aprendió un poco del lenguaje de Swift durante el tiempo que estuvo el robot en las cuevas?

—Así es, pero no mucho; es extremadamente difícil para un ser humano pronunciarlo. Registramos gran parte de él. Podemos darte los sonidos y todo lo que podamos del significado si piensas que te puede servir de ayuda. De todas formas será una ayuda para pasar el tiempo.

El rostro de Easy, con una expresión traviesa, apareció en la pantalla.

—Estoy segura de que será útil. ¿No es cierto, papá?

Hasta Rich estaba sonriendo.

—Lo será hija. Ella aprenderá cualquier lenguaje que pueda pronunciar con tanta rapidez como se lo enseñe, doctor.

—¿Es cierto eso? Nunca le oí hablar otra cosa que el inglés a su hija.

—¿Qué ser humano puede pronunciar el drommiano? sin embargo, lo entiende tan bien como yo.

—Pero apostaría a que no puede pronunciar el tenebrino. Es una especie de gramática con elevaciones que funcionan como declinaciones, y gran parte de la elevación está por encima de la gama vocálica humana. Por supuesto, es joven y hembra, pero estoy seguro de que no pasa de entenderlo.

—Puede que tenga razón. ¿No sería mejor volver a lo que estábamos haciendo? ¿Qué está haciendo ahora el nativo, hija?

—Está rodeando el batiscafo a treinta o cuarenta yardas de distancia, inspeccionándolo supongo. Si nos ha visto a través de las ventanas no ha mostrado ningún signo de ello. Todavía está solo…; sospecho que tenía razón, doctor Raeker; recuerdo que envió a su gente por pares, y si algo le hubiera ocurrido a uno de ellos el otro habría regresado al campo para informarlo antes de proseguir con la búsqueda.

—No estoy seguro de lo que estás diciendo, pero sí de que es uno de los hombres de Swift —contestó Raeker—. Si hace algo nuevo dínoslo enseguida.

—Está desapareciendo por el mismo lugar que vino. No lleva hacha; le hemos visto por todos los lados. Se está haciendo más difícil verlo; desaparece por entre los arbustos y sale fuera de la capacidad de iluminación de nuestras luces. Ahora se ha ido.

Raeker miró al reloj e hizo un rápido cálculo mental.

—Faltan cuatro horas para la lluvia. Easy, ¿dijiste si llevaba antorcha encendida o cualquier otra forma de fuego?

—Seguro que no. Podía llevar cerillas o cualquier aparato para encender fuego en su bolsa.

—La gente de Swift no los conoce. El grupo de Nick sabe hacer fuego mediante fricción, pero estoy seguro de que los otros no han aprendido ese truco todavía. Por lo menos no ayer, es decir, tres o cuatro días de los de la nave. Lo que estoy sospechando es que si el que tú viste no llevaba fuego encendido es porque se encuentra a unas cuatro horas de camino como máximo del grupo principal de Swift; ya debían estar en sus cuevas o cerca de la línea entre esas cuevas y el punto en que Nick y el robot pasaron el río la última noche. Incluso podrían estar más cerca. Será mejor que mantengas los ojos abiertos y nos hagas saber inmediatamente si aparece el grupo principal. Eso nos permitirá hacer un cálculo más exacto.

—Entiendo. Observaremos —contestó Easy—. Pero ¿no podría escuchar mientras hablamos esas cintas de las que me hablaste? Cuanto antes comencemos a oírlas mejor será.

Raeker se mostró de acuerdo con ello, y las siguiente horas pasaron sin ningún incidente. La caída de la noche y de la lluvia llegó sin ningún nuevo signo de nativos; cuando las gotas se hicieron más claras, los niños dejaron de mirarlas. Comieron, durmieron y pasaron la mayor parte del resto del tiempo aprendiendo lo poco que Raeker había grabado del lenguaje de Swift. Easy aprendía muy bien, pero no era la maravilla que su padre afirmaba.

Por la tarde se manifestó una complicación que nadie había previsto, aunque de nada hubiera servido haberlo hecho. El batiscafo comenzó a moverse de nuevo mientras a su alrededor se formaba un río y aumentaba la profundidad. Los niños eran incapaces de sospechar la velocidad, aunque podían ver plantas y otras cosas del paisaje ante el resplandor de sus luces. La velocidad era muy irregular. Aunque hubieran podido informar de algo más preciso que un «a veces una marcha rápida, a veces un deslizamiento, a veces nada de nada», no hubieran estado seguros de que el movimiento había comenzado. Habían puesto su atención en un golpe singularmente duro, y cuando volvieron a mirar al exterior lo que se podía ver ya no

era familiar. Podían haber sido arrastrados un minuto o media hora.

A Raeker le alegró el incidente, aunque Easy estuvo a punto de llorar al principio.

—Esto nos da nuevas posibilidades de que os encuentre nuestra gente antes que la de Swift —señaló—. Los cavernícolas tendrán que localizaros de nuevo, mientras que nosotros nos acercamos cada vez más.

—¿Cómo es eso? —preguntó Easy con una voz cada vez más insegura—. No sabía dónde estábamos antes de que comenzáramos a movernos, no sabemos hacia dónde nos movemos, a qué velocidad, ni cuándo empezamos. Diría que sabemos menos que la noche anterior si no fuera porque usted no puede saber menos de nada.

—No sabemos —concedió Raeker—, pero podemos hacer una conjetura bastante inteligente. Pensamos que estabais a unas cuantas horas de marcha —digamos veinte o treinta millas—, de la línea entre las cuevas de Swift y el campamento de los nuestros. Estamos bastante seguros, aunque no hayamos hecho un mapa de toda la región, de que de esa zona se nutre el océano que encontró Nick. Vosotros vais hacia el mar y me sorprendería mucho que no flotarais en él, si no hoy mismo, al menos en las próximas noches. Eso significa que Nick sólo tendrá que buscar de la costa hacia adentro si no alcanzas el océano esta noche, o a lo largo de la costa buscando luces si lo haces. No creo que os adentréis en el mar; el río perderá su empuje muy pronto una vez que hayáis llegado aquí, y en Tenebra no se puede hablar de viento.

Easy había brillado de alegría visiblemente mientras hablaba el biólogo. Aminadorneldo, también visible en la pantalla, no experimentó ningún cambio de expresión detectable a los observadores humanos, pero ella le había lanzado una o dos miradas y parecía satisfecha por el efecto de las palabras de Raeker sobre él. Luego, un pensamiento pareció agitarla, y en seguida hizo una pregunta.

—Si somos arrastrados al mar, ¿qué podrán hacer los de Nick o cualquier otro? —preguntó—. Estaremos fuera de su alcance y del de Swift, y usted dice que no hay vientos en ese planeta, aunque no sé por qué.

—La presión es tan alta que la atmósfera ni siquiera se acerca a las leyes clásicas del gas —contestó Raeker. No era físico, pero había tenido que responder muchas veces a esa pregunta en la última década y media—, y los pequeños cambios de temperatura que se producen dan como resultado un número todavía menor de cambios de volumen y, por tanto, de densidad y de presión. Pequeñas diferencias de presión significan poco viento. Incluso la fase cambiante, de gas a líquido, produce un cambio de densidad tan

pequeño que las grandes gotas de lluvia son arrastradas como burbujas a pesar de la gravedad.

—Gracias, le sacaré provecho a eso cuando vuelva a la escuela —dijo Easy—. Probablemente tendrá razón, pero no me ha contestado a la pregunta de qué podrá hacer Nick en caso de que lleguemos al mar. Perdóname si parece que intento darle a entender que ha cambiado de tema.

Raeker rió en voz alta por primera vez en muchas semanas.

—Oh, no. No estaba intentando cambiar de tema; me hiciste una pregunta que me han hecho todos los visitantes desde hace dieciséis años, y la contesté sin ni siquiera pensarlo. ¿Pulsaste un botón? Voy a hablar con Nick mañana por la mañana… no podría hacer nada ahora.

—De acuerdo —dijo Easy—. Si tiene esa seguridad no quiero preocuparle. ¿Cómo podremos decirle cuándo hemos alcanzado el mar?

—Flotaréis, de la misma forma que lo hicisteis en el lago, por lo menos cuando el agua comience a evaporarse por la mañana. No me sorprendería que os separaseis del fondo incluso por la noche cuándo alcanzaseis el mar, pero no puedo asegurarlo. No sé en qué porcentaje o con qué rapidez el agua diluye el ácido. Vigila el paisaje y si empiezas a alzarte avísanos.

—De acuerdo. Lo haré en seguida.

Pero todavía estaban en el fondo cuando el batiscafo dejó de moverse. Los seres humanos que se encontraban a ambos extremos de la línea habían dormido mientras tanto, pero allí todavía quedaban unas horas antes de que llegase la luz del día. La corriente se había hecho más lenta y ya no era capaz de arrastrar el gran cascarón. Raeker sospechaba que habían alcanzado el océano, pero no había medio de comprobarlo hasta que fuese de día. El tiempo sobrante se utilizó en el aprendizaje de la lengua; no había nada más que hacer.

Luego la nave comenzó a elevarse suavemente del fondo. El movimiento era tan gradual que los niños tardaron uno o dos minutos en estar seguros de que se estaba produciendo, y pasaron más de tres horas antes de que se pudiera ver el fondo. Incluso entonces no habían alcanzado la superficie, o podría decirse que la superficie no les había alcanzado a ellos. Ya era de día y Raeker había disipado todas sus dudas con respecto al lugar en que se encontraba la nave. El río se había secado con mucha más rapidez el día anterior. Le dijo a Easy lo que iba a hacer, le sugirió que escuchara, y llamó a Nick.

No hubo respuesta inmediata y la visión de la pantalla mostró a Nick y a Betsey cuidando el ganado a media milla. Mandó el robot hacia ellos, repitiendo mientras tanto su llamada en tonos más penetrantes. Ambos pastores agitaron las lanzas en señal de reconocimiento y Nick se dirigió hacia la máquina. Raeker detuvo al

robot, pues ya había visto parte de lo que quería desde el pie de la colina.

Nick le saludó antes de llegar y le preguntó qué ocurría.

—Te lo diré en unos momentos, Nick —respondió—. ¿Puedes ir hasta la vagoneta, coger un cubo y venir hasta aquí?

—Por supuesto.

Nick ascendió a grandes zancadas la colina. Raeker no había hecho que el robot cogiera el cubo a causa de un hábito, muy arraigado, por el que no usaba las partes móviles de la máquina, como el equipo de manejo, cuando no hacía verdadera falta.

Le había dicho que le esperaría en una charca situada, como era usual, en el fondo de un agujero circular. También, como era corriente, sólo llenaba una pequeña parte del agujero, que representaba lo que había quedado cuando el lago nocturno que la había cubierto se secó casi totalmente durante el día. Hacía años que suponía, sobre la base de datos inadecuados pero sin ninguna evidencia contradictoria, que el material era aceitoso… principalmente ácido sulfúrico con un enlace pesado de iones metálicos de las rocas de alrededor que se habían disuelto con la lluvia nocturna, una cantidad equilibrada de los gases atmosféricos. El robot pasó por la charca para asegurarse de la profundidad —la pendiente cambiaba a veces abruptamente en la línea del ácido», por lo que el cálculo a ojo era insuficiente— y esperó a que regresara Nick con el cubo.

—¿Es resistente esto, Nick? ¿Mantendrá el líquido sin perderlo?

Como respuesta, Nick pasó el contenedor de cuero bajo la superficie de la charca, lo levantó rebosante y esperó a que se fuera el líquido de la superficie exterior. Esto ocurrió rápidamente, pues el cuero no estaba húmedo a causa del ácido sulfúrico fumante, y a los pocos segundos sólo una docena de gotas quedaban en la superficie exterior. Nick sostuvo el contenedor en alto durante otro minuto con el extremo de uno de sus brazos, pero nada más cayó.

—Creo que sirve —dijo por fin—. ¿Por qué es importante? Nunca tuvimos que llevar este material muy lejos; hay charcas de él por todas partes.

—No estoy interesado en guardarlo dentro del cubo, Nick. Vacíalo de nuevo —el estudiante obedeció—. Ahora coloca el cubo encima de la charca y déjalo ir…; no, no lo llenes —el retraso en la transmisión hizo que el aviso llegara demasiado tarde. Nick vació el cubo y lo colocó otra vez—. Eso es… arriba de la charca. Ahora déjalo ir —Nick obedeció. El peso de la cinta que servía para manejarlo pronto lo inclinó y penetraron tres o cuatro galones de ácido. Eso le dio el peso suficiente para dejar el borde por encima de la superficie y allí permaneció. Nick estaba asombrado, pues había dado por hecho que

la cosa se iría al fondo.

—Me temo que he sido un poco negligente con tu educación —observó Raeker—, aunque supongo que la ambigua naturaleza de la mayor parte de los líquidos de este planeta me excusan de haber abandonado el principio de Arquímedes. Inténtalo de nuevo, Nick; pero esta vez pon un par de piedras en el cubo primero.

Como era de esperar, en cualquier lugar de Tenebra, excepto en las regiones orogénicas activas, no había piedras en los alrededores; pero llenando la tercera parte del contenedor con pedazos de arbustos, Nick consiguió cumplir con el espíritu de la orden de Fagin. Esta vez el cubo flotó casi verticalmente y gran parte de él quedó fuera del agua.

—Comprueba cuánto más puedes poner sin que se vaya a pique —dijo Raeker.

Nick obedeció sin preguntar el significado del nuevo verbo; quedaba claro por el contexto. Ante su asombro, que no pudo ocultar, comprobó que era posible llenar el cubo con tallos rotos sin hundirlo, aunque una ola de media pulgada hubiera cumplido este fin…, hecho que Raeker procedió a demostrar en seguida. Ante su orden, Nick golpeó vigorosamente con su pie en la charca; las olas pasaron por encima del borde del cubo y éste se fue a pique al momento.

—¿Crees que será posible hacer algo semejante a eso pero que impida que se hundan varias personas? —preguntó Raeker.

Nick no estaba seguro.

—Después de lo que he visto diría que sí —contestó más sensatamente—. ¿Qué beneficio sacaríamos de tal cosa?

Raeker aprovechó la oportunidad, de darle una explicación rápida del principio de Arquímedes más una relación de los informes de Easy, mencionando la breve aparición del cavernícola y concluyendo con la probabilidad de que el batiscafo hubiera llegado al mar. Nick comprendió por sí mismo el resto de la situación y se desbordó un poco en su entusiasmo.

—¡Ya comprendo! —exclamó—. La nave está en el océano, en donde nadie podría alcanzarla, por eso nos has enseñado a viajar por el océano. Podemos alcanzar la nave con este gran cubo que nos has enseñado a hacer y empujar la nave con nosotros al otro lado, donde Swift no podrá molestarnos. Es una buena idea. Comenzaremos a fabricar el cubo tan pronto como regresen los otros; de hecho podemos empezar a recoger cuero ahora mismo…

—Espera un minuto, Nick. Cruzar océanos, aunque sean tan pequeños como probablemente serán los de Tenebra, no es algo que puedas hacer así como así. Hay otro punto a considerar. ¿Qué ocurriría si os desvanecierais en este… este cubo por la noche?

Nick lo pensó un momento.

—¿Por qué, si llevamos leña y antorchas?

—Podríais, pero no es eso lo que importa. ¿Qué le ocurre al océano por la noche?

—Sube de nivel; pero ¿no subiría el cubo con él?

—Me temo que no. Al subir, el océano decrece enormemente en densidad y me temo que bien pronto rezumaría por los lados de vuestro cubo… y ya sabéis lo que ocurrió cuanto eso se produjo aquí enfrente.

—Sí —admitió Nick pensativamente. Se quedó un rato en silencio. Luego se le renovó el entusiasmo—. Espera un minuto. El cubo se hunde porque entra líquido en él y entonces no es más ligero que el líquido que desplaza… ¿No es cierto?

—Sí, es correcto.

—Entonces supón que en lugar de un cubo tenemos una bolsa de aire. Si está fuertemente atada el mar no puede entrar por mucho que se eleve.

—Pero ¿y si el mar llega a no ser más denso que el aire?

—Por lo menos cuando el agua se evapore por la mañana la bolsa flotará de nuevo.

—Todo eso sólo es cierto si la bolsa no tiene escape. No quisiera que arriesgarais la vida permaneciendo en el mar durante la noche, aunque reconozco que tu idea de bolsas en lugar de cubos es buena. Se podría hacer una nave con varias bolsas atadas juntas, pues si alguna de ellas tuviera algún escape el resto le permitiría flotar.

—Eso está claro. Pero ¿por qué no podríamos estar en el mar por la noche? Imagina que anochezca antes de que hayamos cruzado el océano con la nave.

—No cruzaréis el océano. Trabajaréis en él durante el día y volveréis a la orilla de nuevo por la noche.

—¿Te olvidas de Swift?

—Ya me preocuparé yo de él. ¿No piensas mantener el acuerdo que le ofrecimos?

Nick lo pensó un momento.

—Supongo que sí, si él lo hace. Si quien encontró la nave anoche era uno de los suyos puede que haya decidido buscarla él solo.

—Sigo pensando que el encuentro se debió a una casualidad. Si eres tú el que tienes razón solucionaremos ese problema cuando nos enfrentemos a él. Easy dice que quiere conocer a Swift. ¿No es cierto, jovencita?

—Así es.

—¿Te gusta Swift? —preguntó Nick algo sorprendido—. No puedo olvidar que mató a dos de mis amigos.

—Nunca lo he visto —observó Easy—. Admito que no estuvo bien atacar tu poblado de esa manera, pero posiblemente no pudo

encontrar otra forma de conseguir lo que quería. Si eres listo, Nick, seguro que puedes conseguir que él haga lo que tú quieres… haciéndole pensar que está siguiendo sus propias ideas.

—¡Nunca había oído algo semejante! —exclamó Nick.

—Escúchanos si Swift nos encuentra de nuevo —contestó la niña con un tono de confianza que sorprendió a su mismo padre—. Aprenderás algo.

Nick le hizo a Raeker una señal para que cortara la comunicación.

—Espero que esta farsante no se esté volviendo demasiado engreída. Admito que está tratando a Nick tal como yo la he tratado a ella toda su vida; sólo espero que esté a la altura de las circunstancias si la ocasión se presenta. Swift no es humano ni drommiano.

Raeker se encogió de hombros.

—Yo espero que no tenga que intentarlo. Entre tanto, prefiero estimular su confianza que asustarla sin motivo.

—Creo que tiene razón.

Rich miró a la pantalla, en donde la expresión de confianza de su hija persistía, mientras se alargaba sobre el tema ante el sorprendido y todavía dudoso Nick. Raeker, algo divertido, la escuchó un rato. pero luego le sugirió diplomáticamente que le dijera algo sobre construcción de botes; Nick sabía menos de eso que de diplomacia y posiblemente necesitaría más esa información. A Easy no le importaba cambiar de tema siempre que pudiera seguir hablando.

En ese momento Mina, que se había mantenido en su deber de vigilante en una de las ventanas, le dijo que qué pasaba que podía ver la superficie.

Easy dejó de hablar y abandonó la sala de control precipitadamente, regresando al momento para decir que su amigo parecía tener razón. Cuando una observación por las ventanas superiores del batiscafo demostró que éste había emergido, Raeker recordó algo; había perdido la oportunidad de comprobar la misteriosa vida marina de la que había hablado Nick. Aminadorneldo no había mencionado a ninguna criatura durante su periodo de vigilancia, pero Raeker no conocía lo suficiente al joven drommiano para estar seguro de que las habría mencionado si no se le habían dado instrucciones especiales para ello. Pero no era el momento de preguntarlo, ya que la impaciente lengua de Easy estaba ocupada con informes más actuales.

—Estamos más metidos en el mar de lo que usted pensaba, doctor Racker. Apenas puedo ver la orilla con el límite de nuestras luces más potentes. No puedo dar ningún detalle, pero creo que hay algunos puntos, que podrían ser islas, que se interponen entre nosotros y la orilla.

—¿No puede ver Mina algo más?

—Dice que no —respondió Easy tras una breve pausa—. He notado que no puede ver tan bien como yo.

—Comprendo. Supongo que no podrás decir si os estáis moviendo o no.

—El océano está perfectamente liso y no hay olas a nuestro alrededor. No hay nada que lo indique. Sólo pueden verse esas grandes medusas que flotan en el aire. Se mueven lentamente en diferentes direcciones, creo que la mayor parte de ellas en dirección a la costa. Espere que las observe un momento —tardó mucho más de un minuto en regresar y decir que su primera impresión era acertada. Pero aun así admitió que ello no era evidencia de movimiento del batiscafo.

—De acuerdo —dijo Raeker una vez establecido aquello—. De vez en cuando observa el océano para asegurarte de que nada ha ocurrido. Continúa informando a Nick mientras él esté a la escucha. El y Betsey harán lo que puedan, pero no será mucho, hasta que regresen los otros. Probablemente estarán fuera hasta mañana por la noche, me refiero al tiempo de Tenebra… cinco o seis días por tu reloj.

—De acuerdo, doctor. Será más divertido que mirar a esas medusas voladoras.

Raeker cortó la comunicación y se arrellanó pensativamente en su sillón con cierta satisfacción. Todo parecía marchar adecuadamente; quizá con más lentitud de la que le hubiera gustado, pero con toda la rapidez que se podía razonablemente esperar. Su rostro debió mostrar esa sensación, pues sus pensamientos fueron leídos con precisión.

—Le encuentro contento consigo mismo, —el hablante no necesitaba introducirse. Raeker trató de controlar sus gestos y sus sentimientos con escaso éxito.

—No exactamente, canciller…

—¿Por qué no exactamente? —chilló Aminadabarlee—. ¿Por qué tenía que sentir el más remoto signo de satisfacción? ¿Acaso ha conseguido algo?

—Eso creo —respondió Raeker algo sorprendido—. Conocemos con bastante precisión dónde se encuentra su hijo y tendremos allí el equipo de rescate en ocho o diez días…

—¡Ocho o diez días! Y luego tendrá que dar a los miembros del grupo lecciones de ingeniería, y luego esperar a que la instalación de ese ridículo aparato no se haya corroído hasta un punto en el que la respiración sea imposible. ¿Cuánto piensa que durará el rescate real?

—Creo que no puedo arriesgarme a hacer una conjetura —respondió Raeker con la máxima suavidad que pudo conseguir—. Como señaló acertadamente, no podemos saber el daño que ha sufrido la zona de instalación expuesta a la corrosión. Comprendo que la espera no es agradable, pero todo puede estar bien en un mes a partir

de ahora…

—¿Hasta qué grado de estupidez puede llegar un ser humano? —preguntó el drommiano—. Acaba de hablar ahora con ellos y han oído tan bien como yo que la joven humana decía que mi hijo no podía ver tan bien como ella.

—Lo oí, pero creo que se me escapó el significado —admitió el biólogo.

—La vista de los drommianos es tan buena y precisa como la de los seres humanos, si no mejor, y mi hijo siempre ha sido normal para su edad. Si no puede ver tan bien como ella es que algo anda mal; y sospecho que se debe a que la baja concentración de oxígeno le está afectando. Concluyo de ello que sus ingenieros no preveyeron la alteración de ese factor del entorno.

—Probablemente no, pues la tripulación debía estar compuesta de hombres —admitió Raeker—. Y he de reconocer que no veo la emergencia, canciller; trataré de encontrar los medios de acelerar la operación…; por ejemplo, puedo conseguir que los ingenieros me proporcionen fotos de los cables afectados por las puertas abiertas y dar un resumen a Nick de lo que habrá de buscar mientras espera a los otros. Mi relevo vendrá en media hora, probablemente no se opondrán a venir ahora si le llamo. ¿Ha recibido ya algún consejo médico de Dromm? Creo que ha llegado un doctor humano hace unas horas y que está tratando de averiguar lo que se puede hacer con la dieta existente en el batiscafo.

—Eta Cassiopeia está medio parsec más lejos de aquí y no puedo obtener un mensaje con tanta rapidez —admitió el drommiano—. Pero pronto llegará uno.

Raeker se dio cuenta de que había sido un buen paso forzar al no humano a admitir tal cosa; desgraciadamente, admitir errores bajo alguna presión no mejora el temperamento del ser humano medio, y la raza de Aminadabarlee era bastante humana en este aspecto. Podía dejar de insultar de momento; hasta sus costumbres se lo impedían; pero la cólera reprimida era mucho más peligrosa para la paz que su arrogancia usual. Se retiró a su habitación —que al menos tenía una atmósfera adecuada gracias a los «incompetentes» ingenieros humanos — a rumiar su cólera.

Cuando el drommiano se había ido, Racker decidió no llamar a su relevo tan pronto, pero nada más aparecer éste se dirigió a la sección de ingeniería y les hizo la propuesta que, aguijoneado en aquel momento, le había hecho a Aminadabarlee. Sakiiro y sus colegas estuvieron de acuerdo en que podía intentarse y cogieron los anteproyectos para decidir qué cosas podían decir a Nick y la manera más fácil de que la información fuese comprendida.

Dedicaron a esto varias horas. Luego Raeker se fue a comer y

regresó a su habitación para dormir unas cuantas horas. Cuando reapareció en la sala de observación, su ayudante se levantó con alegría.

—Easy tiene algo que informar —dijo—, pero quiere decírselo personalmente —Raeker enarcó las cejas, sintonizó su estación y cogió el micrófono.

—Estoy aquí, Easy —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Quise decírselo a usted porque fue el único que dijo que no nos moveríamos —respondió en seguida la niña—. Nos hemos estado acercando a la costa desde hace cinco o seis horas.

Raeker sonrió.

—¿Estás segura de que no es la costa la que se está acercando a ti? —preguntó—. Recuerda que el nivel del mar tiene un largo camino que recorrer incluso después de tu llegada a la superficie.

—Estoy completamente segura. Hemos sido capaces de mantener nuestra mirada fija en un pedazo de orilla y el mar ha permanecido allí mientras nos acercábamos. Tiene un rasgo que la hace más reconocible, aunque hasta ahora no fuimos capaces de averiguar de qué se trataba exactamente.

—¿Qué es ello? —preguntó Raeker al darse cuenta de que la niña esperaba su pregunta.

Easy le miró con esa expresión que reservan los niños para los adultos que han cometido un error.

—Un grupo de unos cincuenta nativos —contestó.

Capítulo 10 — Comprensión; construcción; inundación.

Nick, por centésima vez, miró hacia el océano y se soltó en improperios. No podía verlo, por supuesto; para que estuviera fuera de su alcance por la noche el campamento había sido colocado fuera de su vista durante el día, pero sabía que estaba allí. Quiso verlo, empero; no sólo verlo sino llegar hasta él. Explorarlo, situarlo en un mapa. La última idea presentaba un problema que ocupó su mente durante algún tiempo antes de abandonarla. Fagin conocería la respuesta; entre tanto había que construir un bote. Eso era lo más molesto. Nada podía hacerse, en realidad, hasta que regresaran los equipos de búsqueda. Mientras el cuidar el ganado y recoger leña ocupase todo su tiempo y el de Betsey no se podría hacer ninguna caza efectiva, y el bote, obviamente, iba a necesitar muchas pieles.

Nick no estaba seguro de cuántas y, para su sorpresa, Fagin se había negado a hacer cualquier conjetura. Era realmente razonable, pues Raeker, que no era un físico, ignoraba la densidad precisa de los océanos y la atmósfera de Tenebra, el volumen medio de cada saco de cuero que había de ser usado en el bote y hasta el peso de sus pupilos. Le había dicho a Nick que lo descubriera por sí mismo, observación que había hecho con mucha frecuencia durante el proceso educativo de sus agentes.

Incluso esto significaba una pequeña cacería, pues no valía la pena sacrificar a un miembro del ganado para el experimento. Betsey estaba explorando ahora los valles de los alrededores con la esperanza de encontrar algo que fuera lo suficientemente grande… los flotadores de la vecindad ya habían aprendido a dejar solos al ganado y a los pastores, y de los que habían muerto o caído en el proceso ya habían dado buena cuenta los comedores de carroña. Aparte de eso, sus pieles eran demasiado frágiles para proporcionar un buen cuero.

No cabía duda de que Betsey encontraría una piel, por supuesto, pero Nick deseaba que se diera más prisa. La paciencia, como hasta Easy había notado, no era uno de sus puntos fuertes.

Ya estaba un poco más calmado cuando ella llegó; no sólo había traído la pieza, sino que le había quitado ya la piel y las escamas… trabajo que a Nick no le habría importado hacer, pero que disminuiría el tiempo que faltaba para el experimento. Betsey, conocedora del propósito que iba a dársele a la piel, se la había quitado con un mínimo de cortes; pero todavía se necesitaban algunos trabajos para convertirla en un saco impermeable al líquido. Tomó cierto tiempo hacer la cola, pero no tanto secarla…; para ser exactos, el material no

se secó del todo, pero formó en seguida un enlace lo suficientemente resistente entre las capas de materiales. Finalmente la obra fue acabada satisfactoriamente y acarreada a la charca en donde el cubo había flotado unas horas antes.

Nick la lanzó al líquido y no quedó tan sorprendido como la primera vez al ver que flotaba; no era éste el punto del experimento. Nick tenía un natural buen sentido del equilibrio, pues había pasado su vida en un mundo de media gravedad en el que la tierra que pisaba era con frecuencia inestable; pero fue vencido al tratar de armonizar sus reflejos con el saco de aire. Aquello rehusaba a permanecer bajo él a pesar de los ingeniosos modos que ideó para que sus ocho miembros sirvieran para controlarlo. Una y otra vez se estrelló sin remedio contra la charca, que afortunadamente sólo le llegaba por la cintura. Un niño de diez años intentando sentarse sobre un balón flotador de playa habría hecho bufonadas semejantes.

Pasó algún tiempo antes de sacar algo constructivo del experimento, pues cada vez que Nick caía a la charca se enfadaba mucho más y tomaba la determinación de triunfar en aquel acto de equilibrio. Tras varios intentos hizo una pausa y dedicó algún pensamiento realmente constructivo al problema. Entonces, como no era estúpido y tenía algún conocimiento de las fuerzas implicadas en ello —Raeker se dio cuenta de que no había sido un completo fallo como profesor—, acabó por encontrar una solución. Siguiendo sus instrucciones, Betsey entró en la charca por el otro lado del saco y lo cogió con las manos. Luego, actuando cuidadosamente y simultáneamente, dejaron de apoyarse sobre los pies. Trataron de mantenerse lo bastante cerca uno de otro y no tocar el fondo con ninguno de los miembros durante un momento, pero desafortunadamente ello demostró que el saco no era capaz de soportarlos a ambos.

Sacando sus crestas de nuevo al aire, caminaron por el agua hasta la orilla. Nick arrastró el saco con él.

—Todavía no sé cuántos de éstos vamos a necesitar, pero es obvio que muchos. Supongo que iremos seis de nosotros y otros dos se quedarán a guardar el ganado. Imagino que hasta que vengan los otros lo mejor que podemos hacer es cazar y hacer más cosas como ésta.

—Hay otro problema —señaló Betsey—. Vamos a pasar mucho tiempo intentando sostenernos sobre uno o varios de esos botes. Sería mejor que prestáramos atención a la estabilidad y al soporte.

—Tienes razón —dijo Nick—. Ahora que hemos experimentado algo quizá el profesor querrá darnos algo más de información. Si no lo hace, hay otra persona cuya voz nos envía —la que está en esa nave que tenemos que buscar—. A propósito, Betsey, he tenido una idea: él nos ha hablado mucho sobre la forma en que las voces pueden ser

enviadas de un lugar a otro mediante máquinas. Quizá Fagin no esté realmente con nosotros; quizá lo que tenemos sólo sea una máquina que nos trae su voz. ¿Qué piensas de eso?

—Es interesante, y supongo que posible; pero ¿qué diferencia hay?

—Simple información; Fagin siempre dice que cuanto mejor te conoces mejor eres. Nosotros todavía no sabemos esto, pero es algo digno de tener en cuenta hasta que tengamos una evidencia.

—Ahora que has pensado en ello puede ser que nos lo diga si le preguntamos —señaló Betsey—. Siempre responde a las preguntas excepto cuando piensa que en bien de nuestra educación debemos encontrar las respuestas nosotros solos; ¿y cómo podremos comprobar esto experimentalmente? Sólo por él lo podemos saber.

—Tienes razón. Pero ahora lo importante es diseñar y construir ese bote. Apliquémonos a la cuestión por el momento y dejemos la otra para cuando haya menos posibilidades de recibir una conferencia sobre que debemos dejar que actúen nuestras mentes.

—De acuerdo.

Mientras hablaban habían llegado a lo alto de la colina en la que se encontraba el robot, entre las pertenencias del poblado. Informaron con todo detalle de los resultados del experimento y Fagin les escuchó en silencio.

—Buen trabajo —les dijo cuando acabaron—. Habéis aprendido algo, si no todo. Tu pregunta sobre la estabilidad es buena. Yo sugeriría que construyerais una estructura de madera… o de la talla y estructura de una pared de cobertizo, pero en la dirección de la tierra. Luego podéis atar los sacos a las esquinas; cada vez que una esquina esté más baja que las otras, la fuerza ascensional sobre ella aumentará de forma que todo tendrá bastante estabilidad.

—Pero la madera se hunde. ¿Cómo construir un bote con ella?

—Cuéntala como otra parte de peso que los sacos —a propósito, vamos a llamarles boyas— tienen que acarrear. Necesitarás más boyas, pero no te preocupes por ello. Te sugiero que vosotros dos iniciéis la estructura ahora; podéis terminarla vosotros mismos porque tenéis suficiente madera. Luego podéis ir atando las boyas a ésta conforme las vayáis teniendo; sólo defendiendo el ganado matáis varios animales todos los días, así que podréis hacer algún progreso.

»Mientras hacéis eso podéis ocupar vuestra mente en otro problema. El batiscafo ya no está en el mar, sino que se dirige hacia la costa.

—Pero eso no es un problema, sino la solución de nuestros problemas. Sólo tenemos que viajar hacía el sur a lo largo de la costa hasta que lo encontremos. Nos dijiste que ya habías decidido que era hacia el sur.

—Ciertamente, pero el problema está en que Swift, con la mayor parte de su gente, se encuentra en la orilla esperándolo. Easy no ha reconocido a Swift, en parte porque no puede distinguiros a unos de otros y en parte porque no están lo suficientemente cerca, pero ¿quién otro puede ser? Esto nos trae de nuevo el problema de si Swift va a aceptar nuestra oferta o se propone utilizar el batiscafo y a los que hay en él para sus propios fines. Supongo que todavía es pronto para esperar una respuesta de él; pero si no tenemos una hoy, creo que nos tenemos que valer por nosotros mismos y actuar de acuerdo con ello.

—¿Cómo?

—Este es el problema que te sugiero acometas ahora. Sospecho que cualquiera que sea la solución que encuentres, en ella figurará el bote; así que sigue adelante con él.

El profesor permaneció en silencio y sus estudiantes se aplicaron al trabajo. Como Fagin había dicho, había mucha madera por los alrededores, ya que el campamento llevaba allí poco tiempo. Gran parte de la madera resultaba inútil para cualquier tipo de construcción, pues era tan frágil como la mayor parte de las plantas de Tenebra; pero unas cuantas variedades tenían ramas o tallos largos y razonablemente elásticos y sólo ellos dos fueron capaces de localizar en una hora lo que esperaban sería suficiente. Cortarlas con sus hojas de piedra les llevó mucho tiempo, pero lo que más les costó fue el unirlas para formar una estructura cuya resistencia les satisficiese. Una vez completada resultó un rectángulo de unos quince por veinte pies hecho con tres docenas de varas de madera que un terrestre hubiera descrito probablemente como arbolitos atados en ángulo recto hasta formar un sólido enrejado. Ni Nick ni Betsey se sentían muy felices al pensar en ello como suelo. Los espacios libres eran lo suficientemente amplios como para que les cupieran los pies por ellos, y dichos pies tenían incluso menos capacidad de asimiento que los humanos. Sin embargo decidieron que esto, más que una seria debilidad, era una inconveniencia, y centraron su atención en el problema de conseguir boyas.

El profesor, una vez informado de ello, lo aprobó. La aprobación fue más despreocupada de lo que ellos pensaron, pues la atención de Raeker estaba centrada en otras cosas. El se había acercado a cincuenta yardas de la costa y allí había encallado, según Easy. Ella no había ofrecido ninguna observación ni opinión sobre la causa del movimiento y ninguno de los científicos que habían recogido tantos datos sobre el planeta era capaz de decir algo al respecto. A Easy no parecía importarle, pues se hallaba comprometida en una práctica lingüística a través del estrecho espacio de líquido que mantenía el batiscafo fuera del alcance de Swift. Raeker ni siquiera pudo oír la conversación. Los micrófonos exteriores estaban colocados,

sensatamente, en las puertas de observación, por lo que la niña tenía que gritar para ser oída en el Vindemiatrix. No le molestaba gritar; la mayor parte del tiempo ni siquiera pensó en Raeker ni, para ser francos, en su padre. No estaba interesada ni en la biología, ni en la geología, ni en la virtualmente no existente climatología de Tenebra; su interés en la operación de rescate, aunque profundo y personal, había llegado a un punto en el que sólo podía esperar una información que siempre era la misma; pero ahí tenía gente, y gente con la que podía hablar… en cierto modo. Ella hablaba y sólo ocasionalmente podía alguien atraer su atención lo suficiente para que aprendiera algo.

Descubrió que Swift era uno de los que se encontraban en la orilla y Raeker le pasó la información a Nick; pero cuando se hicieron preguntas tales como si Swift pensaba seguir la sugerencia que se le había enviado por el ex prisionero de Nick o cómo había sido capaz de encontrar el batiscafo tan pronto, no llegó ninguna respuesta satisfactoria. Raeker no sabía si el problema se debía al incompleto dominio del lenguaje que poseía Easy, a su falta de interés por las preguntas o a una vaguedad deliberada por parte de Swift. Todo ello le resultaba irritante a quien había ejercido un adecuado control de los asuntos de Tenebra durante muchos años; en ese momento la mayoría de sus agentes estaban fuera de contacto, lo que equivalía a decir que las fuerzas de la rebelión operaban libremente, y el único ser humano del planeta despreciaba el trabajo de interlocutor. Por supuesto, su punto de vista podía ser ligeramente estrecho.

Las cosas mejoraron hacia la mitad de la tarde de Tenebra. Jim y Jane regresaron mucho antes de lo esperado y pudieron incrementar el personal constructor del bote. Informaron que habían tenido un viaje inusualmente fácil y que lo habían hecho con la mayor rapidez, por lo que alcanzaron su primer área de investigación en el primer día de viaje, la examinaron y pudieron ver la otra y regresar en la mitad de tiempo de lo esperado. No habían encontrado nada en sus áreas. Habían visto una luz al sur, pero pensando que John y Nancy cubrían ese área habían decidido ceñirse a su propio itinerario y obtener el informe esperado. Le resultaba imposible leer cualquier expresión en el robot, y Raeker trató de no demostrar sus sentimientos con la voz para que no sospecharan que su informe era en cierto modo insatisfactorio. Durante un momento Raeker jugó con el pensamiento de enviarlos de nuevo a comprobar la luz; pero luego reflexionó y comprendió que John y Nancy, como dijo Jim, ya lo habrían hecho y, además, el batiscafo ya había sido localizado y la pareja era de más utilidad consiguiendo cuero. La falta de iniciativa que habían demostrado apoyaba esa conclusión. Les habló de acuerdo con ello y cogieron en seguida sus lanzas y marcharon de caza.

—Hay una cosa que debería haberte llamado la atención, Nick —dijo Racker cuando ya se habían ido.

—¿Cuál, Fagin?

—Vieron la luz al sur de su área de investigación. Ello sugiere que la orilla de este mar se curva hacia el oeste cuando sigue hacia el sur; dado que las cuevas de Swift están en la misma dirección, es muy probable que estén mucho más cerca de la costa de lo que creíamos. Quizá por ello Swift pudo encontrar la nave tan pronto.

—Puede ser —admitió Nick.

—Pareces dudar. ¿Dónde está el fallo del razonamiento?

—Cazé con la gente de Swift durante varios días y cubrí con ello mucho territorio por los alrededores de sus cuevas sin encontrar el mar ni oír ninguna mención de él. Me parece difícil creer que las luces de tu nave perdida puedan ser vistas a cien millas, y para que fuera cierto lo que dices, habría que reconciliar ambos hechos.

—Humm, es un punto que debería haber considerado. Esa luz puede requerir más información. Bueno, ya sabremos más cuando lleguen John y Nancy.

—Lo haremos —dijo Nick—, si queda allí alguna luz que pueda verse. Voy a regresar para sujetar un flotador que acabamos de encolar en la estructura. Estoy seguro de que algo constructivo saldrá de eso —se marchó a hacer lo que dijo y Raeker se dedicó a escuchar. En ese momento no creyó sacar ningún provecho pensando.

Con dos cazadores más, la balsa progresó con más rapidez de la esperada. La zona del nuevo campamento no estaba tan esquilmada de caza como la del antiguo poblado y no se tardaba más en conseguir las pieles que en tratarlas. Una boya tras otra fueron rápidamente atadas en su lugar, poniendo una en cada esquina para conseguir el equilibrio… Nick y Betsey se mostraron muy cuidadosos con eso. Transcurrida gran parte de la tarde ya se habían atado tantas que no se trataba de averiguar cuál era la siguiente esquina sino de encontrar un lugar todavía no ocupado…; la estructura estaba virtualmente repleta de ellas. Nadie trató de calcular el resultado de su estabilidad. Si alguien pensó en ese problema, lo pospuso por ser algo más fácil de comprobar empíricamente.

El trabajo no dejó de tener interrupciones. Tenían que comer, guardar el ganado y recoger fuego para la noche. El ganado ayudó en el «astillero» proveyendo de cuero sin necesidad de ir de caza, pero ello suponía a veces una lucha que era menos ventajosa. En numerosas ocasiones fueron flotadores los que atacaron al ganado.

Los atacantes eran bastante inteligentes, o al menos aprendían rápidamente a evitar las situaciones peligrosas. También eran cosas que volaban lentamente —recordaban, como dijo Easy, a las medusas de su mundo por la forma de movimiento—, de forma que al poco

tiempo de estar en algún lugar determinado, cuando ya habían muerto cierto número de ellas, las supervivientes aprendían a dejar el ganado en paz. Nick y sus compañeros pensaban que esto se cumpliría en aquel campamento; pero en una hora, cuando la tarde ya estaba avanzada, los pastores se enfrentaron a cuatro de ellas. La situación era inusual y dolorosa: aunque un lancero competente podía derribar con bastante seguridad a uno de estos flotadores, era casi imposible hacerlo sin sufrir el contacto de sus tentáculos, cuya longitud y naturaleza venenosa no eran suficientemente contrarrestados por la lentitud del vuelo.

La atención de todos los miembros del grupo se dirigía a este peculiar estado de cosas y hasta se llegó a suspender el trabajo con la balsa mientras se discutía el problema. Era natural que algún flotador proveniente de otras zonas entrase en el área, pero cuatro en una hora ya era demasiada coincidencia. Las crestas de los del grupo escudriñaron el cielo en un esfuerzo por encontrar una explicación, pero la corriente hacia el suroeste era muy débil a esta distancia del volcán para poder ser sentida, y mucho menos vista. Durante el día el cielo de Tenebra carece de rasgos que puedan detectar algo como un movimiento lento y general de flotadores, y el movimiento individual de éstos no servía de ninguna ayuda para el caso. En consecuencia, la existencia de viento no se descubrió hasta la caída de la lluvia.

Cuando ello se produjo la balsa parecía terminada, por cuanto no se podía ver dónde poner más flotadores. Nadie sabía, sin embargo, cuánta gente aguantaría; se había planeado llevarla al océano cuando regresaran los otros y comprobarlo experimentalmente.

Sin embargo, al encender los fuegos vieron que la lluvia no caía directamente hacia abajo. Era el mismo fenómeno que habían observado John y Nancy la noche anterior, complicado por la falta de una causa conocida. Tras algunas discusiones, Nick decidió encender tres fuegos extras hacía el noroeste de las defensas usuales, compensando el consumo extra de combustible por el procedimiento de dejar un número igual de fuegos en el lado opuesto del anillo exterior sin encender. Un poco más tarde los puso un poco más al noroeste, pues ninguna gota venía en esa dirección ni siquiera cuando se hubieron establecido las corrientes de convección del campo. Informó de ello a Fagin.

—Lo sé —contestó el profesor—. Lo mismo está ocurriendo en donde está la nave, según Easy. Las gotas se inclinan notablemente en la zona de tierra. Me gustaría que ella tuviera algún medio de decir la dirección; podríamos saber si la costa se desliza hacia el este o si la lluvia se mueve realmente en una dirección diferente. Cualquiera que sea el hecho nos sería de utilidad conocerlo.

—Supongo que ella no podrá sentir ningún viento.

—No dentro de la nave. ¿Puedes tú?

—Un poco, ahora que el movimiento de las gotas demuestra su existencia. Lo sentí más en los alrededores de los fuegos cuando nos fuimos de las cuevas. Pero creo que se está haciendo más fuerte.

—Si llegas a estar más seguro de eso no dejes de informarme —contestó Raeker—. Te tendremos informado de cualquier cosa que pase en el otro extremo y que pueda tener relación con el fenómeno —el uso que Raeker hacía del «nosotros» se ajustaba a la realidad; las salas de observación y comunicación estaban llenas de geólogos, ingenieros y otros científicos. La noticia de que Tenebra estaba proponiendo el primer misterio en década y media se había esparcido con rapidez por toda la nave y las hipótesis circulaban con rapidez.

Easy estaba dando una fascinante y fascinada descripción de los acontecimientos que rodeaban al batiscafo; pues aunque ella y su compañero ya habían visto la lluvia nocturna, se encontraban por primera vez en un lugar desde el que podían observar su efecto sobre el nivel del mar. La orilla estaba a la vista y la forma en que el mar se levantaba de ella mientras el agua se unía al ácido sulfúrico fumante era algo que los niños no habían visto. Mirar a la cercana costa era desconcertante; mientras el batiscafo ascendía con la subida del nivel del mar, éste penetraba con facilidad tierra adentro con su superficie ascendente. Así continuó hasta que la densidad del mar era muy baja para que flotara la nave: incluso entonces algún golpe ocasional les indicaba que el movimiento no había cesado.

—No puedo ver nada más, papá —gritó Easy finalmente—. Tenemos que dejar de dar información. Además me estoy durmiendo. Despertadnos si es necesario.

—De acuerdo, Easy —Rich respondió en nombre de Raeker—. Nada, excepto el viento, ocurre ahora en el campamento de Nick, y el viento tiene más de sorprendente que de crítico —la niña apareció brevemente en la pantalla, les dio las buenas noches a todos y desapareció; el estrecho rostro de Aminadorneldo le siguió y luego la estación se detuvo durante toda la noche.

Como es natural, la atención se centró en la sala de observación, desde donde podía verse la superficie de Tenebra. Pero nada ocurría. El robot, como era usual, estaba situado en medio de un círculo de fuego bastante desequilibrado con cuatro de los nativos a su alrededor… no de modo uniforme esa noche; tres de ellos se agrupaban en el lado noroeste mientras que el cuarto ocupaba las tres cuartas partes restantes del círculo. La razón se comprobaba fácilmente a los pocos minutos de observación; por cada hoguera que se apagaba en donde estaba el solitario, doce le seguían en el noroeste. Continuamente tenía que adelantarse alguien a reavivar uno o dos de los fuegos de ese lado. Ocasionalmente desaparecía uno de

los fuegos del anillo interior —cuando una segunda gota caía muy pronto a través del espacio que había quedado sin protección por el efecto de la primera—. Sin embargo, no parecía haber ningún peligro real; ninguno de los nativos se había desvanecido ni sus formas de actuar mostraban alguna excitación.

Mientras Raeker había estado comiendo su ayudante hizo que uno de los pupilos midiera una distancia que él comparó con la longitud del robot y luego, al medir el tiempo que tardaba en pasar una gota por la distancia medida, calculé en casi dos millas por hora la velocidad del viento, lo que significaba todo un récord; la información se corrió entre los científicos, pero ninguno de ellos pudo explicar el fenómeno o aventurar sus probables efectos. Uno de los tripulantes, que se encontraba fuera de servicio, tras detenerse unos momentos en la puerta de la cámara de observación, hizo una pregunta sobre la materia.

—¿A qué distancia del mar está el campamento?

—A unas dos millas de la línea de la costa durante el día.

—¿Y por la noche?

—El mar alcanza el valle justamente debajo de esa colina.

—¿Y es ése margen suficiente?

—Por supuesto. La cantidad de lluvia no varía de un año a otro. La tierra se mueve, desde luego, pero no de una forma que no puedas saberlo.

—Si concedemos eso, ¿qué hará ese viento a la línea de la costa? Con el mar no mucho más denso que el aire, tal como está esta noche, yo diría que hasta con ese miserable huracán de dos millas por hora se puede conseguir una diferencia.

Raeker le miró con asombro en los ojos; luego observó a los que se encontraban en la sala. Sus caras demostraban que ese pensamiento no se les había ocurrido a ninguno de ellos, pero que la mayoría —sobre todo los más titulados para ello— sentían que así podía ser. Eso le ocurrió a Raeker, y cuanto más pensaba en ello más se preocupaba. Su expresión era clara para Rich, quien no había perdido un ápice de su sagacidad durante aquel mes de preocupaciones.

—¿No cree que será mejor hacerles retroceder mientras haya tiempo, doctor? —preguntó.

—No estoy seguro. No es posible mover todo el campamento con cuatro de ellos, y no me gustaría dejar algún material para que se lo llevase el mar. Después de todo, en esa colina se encuentran cincuenta pies por encima del nivel que alcanzó antes el mar.

—¿Y es eso mucho para ese mar?

—No lo sé, ni puedo decírselo —la expresión del rostro de Rich era difícil de interpretar; había pasado toda su vida dedicado a una profesión en la que había que aceptar las decisiones, fueran cuales

fueran, y aceptar así mismo las consecuencias como algo necesario.

—Creo que tendrá que hacer algo —dijo—. Lo perderá todo si el mar les alcanza mientras están ahí.

—Sí, pero…

—¡No hay tiempo para peros! ¡Mire ahí! —era el mismo tripulante que había planteado la cuestión del viento que se desvió a la de los cambios. Sus ojos estaban fijos en la pantalla que mostraba el mar y Rich y Racker vieron lo que él había visto en la décima de segundo anterior a que ellos mirasen. Tenían razón.

Con horas de antelación a su tiempo acostumbrado, unas lenguas del mar se dejaban ver por los alrededores de las colinas del este. Durante un segundo nadie pronunció una palabra; luego Raeker procedió a destruir la imagen que el diplomático se había formado de él… la de un pensador lento, poco práctico, la de un indeciso «típico científico». Con la seguridad del proyecto y de sus pupilos en peligro, hizo los planes y los transmitió con rapidez.

—¡Nick! ¡Atención todos! Mirad un segundo al este y luego poneos a trabajar. Aseguraos de que todo el material escrito, los mapas especialmente, están bien envueltos y atados a la balsa. Atadlos firmemente, pero dejad suficiente cuerda para ataros a vosotros. Vosotros y los mapas tenéis prioridad, no lo olvidéis. Cuando éstos estén a salvo, haced lo que podáis para atar vuestras armas a la balsa o a vosotros mismos. ¡Rápido!

Nick hizo una pregunta; el retraso de la transmisión no permitía saber si había aprovechado o no el tiempo de observación.

—¿Y qué hacemos con el ganado? Sin ellos… —Raeker le interrumpió sin permitirle acabar.

—No te preocupes del ganado. Hay una gran diferencia entre lo que es agradable hacer y lo que se puede hacer. No pienses en otra cosa que en cuidar de vosotros, de los mapas y de las armas.

Los tres compañeros de Nick habían comenzado a actuar sin argumentar nada; la urgencia de la voz del profesor impulsó a Nick a seguir la orden, y en la sala de observación se produjo un tenso período de espera. Los observadores se sentaron sin atreverse a respirar mientras que la obra y el océano se enfrentaban…; un encuentro más mortal que el que ninguno de ellos había visto en la Tierra.

Raeker notó que las corrientes de ácido sulfúrico eran mucho más altas en el centro que en los bordes, como hilos de agua en un papel encerado, aunque todavía mostraban una superficie diferente; evidentemente, el mar ya se había diluido en gran parte por la lluvia. Eso significaba que no podía esperarse que la balsa flotara. Sus sacos llenos de aire eran casi la mitad de densos que el ácido; con ese material diluido su fuerza ascensional apenas podía tenerse en cuenta.

Casi se equivocó, como pudo descubrir. El agua ascendía por los alrededores de la colina apagando los fuegos casi de un solo golpe, y por un instante, al cubrir el campo de los ojos del robot, borró la imagen transmitida. Luego las pantallas se hicieron más claras y mostraron las fláccidas figuras de los cuatro nativos sobre una estructura que apenas rozaba lo que ahora era el fondo del océano. Se movía, pero sólo unas pulgadas cada vez; Racker, pesimista, mandó al robot que les siguiera.

Capítulo 11 — Organización; revelación; declaración.

Las noches —las noches de Tenebra— eran duras para Aminadabarlee. Pero incluso eran más duras para cualquiera que tuviera tratos con él mientras durasen. El ver a la gente haciendo trabajos no comprometidos directamente con el rescate de su hijo, y el verlos así durante dos días terrestres, le resultaba difícil de soportar, aunque sabía perfectamente que nada podía hacerse mientras los agentes de Racker estuvieran inmovilizados o inconscientes. Pero no cambiaban por eso sus emociones; alguien, o todos, deberían estar haciendo algo se decía en su interior. Rápidamente, y sin poderlo evitar, empezaba a pensar en los seres humanos como en la raza de más sangre fría y menos cooperadora de la galaxia. Y ello a pesar de los hábiles esfuerzos de Rich, que se tenía que mantener plenamente dedicado a su profesión. Aunque el gran no humano no había descendido a la violencia física, más de un hombre se apartaba cuidadosamente de su camino. Al principio habían sido los menos familiarizados con los drommianos, pero Raeker se había dado cuenta de que el número iba en aumento.

Raeker no se preocupaba, no era de esa clase de personas. Además tenía suficientes ocupaciones para mantener su mente alejada de Dromm y de sus nativos. El robot, afortunadamente, no había tenido que luchar, pues ninguna forma de vida animal se había aproximado a la balsa y a sus pasajeros inánimes. Ni siquiera el vigilante robot pudo ver alguna señal de su existencia. En cierta manera era un respiro, aunque Racker estaba profesionalmente desanimado. Le hubiera gustado aprender algo de las criaturas responsables de las pérdidas en el ganado de sus pupilos varias noches antes y de quienes parecían poder vivir en tan pequeña contracción de oxígeno. Los cuatro de la balsa estaban bastante seguros, aunque el robot no se permitía estar lejos de ellos y era necesaria una vigilancia constante.

Cuando había pasado parte de la noche, las corrientes errantes que habían arrastrado la balsa y sus ocupantes disminuyeron y se debilitaron tanto que no fueron capaces de mover al conjunto, aunque su peso efectivo no debía pasar de varias libras. El hombre que controlaba el robot tuvo que dejarlo sin movimiento por períodos más y más largos; en cierto momento Racker casi se quedó dormido en el sillón de control. La voz aguda del drommiano le sacó de su adormilamiento «Y los hombres de la tierra esperan que la gente coopere con ellos», frase en la que se podía reconocer un tono

despectivo, y ya no repitió la cabezada. De nada valió, pues los pasajeros de la balsa seguían indemnes cuando llegó el día. Este período era el más duro por lo que concernía a montar la guardia; cuando el agua comenzó a evaporarse, la densidad del mar aumentó y la balsa, comenzó a flotar. Fue una suerte que no existieran corrientes, pues de ese modo la balsa ascendió. Desgraciadamente, se dio la vuelta al hacerlo, por lo que durante un par de horas el operador del robot se sintió molesto al ver a los nativos colgando de la plataforma volante mientras la superficie del océano retrocedía. Se habían alejado de la colina durante la noche y acabaron flotando en una charca relativamente pequeña en uno de los agujeros de la zona. Cuando fue evidente que la charca no disminuiría más, el robot tuvo que entrar en acción.

Afortunadamente, el ácido sulfúrico tenía poca profundidad… tan poca que la balsa era sostenida más por los cuerpos que colgaban de ella que por su propia fuerza ascensional. Racker guió la máquina a través del líquido, empujando a los cuatro inconscientes nativos para darles la vuelta. Finalmente, el desaliñado grupo se encontró chorreando en el borde de la charca de ácido, mientras sus miembros regresaban gradualmente a un estado consciente.

Por entonces, el batiscafo ya se encontraba fuera del mar. Al igual que la balsa, estaba encerrado en una charca del fondo del valle; pero al contrario que aquélla, en este caso no se planteaba la flotación. La charca también era poco profunda, por lo que Easy y su amigo se encontraron en un resistente castillo rodeado de un foso que impedía que Swift y sus hombres lo alcanzasen.

Swift estaba allí. Se presentó a la hora de que la charca hubiera disminuido a pesar de la considerable distancia que debla haber corrido el batiscafo durante la noche. Easy dijo que no se veía el mar; si el viento, que lo estuvo moviendo todo tierra adentro, había transportado la nave. A ella no le importaba; dijo que se estaban llevando muy bien con Swift y no le preocuparon mucho los reveses nocturnos de Nick. Rich perdió los nervios por primera vez cuando supo que Racker le había contado a la niña la destrucción del campamento y no volvió a controlarse hasta que la voz de la niña dejó perfectamente claro que la historia no había afectado a su moral.

Racker, por el momento, pensaba más en la operación rescate que en ella; por eso había tenido tan poco cuidado con sus palabras. Nick, Betsey, Jim y Jane estaban a salvo; los mapas y la mayor parte de las armas habían permanecido unidos a la balsa. Le costó tiempo averiguar dónde estaban, a pesar de que probablemente se habían movido muy poco. Cuando hallaran el campamento no tendrían muchas probabilidades de encontrar demasiado. Nadie podría decir si encontrarían el ganado o la vagoneta. Un período similar bajo un

océano terrestre lo hubiera estropeado todo, en el caso de que se hubiera podido encontrar algo. Aquí en Tenebra nada se podía aventurar, pero Raeker era pesimista al respecto.

Encontrar el lugar en el que hicieron los fuegos la noche anterior resultó ser más fácil de lo que pensaban. El viento sirvió de indicación, siguiendo la idea de Jim, cosa que sorprendió a Raeker. El y Jane lo habían soportado durante todo el camino de regreso desde sus áreas de investigación; ahora les sirvió para restaurar su sentido de la orientación, que para los tenebritas, lo mismo que para los humanos, es una suma de la memoria y la comprensión de los fenómenos naturales elementales. Una vez que conocieron la dirección del mar ya no tuvieron problemas, pues no cabía duda de que habían sido arrastrados directamente tierra adentro. En una hora encontraron la vagoneta y los restos de los fuegos de la noche anterior. Racker se sorprendió de encontrarlo todo intacto; el que el huracán de dos millas por hora hubiera transformado el mar en un líquido apenas más denso no había afectado a la mayor parte de los objetos sólidos.

—Creo que podremos ahorrar un poco de tiempo —dijo finalmente, cuando ya se había determinado el status de las pertenencias del grupo—. Ahora podemos regresar al mar llevando el bote con nosotros. Dejaremos un mapa con un mensaje escrito para los otros; ellos pueden seguirnos o comenzar a mover el campamento, depende de lo que crean más conveniente en el momento de su regreso. Comprobaremos el bote y buscaremos por la costa en dirección sur mientras el tiempo lo permita.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Nick—. ¿Buscaremos hasta que oscurezca o hasta el punto en que nos dé tiempo regresar aquí antes de que oscurezca?

—Hasta que casi haya oscurecido —respondió Raeker con presteza—. Iremos hacia el sur hasta que pensemos que estamos bastante lejos y entonces nos desviaremos tierra adentro para estar lejos del océano cuando éste suba de nivel.

—Entonces será mejor que los otros, no importa cuándo regresen, se dirijan al sur con el plano que les dejemos. Todos vamos a tener problemas de comida ahora que no tenemos ganado.

—¿Que no tenemos? Yo he visto unos cuantos que eran rodeados por Jim y Jane.

—Cierto, no los hemos perdido a todos; pero han descendido hasta tal punto que no podemos comernos ninguno hasta que unos cuantos no hayan salido de los huevos. Ni siquiera hemos podido encontrar las escamas de los otros esta vez.

—¿No pudisteis? Ni yo pude ver a ninguna criatura a vuestro alrededor mientras viajabais por el mar. Creo más probable que vuestro ganado se haya extraviado a que haya sido robado.

—Puede ser cierto, pero por lo que a nosotros nos concierne han desaparecido. Si todos nos dirigimos al mar para comprobar este bote no podremos buscarlos.

Raeker pensó con rapidez. La pérdida del ganado era un duro golpe para su comunidad; la educación por control remoto no puede por si misma transformar a un grupo de cazadores nómadas en otro de cultura organizada y establecida sin que sobre tiempo para actividades intelectuales. Sin el ganado de los pupilos de Racker habría que emplear virtualmente todo el tiempo en la solución del problema alimentario. Pero al menos ellos vivían, mientras que Easy y su compañero dejarían de hacerlo a menos que fuesen recogidos pronto. La cuestión real no era entonces si se podía dedicar alguno a la recuperación del ganado, sino si sería más útil utilizar a uno o a todos en la comprobación del bote y, en caso de que la prueba tuviera éxito, en la subsiguiente búsqueda del batiscafo.

El bote tenía menos probabilidades de hundirse con dos personas que con cuatro. Por otra parte, cuatro personas podrían conducirlo más de prisa… Raeker recordó de pronto que ni él ni Nick habían pensado en algún método de propulsión para la nave. Supuso que unas paletas o algo semejante sería el único medio posible; no le parecía práctico enseñar a Nick el arte de navegar en un mundo que carecía de vientos prácticamente según la experiencia de dieciséis años. Pensó que teniendo el poder muscular como propulsor, cuantos más músculos mejor sería.

—Todos iréis al mar; más tarde consideraremos el problema del ganado. Si el bote no puede con todos, los que sobren pueden regresar y buscar el ganado. Esta búsqueda es importante.

—De acuerdo.

Nick parecía menos afectado de lo que en realidad lo estaba. Como resultado de las enseñanzas de Raeker, tenía el sentimiento de que la seguridad del ganado era una de las cosas más importantes. Si esta búsqueda todavía lo era más, debía significar mucho para el profesor; deseó sentir que significaba lo mismo para él. No discutió, pero se planteó preguntas y se preocupó.

Entre los cuatro pudieron transportar el bote con facilidad, aunque el enfrentarse al viento hacía las cosas más difíciles. El viento, según Nick, incluso era más fuerte hoy. Eso era bueno, en cierto modo; una última mirada a los restos solitarios del ganado le mostró que un gran flotador era barrido por encima de ellos por la salvaje corriente y que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía regresar hasta donde se encontraban las relativamente indefensas criaturas. Nick comentó esto con sus compañeros y todos se sintieron un poco mejor.

Cubrieron rápidamente las dos millas que les separaban del mar y no perdieron tiempo en formalidades en la comprobación del bote. Lo

transportaron con el ácido por la cintura y en seguida estuvieron los cuatro a bordo.

Simplemente les soportaba. Las boyas estaban completamente sumergidas y casi lo mismo podía decirse de la estructura. La dificultad no era mantenerse en la superficie sino mantener un mayor o menor nivel. Todos tenían la misma edad, pero diferían un poco en el peso. Uno de los lados del bote se hundía un poco más cuando dejaban de moverse; cada vez que esto ocurría se revolvían parar elevar esa parte e, inevitablemente, perdían el control de forma que el bote se hundía precariamente primero hacia un lado y luego hacia el otro. Les costó varios minutos de discusión y de acciones mal dirigidas aprender el truco; pero emplearon más tiempo en aprender a manejar los remos que Fagin les había enseñado a hacer. El robot no servía de mucho. Si permanecía en la orilla su agente no entendía muy bien el manejo de la balsa, pero si entraba en el mar y se colocaba al lado de ellos no podía hacerse oír… la fuerza ascensional entre el ácido y el aire era demasiado fuerte para poder reflejar los sonidos completamente.

—¿Por qué no les deja que se dediquen ya a buscar? —preguntó severamente Aminadabarlee—. El robot puede caminar por la orilla con la misma rapidez que ellos pueden remar en esa ridícula embarcación, y el batiscafo ya no está en el mar. Si cree que sus pupilos van a servir de algo, ¿por que no les hace caminar con la máquina?

—Porque, aunque lo que usted dice es cierto, los niños sólo son accesibles a los nativos con un bote. No creo que ahorremos tiempo si Nick y los suyos lo buscan a pie y luego tienen que regresar de nuevo una vez que haya encontrado el batiscafo.

—Ya entiendo —dijo el drommiano. Raeker le lanzó una rápida mirada. El diplomático se mostraba inusualmente agradable y considerado; pero el biólogo no tenía tiempo para ponderar las razones de ello. Nick y sus compañeros seguían necesitando su vigilancia. Pero recordando la reprimenda de Rich con respecto a que debía ser tan cortés como le fuera posible, le habló sin quitar la ayuda la pantalla—: Hay una cosa que puede ayudar bastante. Usted ha estado hablando con su hijo, así como el canciller Rich y yo hemos estado hablando con Easy; ¿cree usted que será mejor que haga algo constructivo allí abajo?

—¿Qué?

—Si es tan hábil como supone Easy para aprender lenguajes puede ser que él descubra mejor el de los habitantes de las cuevas. Swift conoce dónde está nuestro campamento y dónde el batiscafo; todo iría mejor si alguien pudiera sonsacarle las direcciones en que se encuentran uno y otro.

El rostro del drommiano nada significaba para Raeker, pero por su voz pudo colegir que le parecía muy bien.

—Es la primera cosa sensata que he oído de un ser humano en las últimas cinco semanas —dijo—. Le explicaré a Aminadorneldo lo que ha de hacer. No podemos esperar que la niña humana lo haga por sí misma o le ayude.

El diplomático debió pensar que lo que había hecho era el máximo de tacto, cortesía y autocontrol… no se había permitido hacer notar que de ningún ser humano podía esperarse un éxito en una situación que requería el uso de la inteligencia.

Decidió ir a la sala de comunicación en persona in lugar de servirse de la radio de Raeker… El sistema era eficiente pero estaba colocado en una esquina que le resultaba inconveniente por razones anatómicas. Desgraciadamente, cuando llegó al otro compartimiento fue incluso peor; el lugar estaba rebosante de seres humanos. Alzando la mitad frontal de su largo cuerpo podía verlo todo sin problemas y vio que la pantalla en la que se veía el batiscafo reflejaba la imagen de la niña. Su hijo también era visible, aunque situado bastante atrás, pero sólo se podía oír la voz de la niña… Pensó que, como de costumbre, los hombres la escuchaban atentamente y Aminadabarlee, sin pensarlo, se detuvo a hacer lo mismo antes de ordenar a las criaturas que le interceptaban el paso que se retirasen.

—No importa cómo hagamos la pregunta, siempre obtenemos la misma respuesta —decía ésta—. Al principio pareció sorprendido de que no lo supiéramos; ahora nos cree, pero sigue diciendo que Nick y Fagin le dijeron dónde nos encontrábamos.

—No importa cuán a menudo te lo diga, me parece algo idiota —replicó otro de los científicos—. ¿Estás segura de que no es un problema de lenguaje?

—Totalmente segura —Easy no mostraba ninguna indignación—. Usted quiere saber cómo nos encontró con tanta facilidad y eso es lo que le pregunté. El afirma que obtuvo la información de Nick, quien a su vez la obtuvo del robot, y eso es lo que yo les digo a ustedes. No recuerdo con exactitud lo que se le dijo a ese prisionero de Nick; pero pueden rebobinar la cinta y ver lo que pueden sacar de ello. Si el prisionero fue capaz de sacarlo de lo que le dijo Nick o fue Swift el que pudo hacerlo a partir de la repetición del prisionero. Lo primero me parece más sensato.

Existían algunas debilidades en lo que decía Easy. Aminadabarlee no hubiera estado de acuerdo con eso. Su admisión de que no podía recordar lo que se había dicho en una conversación la bajaba considerablemente en su consideración. Pero aunque no podía comprender, lo mismo que les ocurría a los científicos, lo que los cavernícolas habían podido descubrir de una breve descripción de los

alrededores, tenían que admitir que ellos no habían sido capaces de hacerlo.

En ese momento se le ocurrió una idea y regresó a la posición horizontal durante unos momentos para poder pensar mejor. Esto podía servir de mucho; casi se sintió culpable por haber permitido que el planteamiento serio de este asunto lo hicieran los seres humanos. Sí se estuvieran callados durante uno o dos minutos y le permitieran dar forma a esa idea… pero no lo hicieron. Continuaron con sus excitadas observaciones y preguntas a la niña.

—¡Un momento! —fue un geofísico quien tuvo de repente una idea. Aminadabarlee la pensó, pero no le prestó la suficiente atención como para estar seguro—. Esto puede parecer un poco inverosímil; pero muchos de los pueblos primitivos de la Tierra y otros lugares obtenían muy buenas predicciones del clima… Nuestros antepasados conocían cuando venía la primavera y construían lugares como Stonehenge.

—¿Cuál es la conexión? —preguntaron varias voces, aunque no todas con las mismas palabras.

—Este planeta no tiene clima, en nuestro propio sentido de la palabra; pero su germofología se produce en una tasa de tiempo que casi lo coloca en una clasificación climática. Acabo de recordar que al prisionero de Nick se le dijo que el batiscafo estaba en un lago, que carecía de movimiento desde hacía varios días, y que después empezó a ser arrastrado por un río hacia el mar. Si tenemos razón con respecto a las condiciones ambientales de Tenebra, ¡Debe haber sido un río novísimo! Esa información debió de ser suficiente para cualquier nativo… al menos para uno que no ha sido separado de su historia o del equivalente que ésta pueda tener en su raza tenebrina. Puede que nunca hubieran visto ese río con anterioridad, pero que estuviera lo suficientemente cerca de su guarida para que pudieran decir dónde se encontraba.

—Voy a comprobar la marca de la botella de alcohol —comentó uno de los que estaban escuchando. La observación le picó en su amor propio al exponente de la idea.

—¡Easy! —gritó—. Has oído lo que acabo de sugerir. Pregúntale a Swift si sabe dónde van a surgir nuevos ríos y a elevarse colinas. Pregúntale que cómo se atreve a vivir en unas cuevas en un risco…, que, como todos sabemos, es un lugar apto para ser derruido cualquier día por un estremecimiento de la tierra.

—De acuerdo —dijo la niña con calma. Su rostro desapareció de la pantalla. Aminadabarlee estaba muy furioso para darse cuenta de que ella se había ido. ¿Cómo podía pensar iban a extraer sus propias ideas de su mente y reivindicarlas como suyas? Todavía no había desarrollado todos los detalles de su idea, pero iban a ser los mismos

que el científico humano había esbozado; estaba seguro de eso. Por supuesto, puede ser que fuera un poco inverosímil…, por supuesto que lo era ahora que lo meditaba más cuidadosamente. Toda la idea era la especulación más irracional que podía hacerse y era una pena que se hubiera enviado a la niña para que perdiera tiempo con ella. Entraría y le mostraría a su hijo la debilidad de tal razonamiento, sugiriéndole una modificación más fructífera tan pronto como desarrollase los detalles…, pero no había notado que Aminadorneldo también había desaparecido de la pantalla; se debía haber ido con la niña. Bueno, no importaba mucho; de todas formas todavía tenía que pensar un poco. Así lo hizo durante quince o veinte minutos, sin notar apenas la conversación de los humanos que le rodeaban, hasta que los niños reaparecieron. Se dedicaron a dar la información sin preámbulos de ningún tipo y sin aparente excitación.

—Tenía razón —dijo Easy—. Parecían sorprendidos de que nadie supiera dónde iba a producirse un estremecimiento o cuándo y en qué dirección iba a verterse un lago. Ellos lo saben tan bien que han tenido muchos problemas en decirme lo que utilizan como signos —el geofísico y sus colegas se miraron unos a otros casi suplicantes.

—¡No dejes que abandonen el intento —dijo el primero ansiosamente—. Apunta todo lo que digan y pásanoslo, tanto si lo entiendes como si no. ¡Enseñaremos a los pupilos de Racker a conocer el dinamismo de la corteza de este planeta!

Esta irrelevancia fue la gota que desbordó el vaso por lo que concernía a Aminadabarlee. Sin respeto alguno por las reglas de cortesía, ni humanas ni drommianas, cargó contra la sala de comunicaciones, y su forma aerodinámica dividió a los ocupantes humanos al igual que un barco divide las aguas. Se colocó enfrente de la pantalla, mirando a través del rostro de Easy como si la niña no estuviera allí, y explotó en un hiriente galimatías de su propia lengua dirigido a su hijo. Ninguno de los hombres le interrumpió; su talla y sus miembros de diez garras habrían producido en la mayor parte de ellos ideas de precaución aunque no hubieran conocido nada de los drommianos. Pero el canciller Rich ya había dado a conocer algunos detalles impresionantes a la tripulación del Vindemiatrix, por lo que no tuvieron ni que pensarlo.

Los sonidos agudos recibían por el altavoz otros en respuesta; aparentemente, el hijo estaba intentando alguna palabra ocasional en la conversación, pero no lo consiguió. El discurso del padre sólo se detenía cuando parecía no tener palabras que decir. Por eso no fue Aminadorneldo quien contestó.

Lo hizo Easy y lo hizo en su propio lenguaje pues sus cuerdas vocales no podían adaptarse a la fonética drommiana.

—Ya se lo dije, señor. El doctor Raeker me pidió que se lo dijera

cuando usted lo descubriera; usted acababa de abandonar su habitación cuando le pasamos la información y no pude dar con usted hasta ahora. Dijo que Nick y el bote estarían en el mar hasta antes de la noche. En ese momento se internarían tierra adentro; Swift dice que sería capaz de ver nuestras luces desde el mar, por eso el robot había regresado al campamento para encontrarse con los otros y ponerse todos en camino hacia aquí.

El drommiano pareció aturdido, pero pudo guardar sus formas hasta el punto de cambiar de lenguaje.

—¿Ya le ha pedido a Swift que le diga el camino desde el campamento hasta donde se encuentra el batiscafo? —preguntó sin mucha convicción.

—Oh, sí. Mina pensó en ello hace tiempo. Debería habérselo dicho al doctor Raeker o a uno de ustedes antes.

La noticia de que la idea había sido de su hijo calmó a Aminadabarlee considerablemente; en su interior, la mayor parte de los hombres que se encontraban en la habitación se preguntaban cuánto había de verdad en lo que la niña acababa de decir. Conocían la edad efectiva del joven drommiano y empezaban a conocer a Easy.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar hasta vosotros…? Me refiero a Nick —preguntó Aminadabarlee.

—Swift piensa que a pie llegaría a media tarde; pero no sabe a que velocidad irá el bote.

—¿Lee hablaste del bote?

—Por supuesto. Se preguntaba cómo conseguiría acercarse al batiscafo; nos encontramos en medio de una charca que es muy profunda para que los nativos la vadeen y no saben nadar. Le sugerí que flotaría sobre una balsa hecha de madera, pero descubrimos que la madera de este loco planeta se hunde.

—Creo que has hablado mucho con esa gente. ¿Dominas realmente su lenguaje?

—Muy bien, aunque todavía con lentitud. Pero si quiere preguntar algo a Swift puedo hacerlo.

—No… nada por ahora —dijo el drommiano precipitadamente—. ¿No le sugeriste a tu amigo Swift que hiciera una balsa como la de Nick?

—Así es, pero no puede hacerla. Su gente puede conseguir las pieles que quieran, pero no pueden hacerlas suficientemente resistentes —iba a decir impermeables—. Desconocen la forma de fabricar la cola que Nick utiliza… y yo también. Está esperando a que Nick llegue aquí con el bote.

—Y entonces se lo quitará.

—Oh, no. No tiene nada contra Nick. Le dije quién es Nick. Cómo el robot robó los huevos de donde los habían dejado los antepasados

de Nick para empollarlos. Creo que se asombró un poco con la idea del robot. Le dije que le enseñaría todo lo que quisiera saber y que Nick ya había aprendido mucho y le ayudaría. Nos llevamos muy bien.

El drommiano estaba muy sorprendido y lo demostró.

—¿Le sugirió todo eso el doctor Raeker?

—Oh, no; lo pensé yo sola… o casi; Mina y yo lo hicimos. Me pareció más conveniente que fuéramos amigos de los cavernícolas; puede que no fueran capaces de dañar la nave si se enfadaban con nosotros, pero no podíamos estar seguros.

—Comprendo.

Aminadabarlee estaba algo atónito. Terminó la conversación cortésmente —nunca había utilizado con Easy las maneras que eran habituales en él cuando hablaba con otros seres humanos— y regresó a la sala de observación de Raeker. Los científicos comenzaron de nuevo a interrogar a la niña antes de que él hubiera salido de la habitación.

Ese día parecía predestinado a dar malos pasos. Se encontraba en los corredores cuando Easy había dado el punto de localización del batiscafo a Raeker y a Nick; también estaba en ellos cuando regresaron los cuatro exploradores que habían descubierto el volcán y dieron su informe al profesor. Se había detenido para comer, para ser exactos, y no regresó a la sala de observación hasta que el informe había concluido. En aquel momento los cuatro nativos y el robot se encaminaban hacia el sur, respondiendo sin cesar al torrente de preguntas de los científicos, algunos de los cuales se habían contentado con usar el sistema de conexión con la sala de Racker mientras que otros habían elegido la sala de observación. El perplejo drommiano encontró el último departamento tan repleto como había estado antes la sala de comunicación, y le costó cierto tiempo enterarse de las preguntas y comentarios que flotaban a su alrededor.

—Puede ser que averigüemos la distancia por triangulación…, el viento del campamento y el del batiscafo deben dirigirse hacia el.

—Pero no conocemos nada de las direcciones en ninguno de los casos. Además el viento puede estar sufriendo una desviación por la acción de Coriolis.

—No excesiva en un planeta como Tenebra. Las tenemos por atrás, empero; la montaña ya está en los mapas. Con unos cuantos datos más podremos usar la dirección del viento para conocer la del batiscafo…

Eso fue lo que oyó el drommiano al entrar…, y quedó bastante confuso. Un poco más tarde, cuando dedujo la existencia del volcán, extrajo de ello un poco más de sentido; ahora podía comprender que una fuente de calor podía producir corrientes incluso en un entorno tan brutalmente comprimido como el de Tenebra. Pero entonces ya le

perturbaba otra cuestión.

—¿Qué fuerza supone usted que tiene el viento? Si hace penetrar el mar tierra adentro todas las noches, y el mar arrastra consigo el batiscafo, ¿cuándo se acercarán esos niños al volcán?

—No creo que debamos preocuparnos por eso durante cierto tiempo. Con viento o sin él, el mar que penetra en la tierra estará compuesto en su mayor parte de agua y no les permitirá flotar mucho. Estoy seguro de que si eso continúa ni siquiera habría agua líquida en unas millas, de día o de noche.

—La diferencia de viscosidad existe.

Aminadabarlee no oyó nada más; ya tenía algo de lo que preocuparse y se encontraba bien con sus preocupaciones. Volvió a la sala de comunicación a la máxima velocidad, que en él era bastante. No quería que nada más ocurriera mientras el estuviera fuera de contacto. Trató de alcanzar su meta sin herir a nadie, pero uno o dos escaparon por los pelos mientras su enorme forma cruzaba los pasillos como un relámpago.

Los científicos, atareados con la nueva atracción, habían abandonado a Easy y la pantalla correspondiente al batiscafo estaba vacía. Aminadabarlee no se detuvo a preguntar si los niños estaban durmiendo o hablando con los cavernícolas; tampoco se detuvo a preguntarse si la cuestión que tenía en mente debía ser mencionada en presencia de ellos. Habría censurado a Raeker por una cosa así; pero, por supuesto, este caso era diferente.

—¡Miss Rich! ¡Mina! —gritó poco ceremoniosamente ante el micrófono. No hubo respuesta durante un minuto y repitió la llamada con un tono en el que otro miembro de su raza habría reconocido la impaciencia. Pocos seres humanos, sin embargo, habrían podido captar una diferencia con un tono normal. Esta vez Easy apareció ante la pantalla frotándose unos ojos somnolientos, gesto que le pasó desapercibido o que prefirió ignorar.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó.

—Durmiendo —Easy no hubiera sido normalmente tan breve.

—Imagino que usted también. ¿Se enteró de que han descubierto la causa del viento?

—Sí; entendí que se trataba de un volcán. Me fui a dormir después de recibir la información. ¿Alguien ha obtenido alguna nueva noticia?

—No exactamente noticias. Ocurre que algunos de estos predictores de la fortuna humanos dicen que vuestra nave puede ser impulsada por el viento cada noche un poco más hasta que os encontréis en serio peligro. ¿Qué piensa vuestro amigo Swift de eso? Se supone que es capaz de predecir lo que va a ocurrir en ese planeta y parece que os ha encontrado todas las mañanas más lejos.

—Bueno, no podemos llegar hasta allí en varios días; ni siquiera podernos ver la luz del volcán desde aquí.

—Querrá decir que no puede; lo que cuenta es lo que los nativos pueden ver y lo que piensan de ello. ¿Le ha preguntado a Swift?

—No. Hasta hace un momento no supe nada al respecto. De todas formas no me preocupa; si hubieran visto la luz la habrían mencionado…; habrían pensado que era el robot. Posiblemente no podremos encontrar el robot sino tras varios días tenebrinos…; no mañana, por supuesto.

—¿Quién se preocupa de mañana? Cómo los seres humanos habéis alcanzado ese grado de civilización me parece ahora un misterio. La gente inteligente planea de antemano.

—La gente inteligente tampoco saca conclusiones precipitadas —le espetó Easy en la primera exhibición de mal humor que mostró desde el accidente—. No me preocupa lo que esté más allá de mañana porque al terminar este día estaremos fuera de aquí. Por favor, dígale a mister Sakiiro que tenga la nave auxiliar preparada para encontrarnos —se dio la vuelta y caminó, con pasos dignos, hasta que se salió del campo de visión. Aminadabarlee quedó tan confuso que ni siquiera se sintió afectado por la descortesía.

Capítulo 12 — Capitulación; operación; elevación.

Easy estaba de nuevo despierta cuando Nick llegó al batiscafo. No había tenido ningún problema en encontrarlo, pues el resplandor de sus luces era muy visible desde la costa. El viento soplaba en línea recta hacia la luz, pero Nick y sus amigos no sabían nada del volcán y no se preocuparon de averiguar si caminaban hacia la luz correcta. Llegaron a la orilla, pusieron la balsa sobre sus hombros y se dirigieron hacia su faro.

Fagin y el resto de los pupilos habían llegado antes; el viajar a pie era más rápido para el robot, incluso, que para la desmañada balsa. Swift parecía muy tolerante. En realidad no recibió a los recién llegados efusivamente, pero estaba hablador. Había dado como hecho que eran su pueblo… Pueblo que se había extraviado algo y que no siempre sabía cómo comportarse, pero del que cabía esperar que aprendiera convenientemente si se les daba tiempo. En tanto en cuanto le trataran como jefe, no habría problemas.

A los pocos momentos de la llegada de John, Oliver, Nancy, Dorothy, y el robot había pedido que se le enseñase a hacer fuego. Easy, con sus dos segundos de ventaja, le dijo a John que lo hiciera antes de que Racker supiera incluso que la orden había sido dada. John, sabiendo que la persona que se hallaba en el batiscafo pertenecía a la raza de su maestro, obedeció inmediatamente. Sacó sus utensilios friccionadores y encendió una hoguera en dos o tres minutos.

Swift pidió entonces que se le enseñara el manejo del dispositivo; cuando Nick, Betsey, Jim y Jane llegaron la balsa, el jefe había conseguido encender una hoguera y se encontraba en un estado casi de euforia.

Esto era más de lo que podía decir cualquiera del Vindemiatrix. Aminadabarlee estaba más convencido que nunca de que los seres humanos formaban una raza mal templada y poco cooperadora; precisamente ahora tenía más razones que nunca que avalaban su opinión. Todos los seres humanos de la nave estaban furiosos con el drommiano, siguiendo el ejemplo de Easy Rich. Una noche de sueño no había restaurado su usualmente agradable temperamento; estaba indignada por los insultos de la tarde anterior, y no sólo se negó a explicar Aminadabarlee su justificación de haber dicho que escaparían dentro del día de Tenebra sino que ni siquiera quiso decírselo a nadie por miedo a que el drommiano pudiera oírlo. Era una reacción infantil, por supuesto; pero Easy era una niña a pesar de que hablara y

actuara como un adulto. Se le pidió a su padre que la persuadiera para que hablase; miró durante un momento la imagen de ella en la pantalla, pero no dijo una palabra. Algo debió pasar entre ellos, no obstante, pues al momento se volvió y dijo:

—Por favor, que mister Sakiiro tenga lista la nave para encontrarse con el batiscafo. Imagino que tomará algún tiempo la instalación y ajuste de los cohetes exteriores —abandonó la habitación en seguida, ignorando las preguntas que se le hicieron, y desapareció en sus habitaciones.

—¿Qué hacemos? —la pregunta no era retórica; el geofísico que la hizo era muy amigo de la familia Rich.

—Lo que él dice, imagino —respondió otro científico—. Rich parece estar seguro de que la chica sabe de qué está hablando.

—Sé que él está seguro; ¿pero lo está ella? El es su padre; ella es la única familia que tiene desde hace diez años y ha hecho de su educación una maravillosa tarea, pero a veces la sobreestima. Ella le convenció de que todo está perfecto; pero yo no sé… no sabemos. ¿Qué hacemos?

—Hagamos lo que él pidió —puntualizó otro—. Aunque la niña esté equivocada nada se pierde con tener la nave preparada. ¿Por qué armar tanto alboroto?

—Porque sabemos lo que les ocurrirá a la niñita y al padre si está equivocada —contestó el geofísico— Si ella está hablando por lo que conoce, perfecto; pero si esa comadreja de diez patas le ha hecho perder su temperamento y le ha hecho hablar para justificar sus acciones… —agitó su cabeza con expresión adusta—. Ella cree sus propias palabras ahora, de acuerdo, y lo mismo le ocurre al padre. Si se llevan una desilusión…; los niños siguen vivos allí gracias al autocontrol de la familia Rich —terminó la discusión hablando por el micrófono de otro circuito y transmitiendo la petición de Rich a los ingenieros.

Raeker había estado comiendo, Y ocasionalmente durmiendo, en la sala de observación; ya había olvidado el tiempo que llevaba allí. El robot estaba fuera de todo, pero podía vigilar. Sus pupilos parecían haber sido reabsorbidos por la tribu de Swift y recibían las órdenes alternativamente del mismo jefe y de Easy desde el batiscafo. Nadie preguntaba a Fagin qué hacer o cómo hacerlo, pero a pesar de todo las cosas ocurrían demasiado rápidas para que Racker pudiera seguirles convenientemente el paso. Sabía que Easy había tenido una discusión con Aminadabarlee, aunque desconocía los detalles; se le había informado de la promesa de la niña de estar fuera de allí al día siguiente, pero no tenía más idea que cualquier otro de cómo ella esperaba conseguirlo. Había recibido su parte del mal humor de Aminadabarlee, pues el estallido de Easy no había silenciado al

drommiano y se había pasado bastante tiempo señalando a Racker lo loco que había sido al separar a los nativos de su propia cultura y que habría aprendido mucho más de Tenebra si hubiera tomado contacto en primer lugar con el pueblo de Swift. Raeker no había sido realmente rudo, pero sus respuestas fueron vagas a causa de su preocupación por los acontecimientos del planeta y había acabado por ofenderte más que nunca. Sabía los resultados, pero no acababa de preocuparse seriamente por la perspectiva de un endurecimiento de las relaciones entre Sol y Dromm.

Sabía de manera general lo que estaban haciendo en el planeta, pero no acababa de comprenderlo y nadie se molestó en explicárselo. No se le ocurrió que ello se debía a la petición de Easy; que esta había llegado al extremo de asegurarse de que ninguna información útil llegara al Vindemiatrix y, de esta forma, a conocimiento de la persona que le había irritado. Sólo podía mirar, fotografiar, grabar las conversaciones que estaban al alcance del robot y tratar de sacar alguna interpretación.

Botaron la lancha y Nick y Betsey llevaron a Swift por la superficie de la charca hasta el exterior de una de las ventanas de observación del batiscafo. Raeker pudo ver el encuentro entre los tenebritas y los dos ocupantes de la nave, pero no pudo oír la conversación… Easy utilizaba los altavoces exteriores y el robot estaba muy alejado para oírlos directamente. La conversación fue larga y muy animada, a juzgar por los gestos que se produjeron por ambas partes…; la ventana era lo suficientemente grande para permitirle a Raeker ver perfectamente el interior del batiscafo a través de los ojos del robot, trató de interpretar los movimientos pero fracasó en su intento. La conversación no terminó hasta casi la noche; luego la balsa regresó a la orilla y todos se dedicaron a recoger cosas. Una docena de cavernícolas ayudaron a transportar la balsa y otros ayudaron a empujar el carro. Swift prestó atención al robot por primera vez; utilizando a Nick como intérprete, le ordenó que les siguiera. Raeker se mostró de acuerdo en seguida; el motivo del viaje, obviamente, era escapar del mar, que posiblemente llegaría por lo menos hasta la misma línea tierra adentro que alcanzó la noche anterior.

—¿Adónde llegará la gran nave esta noche? —preguntó, más para obtener una demostración de las habilidades de los cavernícolas que porque la diferencia significase algo para él. Esperaba que Swift no se molestaría en responder, pero el jefe estaba de muy buen humor…; aquel día todo había salido justamente como él quería. Una vez que el grupo se hubo puesto en camino, se situó al lado del robot y habló alegremente. Nick retransmitió sus palabras y describió con gran detalle el lugar al que se estaban aproximando y el punto en el que

esperaba se sumergiese el batiscafo. También explicó las razones de esta opinión y los geofísicos le escucharon, tomaron notas y miraban con cuidado maternal las cintas en las que se iba acumulando la conversación. Durante una o dos horas tras la caída de la noche hubo más felicidad general en la región de Altair de la que se había experimentado nunca en aquella zona. Aminadabarlee y Racker eran los únicos que no la compartían.

Swift detuvo a su grupo tras unas dos horas de lenta marcha. La noche había caído y la lluvia comenzaba a hacer otro tanto; puso a todos a trabajar para reunir leña y ordenó a Nick que situara los fuegos de guardia para un campamento. Nick y sus amigos obedecieron sin la menor discusión; Racker sospechó que eran bastante humanos y disfrutaban la oportunidad de demostrar sus conocimientos. Los cavernícolas se situaron en el lugar de emplazamiento de cada fuego con los equipos de encender el fuego y una a una las pilas de combustible comenzaron a arder.

Durante dieciséis años el encendido de los fuegos de la tarde había sido para el Vindemiatrix la señal de un período de descanso de cuarenta y ocho horas, pues nada, salvo la lluvia, podía producirse en la noche tenebrina. Ahora eso había cambiado; las discusiones, a menudo tendentes a la pelea, se sucedieron a toda velocidad. Los ingenieros estaban ocupados en ajustar al exterior de la nave auxiliar cohetes exteriores y líneas de control. Los diplomáticos no se habrían hablado entre sí de haber seguido sus inclinaciones personales, pero el orgullo profesional les mantuvo exteriormente corteses. Los que les conocían, empero, escuchaban su conversación con bastante inquietud y pensaron en las palancas de control de un reactor obstruido.

Unos cuantos entusiastas continuaron mirando a través de los ojos del robot, en parte con la esperanza de que ocurriera algo y en parte por acompañar a Racker. El biólogo se había negado a abandonar la sala de observación; estaba seguro de que las cosas estaban llegando a una especie de clímax, pero no sabía de qué tipo. Durante la noche ese sentimiento se fue acrecentando… especialmente en los momentos en que veía u oía a alguno de los diplomáticos. Raeker estaba sufriendo de una repentina falta de autoconfianza; se preguntaba cómo podría enseñar a sus pupilos a hacer las reparaciones necesarias al batiscafo, en caso de que se dedicasen a escucharlo. Si no querían o no podían, no quería oír ni ver de nuevo a ninguno de los cancilleres; se había convencido a si mismo, bastante injustamente, de que sus propios argumentos habían hecho que perdieran la fe en él y que no se diesen más pasos hacia el rescate.

A pesar de que la tensión de la ansiedad le hacía dormirse breves momentos, aguantó toda la noche. La salida de la nave le distrajo unos minutos…; en un momento casi se convenció a si mismo de que

debería ir en ella, pero el sentido común prevaleció. En el campamento ocurrieron varios accidentes, vistos a través de los ojos del robot, que le hicieron reír por diferentes circunstancias. Los cavernícolas todavía no estaban habituados a los fuegos y tenían extrañas ideas acerca de sus propiedades, usos y limitaciones. Varias veces, Nick, o algún otro de los nativos educados por los humanos, tuvieron que rescatar a alguien que se introducía despreocupadamente en la zona de aire muerto de una gota —que acababa de desaparecer para reavivar el fuego. Cuando descubrieron que una gota recién desaparecida— era como un lago evaporado en las primeras horas de la mañana, la mayoría de ellos esperaban mucho tiempo antes de aventurarse cerca de los fuegos extinguidos, de forma que el combustible se enfriaba mucho y la hoguera no se reavivaba con el mero contacto de una antorcha. Varios de ellos se preocuparon por el abastecimiento de combustible, que los del grupo experimentado consideraban suficiente, y trataron de persuadir a Swift para que organizase partidas de recogedores de leña. Por supuesto, Raeker no podía entender esas peticiones, pero oyó a un par de los suyos comentándolo con regocijo en sus voces. Ello le hizo sentirse algo mejor; si sus pupilos sentían eso acerca de los cavernícolas, quizá todavía seguían unidos a su profesor.

La mañana llegó por fin sin que ningún incidente serio se hubiera producido ni en el campamento ni en el batiscafo; en seguida, la colina en la que se encontraban dejó de ser una isla —había sido rodeada por la lluvia, pero no por el océano—, y el grupo se encaminó al lugar en el que esperaban encontrar el batiscafo. Ello significaba una marcha tan larga como la de la noche anterior, pues Swift y los suyos esperaban poco movimiento por parte de la nave encallada. Raeker no sabía si Easy había informado de algún movimiento; no había oído apenas su voz durante las últimas cuarenta y ocho horas.

Racker no estaba seguro de hasta qué punto se podía creer en las predicciones de los nativos ni de hasta qué punto él deseaba creerles. Si ellos demostraban tener razón, ello significaría mucho para los geofísicos pero ello significaba también que Easy tenía algún motivo para el optimismo del día; y Raeker no podía imaginar cómo ella esperaba que la máquina volara, o flotara o fuera transportada hasta un punto en el que la nave pudiera recogerla. Ello sólo era bueno si era un motivo sólido. En las pocas ocasiones en las que se había dormido sus sueños habían sido turbados por pesadillas que implicaban flotadores, volcanes y formas de vida marina cuyos contornos nunca eran muy claros.

No es necesario decir cómo se sintieron los geofísicos cuando se llegó al lugar en que se esperaba encontrar el batiscafo y éste no estaba presente. Zumbaron como un enjambre de abejas, lanzándose

hipótesis los unos a los otros sin apenas dar tiempo a sus vecinos para que las escuchasen. Aminadabarlee se desmayó y constituyó una absorbente primera ayuda al problema durante varios minutos, hasta que se reanimó por sí mismo, pues ninguno de los hombres tenía la menor idea de lo que se podía hacer con él. Afortunadamente, la nave apareció al cuarto de hora de búsqueda exactamente en el mismo sitio en el que había estado la noche anterior, lo que facilitó las cosas para los padres, pero dejó a muchos seres humanos y a algunos tenebritas intentando buscar una explicación. El mar había estado allí, Easy lo había afirmado. Pero su capacidad de transporte había sido más reducida de lo esperado. Alguno de los científicos señaló que ello era obvio; al haberse alejado más de su cuenca usual, el mar se habría diluido mucho más con el agua. Esto le satisfizo a él y a alguno de sus amigos, pero Raeker se preguntaba cómo una disolución ligeramente mayor de algo que ya había sido casi H_2O puro, tan puro como puede serlo el agua de Tenebra, podía producir esa diferencia. Se preguntó qué excusa estaría buscando Swift, pero no pudo descubrirla.

Tampoco pudo encontrar, excepto por meras conjeturas, la naturaleza del plan que estaba siendo ejecutado ante los ojos del robot.

Había salido un gran número de partidas de cazadores —a juzgar por su armamento—, acompañada cada una por uno de los pupilos de Fagin con su hacha. La balsa hacía viajes al batiscafo y Swift, acompañado de unos cuantos, examinaron su superficie con gran cuidado; Easy hablaba con ellos mientras esto sucedía, pero ni Raeker ni sus compañeros pudieron escuchar lo que ella decía. Los nativos estaban muy interesados en el área caliente que se encontraba en lo alto de la nave, dentro de cuya superficie los refrigeradores bombeaban hacia afuera las calorías que habían extraído de los cuartos habitados; comenzaron a escalar hasta la cima, por medio de cuerdas de nudos, para examinarla más de cerca. Esta actividad, como el aparato era de sección circular y no estaba flotando, hizo que la nave rodara hacia la balsa y que los escaladores cayeran precipitadamente. Uno de ellos cayó en el lago y perdió el conocimiento antes de poder agarrar los remos que le ofrecieron y tuvo que ser empujado toscamente hasta un lugar menos profundo por los compañeros que se encontraban en la balsa encima de él. Ello acercó más la balsa al robot y Raeker pudo oír que Nick le decía a Betsey:

—Esto ahorrará mucho tiempo. Si a los profesores que hay dentro no les importa, podemos hacer girar la cosa hasta aquí para trabajar en ella.

—Tendremos que hacerlo tanto si les importa como si no, si Swift tiene la idea —respondió—. Será mejor que les preguntemos en inglés

primero.

—De acuerdo, regresemos allí —ambos deslizaron la balsa a la charca y remaron hacia la máquina encallada. Esta vez Raeker pudo saber de qué trataba la conversación, aunque no pudo oírla, y supo también cómo se desarrolló…; pudo ver a Easy asintiendo con la cabeza. A los pocos segundos un pensamiento le atemorizó y le hizo llamar al departamento de ingeniería.

—¿Girar el batiscafo como un rodillo le producirá algún daño? —preguntó sin preámbulos—. Los nativos están planeando sacarlo así de la charca.

Los hombres que se encontraban en el otro extremo intercambiaron miradas y se encogieron de hombros.

—No, por lo que puedo pensar de momento —dijo uno de ellos—. La nave estaba diseñada para volar y se supone que sería necesario invertir el vuelo. Los niños pueden salir despedidos un momento y caerá cualquier cosa que hayan dejado suelta, pero no se producirá ningún daño vital.

—Gracias a Dios —dijo Raeker con todo su sentimiento, y volvió a mirar las pantallas.

La balsa regresaba ahora a la orilla y Nick estaba diciéndole algo a Swift. Raeker sólo pudo captar una o dos palabras, pues estaban discutiendo en lenguaje nativo, pero pudo colegir con facilidad el tema de la discusión. Swift montó a bordo tan pronto como la balsa llegó a una profundidad que podía ser vadeada, cargándola hasta su capacidad. En el batiscafo, él y Betsey ataron las cuerdas al cilindro y comenzaron a escalarlo cuidadosamente; Nick permaneció en la balsa para mantenerla a salvo. Raeker esperaba más accidentes, pero los escaladores demostraron una sorprendente habilidad y coordinación, manteniéndose por encima de la superficie líquida cuando la nave se ladeó lentamente hacia ellos. Era una suerte que las cuerdas con nudos se extendieran por todo el casco; Raeker estaba seguro de que no habían planeado ese punto antes de iniciar las maniobras.

Un cuarto de giro puso la caliente «área de gases» en contacto con la charca y el ácido burbujeó furiosamente… o al menos era lo más parecido a un burbujeo que se podía producir bajo la presión atmosférica de Tenebra. El movimiento fue suficiente para atraer la atención de los nativos que se encontraban en la orilla sobre la nave, pero no para ser visto desde la orilla.

Dos giros completos la llevaron hasta la profundidad útil para el vadeo, y le proporcionó la suficiente fuerza ascensional para hacer necesario otro giro. Surgió una pequeña complicación cuando los escaladores cayeron y la nave empezó a girar en sentido inverso. Por primera vez, Raeker fue capaz de hacerse oír; les dio un rápido consejo sobre la forma de colocar cuñas, que Nick cumplió. Una vez

estable el casco y con los niños mirando al robot desde varias yardas de distancia, Raeker pensó que ahora podría saber lo que estaba ocurriendo y utilizó el altavoz de la máquina.

—Hola, Easy. Por fin estamos juntos.

—Hola, doctor. Sí, su gente está aquí. Pensé que seríamos capaces de hacerlo sin ellos, pero están sirviendo de gran ayuda. ¿Va a quedarse para ver el resto?

La pregunta sorprendió, por decirlo suavemente, al biólogo.

—¿Quedarme? Precisamente ahora vamos a comenzar el trabajo. Llamaré a los ingenieros y los tendré a la escucha mientras les explico a Nick y a los otros los circuitos de la electrólisis; ya deberían estar aquí, yo era el único que no esperaba que la nave estuviera lista tan pronto. Encontraremos los cables que estén corroídos o desconectados y… —Easy debió de comenzar a hablar antes de que él llegara tan lejos, pero la pausa de la transmisión le impidió al biólogo oír antes la interrupción.

—Lo siento, doctor, pero no voy a dejar que Nick haga el loco con las conexiones de la nave. Yo misma no los entiendo y no veo cómo es posible que él pueda hacerlo sin cometer errores. De todas formas vamos a ascender pronto, así que, por favor, no le permita que se acerque a ninguna de esas puertas de inspección, si es que realmente están abiertas —la niña había hablado con el mismo agradable tono de siempre, pero su voz tenía un matiz de firmeza que ningún oyente humano podía malinterpretar. Raeker quedó sorprendido y luego su asombro se trastocó en indignación.

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a permitir que Nick haga el trabajo? ¿Quién más puede hacerlo? Si tú piensas que es un ignorante en electricidad, ¿quién lo hará por ti mejor… Swift? Este plan lleva semanas en marcha y tú no puedes…

—No me importa cuánto tiempo hace que ha sido organizado, y sí puedo —contestó la niña todavía en un tono amable—. Swift hará lo que yo le pida y Nick cumplirá las órdenes de Swift. Primero intentaremos la idea de Swift; estoy segura de que funcionará, pero si no es así quizá pensemos de nuevo en la suya.

Raeker miró a su alrededor de forma suplicante; la niña se mantenía firme. No había nada en el universo que torciera su deseo. Quizá su padre… no; Rich estaba escuchando desde la sala de comunicación y la pantalla mostraba algo como una expresión de satisfacción en su rostro. El biólogo se rindió.

—De acuerdo, Easy. ¿Me dirás cuál es el plan de Swift y por qué, si no confías en mí ni en Nick, un salvaje ignorante como ese cavernícola merece tu atención?

—Sus amigos científicos lo harán —replicó Easy al punto—. Si se lo digo, el padre de Mina lo escuchará y comenzará a pensar que las

cosas van mal y eso preocupará a mi padre. Simplemente mire; no tardará mucho.

—¿Y qué piensa tu joven amigo de eso de no decirle nada a su padre?

—No le importa, ¿no es cierto, Mina?

—No —contestó el joven drommiano—. Papá me dijo que hiciera lo que Easy dijera y, además, fue rudo con ella. ¡Nosotros le enseñaremos!

Ante esto, Raeker enarcó las cejas y, sin saber por que, se sintió más feliz. Si alguien iba a poner en ridículo a Aminadabarlee…

En ese momento el plan de Swift se hizo obvio. Apareció un grupo de cazadores llevando un flotador. Le habían quitado los peligrosos tentáculos —ahora se comprendía por qué cada grupo llevaba a un hombre con un hacha— y punzado varias de sus cámaras de gas para que pudiera ser sostenido el nivel del suelo; pero habían dejado algunas intactas, y su uso podía sospecharse fácilmente.

Las células de hidrógeno del batiscafo poseían ventanas igualadoras de la presión en el lado más bajo del casco. Estas ventanas se abrían al lado no útil de la membrana de plástico diseñada para que no se mezclasen el hidrógeno y el aire, mientras que el otro lado también tenía un tubo de plástico que se extendía hasta la parte inferior de la misma ventana para evitar que entrase en la célula demasiado hidrogeno electrolítico. Este tubo estaba normalmente cerrado por la presión exterior; pero era perfectamente posible introducir otro tubo en él desde el exterior para inyectar gas u otro líquido en el interior. Eso es lo que trataban de hacer los nativos; Raeker no estaba seguro de la naturaleza del tubo, pero no era sorprendente que trataran de improvisar uno. Se perdería una gran cantidad de gas en la transferencia, pero a nadie parecía importarle mucho. Había muchos flotadores.

—Ya entiendo —dijo por el robot a los pocos minutos—. Pero creo que hay un fallo.

—¿Cuál es?

Easy espetó la pregunta con tal rapidez que dio la impresión que ella misma albergaba alguna duda.

—La nave está diseñada para la elevación que puede proporcionarle el hidrógeno. ¿Cómo sabes que ese material que vais a usar os elevará lo suficiente para que funcionen vuestros cohetes, incluso en el caso de que un ingeniero suba a bordo…?

—¿Qué le hace pensar que ese gas no es oxígeno?

—¿Qué te hace pensar a ti que lo es?

—¿Cuál otro es más ligero que el agua, en estado gaseoso, y puede existir en este planeta?

—Imagino que muchos otros…; por ejemplo… no sé; no había

pensado en eso —de repente tuvo un presentimiento—. ¡Has estado hablando con los ingenieros!

—Por supuesto. No quisiera parecer descortés, pero ¿quién sino podía enseñarme cosas útiles sobre esta nave? Admito que usted conoce el planeta, pero eso no era suficiente.

—Comprendo —dijo Raeker lentamente—. No pensé demasiado en la máquina; pero pregunté a los ingenieros acerca de los cables… Dime, ¿no necesitaréis mi plan? ¿Qué haréis si tenéis suficiente gas para poneros fuera de su alcance pero no para subir más? ¿No sería mejor que por lo menos tuvierais atada la nave? Será mejor que esperéis hasta que…

Unas risas le interrumpieron. No venían de Easy, que pareció impresionada de momento, sino de los científicos que se encontraban en la sala de observación. Raeker comprendió que se reían de él y de momento se puso furioso; luego comprendió que se lo había merecido. Puso la mejor cara que pudo mientras uno de ellos le explicaba cuidadosamente un poco de física elemental.

Y eso fue todo. Nick aportó los conocimientos que había recibido sobre el equilibrio de la boya experimental y se aseguró de que estuvieran más llenas las células de adelante que las de atrás. Cuando la nave se elevó, el viento la impulsó hacia el volcán; y se elevó tan lentamente al principio que los niños pudieron ver su aterradora vista. Se inclinaron hacia la montaña resplandeciente al entrar en el aire caliente, pero se recobraron con tiempo suficiente cuando el hidrógeno de las células también se calentó. Gradualmente, el resplandor desapareció bajo ellos y Easy y su amigo esperaron felices el encuentro con la nave.

EPILOGO: Cooperación.

—Ya le dije que los seres humanos eran unos inútiles —a pesar de su felicidad, Aminadabarlee se deshacía de sus ideas con dificultad—. Emplearon varias semanas en dirigir un rescate y luego se les adelantó un salvaje con menos educación que cualquiera de estos niños. Empleó una década y media en enseñar a sus propios agentes sobre el planeta y aprendió más cosas útiles en una semana de unos nativos por los que no se había molestado en conocer directamente.

—Nativos que hubieran intentado comerse al robot si nada se hubiera hecho —señaló Easy—. Mina y yo conocimos a Swift. Respetó el robot porque podía hablarle y decirle cosas. Lo habría ignorado o destruido en otro caso.

Los ojos de Aminadabarlee miraron a su hijo, quien hizo una señal de acuerdo.

—Los nativos que mantienen su propia cultura son más útiles, y lo demostraré bien pronto.

—¿Cómo? —preguntó Raeker.

—Dentro de tres meses tendré aquí en marcha un proyecto drommiano. Podemos hablar con Swift tan bien como ustedes y ya veremos quién aprende más geofísica en general, y de Tenebra en particular.

—¿No sería más provechoso hacer los proyectos conjuntamente e intercambiar información?

—Precisamente usted tenía que decir eso —dijo con burla el no humano—. Ya he tenido suficiente cooperación con los seres humanos, y lo mismo podrá decir del resto de Dromm sí mi opinión vale algo. Aprendiste el lenguaje de Swift, ¿no es cierto, hijo?

—Sí, papá, pero…

—No hay peros. Sé que te agrada Easy y supongo que ella es menos peligrosa que el resto de seres humanos después del tiempo que ha pasado contigo, pero sé de lo que estoy hablando. Utiliza la voz del robot y llama a Swift; puedes decirle algo de mi parte.

—Pero no puedo, papá —hasta los seres humanos pudieron percatarse de que el joven se encontraba incómodo.

—¿Que no puedes? ¿Qué quieres decir? Me acabas de decir que habías aprendido su lengua…

—La comprendo muy bien, pero no puedo hablarla.

—¿Quieres decir que tú te limitabas a escuchar y dejabas que la niña humana lo hablase todo? Me avergüenzo de ti. Sabes perfectamente que nunca se debe perder la oportunidad de aprender un nuevo lenguaje.

—No la perdí, papá —Aminadabarlee dio la impresión de

hincharse ligeramente.

—Entonces, en el nombre de los dos soles, dime qué es lo que hiciste —su voz era lo más parecido a un rugido que habían oído los que se encontraban en la sala. Aminadorneldo miró suplicante a Easy.

—De acuerdo, Mina —dijo la niña—. Se lo demostraremos.

Ambos ocuparon el lugar frente al micrófono y Easy lo abrió. Luego fijando los ojos el uno en el otro, empezaron a hablar al unísono. Producían unos sonidos extraños; a veces lo hacían juntos, a veces el drommiano daba una nota alta en solitario y otras Easy se encargaba de los registros bajos. Un sonido similar, que Raeker reconoció perfectamente y que comprendió en parte, vino del altavoz. Easy comenzó a responder, utilizando sus manos para indicar a su «pequeño» compañero la palabra siguiente. Habían creado un perfecto código mudo entre ellos y, aunque hablaban más lentamente que Swift, se hacían entender perfectamente por el nativo.

—Está aquí, canciller —dijo Easy—. ¿Qué quiere decirle? Este particular grupo de traducción está preparado para actuar. Espero que perdone a Mina por cooperar con un ser humano. Comprenderá que no existía otro medio.

Nadie rió.

FIN